



Xavier Marmier

Buenos Aires y Montevideo en 1850

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Xavier Marmier

Buenos Aires y Montevideo en 1850

- I -

Buenos Aires

Dificultades para remontar el río de la Plata. La rada de Buenos Aires. La cuarentena. Los carros de desembarco. Uniformidad en las construcciones. Las azoteas. Astros de la noche. Interiores. Los barrios pobres. Edificios públicos. La casa de Rosas. La víctima de un dictador.

Hemos navegado por este magnífico río, y ha sido la nuestra una triste navegación. Por todos lados no vemos más que agua, como en plena mar, pero un agua amarillenta y cenagosa, de fondo variable y curso interrumpido por bancos de arena que obligan al piloto a valerse de la sonda continuamente. Pueden experimentarse en este río todas las vicisitudes de un viaje por mar: la calma chicha y los ventarrones (pamperos), mucho más peligrosos que en el Atlántico. Sólo median cuarenta leguas entre Montevideo y Buenos Aires y en ese corto trayecto hemos debido anclar cuatro veces, soportar todas las molestias del cabeceo y el balanceo del barco, empleando cinco días en una travesía que debiera cumplirse al parecer en pocas horas. En esto está la superioridad de Montevideo sobre Buenos Aires, por lo que hace a su situación. Esa superioridad, Rosas pretende negarla, pero tarde o temprano ha de corresponder a Montevideo, según las leyes de la naturaleza. Insistiré más adelante sobre este punto.

Por fin, ya estamos en la rada, a una legua y media de la ciudad. Más cerca, no hay calado suficiente -16- ni siquiera para buques de escaso tonelaje. Éste es otro inconveniente del comercio de Buenos Aires, que se agrega a los que observan los viajeros remontando el río desde Montevideo.

Horas después de nuestro arribo, viene hacia nosotros una embarcación con tres oficiales armados de largos sables y que visten, de pies a cabeza, con los colores de la Confederación Argentina: kepí, chaleco y pantalón colorados y en el ojal de la chaqueta la cinta, colorada también, donde está impresa con letras negras la divisa implacable del país: «¡Viva la Confederación Argentina!» «¡Mueran los salvajes unitarios!». Tres oficiales de sanidad después de haber recibido nuestra correspondencia sin ninguna observación, y aceptado algunas cajas de cigarros dando las gracias, sin hacer observación alguna a los documentos

del barco, se alejan y nos imponen una cuarentena de ocho días. ¿Por qué razón? No sé. Dicen por ahí que hay en la ciudad ciertos negociantes amigos del Dictador que perciben pingües beneficios con el suministro de víveres a los navíos sujetos a esta cuarentena.

En Marsella, puede creerse por lo menos en esto de la cuarentena, dado que no hay el menor contacto directo entre los que la soportan y las gentes del país. Las cartas que pasan a la ciudad, son sometidas a la desinfección, el barco de bandera amarilla es objeto de continua vigilancia; los guardacostas pueden hacer fuego contra la persona que sale del navío subrepticamente, pero aquí no existe nada parecido. La cuarentena impone una detención benigna de algunos días, impuesta por Rosas, y fundada en razones que sólo él conoce. Quien dice Rosas, aquí, dice la suprema sabiduría y la ley sin apelación. Sea como fuere, resulta triste pasar una semana en una rada sujeta a la furia -17- de los pamperos, entre un centenar de navíos dispersos aquí y allá, como después de una tormenta, a una legua y media de Buenos Aires y expuestos a quedar incomunicados con la ciudad, al primer soplo de viento. Por fortuna, Francia, mi país, estaba cerca, representado por la corbeta El Astrolabio, y su comandante, M. de Montravel, me acogió bondadosamente desde el primer día. Los oficiales, imitando a su jefe, me enviaron libros y diarios y cuanto podía contribuir a distraer mi retiro después de una larga navegación por el Atlántico.

Terminada la semana de arresto, vimos reaparecer los chalecos rojos y las cintas de la Confederación. Esta vez los oficiales subieron a bordo, bebieron algunos vasos de grog, aceptaron varios paquetes de cigarros y pudimos embarcarnos para Buenos Aires en una chalupa. Según me aproximó, la ciudad aparece a mi vista de modo muy singular y me hace pensar en las ciudades de Oriente, con sus casas blancas y grises de techos planos, y sus cúpulas redondas. Pero este cuadro, bastante pintoresco, carece de segundo plano; no se ven bosques ni colinas; sólo una prolongada línea de edificios que, elevándose a una altura de algunos pies sobre el nivel del agua, corta el horizonte. Más allá, no hay nada sino la llanura, que no se percibe, la inmensa pampa solitaria que se desenvuelve con triste uniformidad hasta el pie de los Andes. Yo esperaba que la chalupa cedida por M. de Montravel, conducida por seis marineros franceses, me depositaría en la misma playa. Pero no. La rada de Buenos Aires no ha sido favorecida por la naturaleza. El omnipotente Rosas, ocupado durante siete años en negociaciones diplomáticas, no ha podido corregir en este lugar los rigores del suelo. Hasta un cuarto de legua de la costa, se internan -18- en el agua los caballos anfibios, atados a unos carros muy semejantes a los utilizados para cargar los terneros en el mercado de Poissy. Los dirigen unos muchachos que, durante todo el día, andan de un lado a otro, acercándose a los barcos. En uno de estos carros acuáticos amontonamos el equipaje y las maletas. El cochero trepa sobre uno de los caballos hundidos hasta el pecho en el agua, azota a los animales, vocifera, chillá, y a fuerza de latigazos, carambas y carajos, nos arrastra, yendo de un banco de arena a otro, hasta una especie de playa, donde un grupo de negros con pantalones rojos cargan sobre las espaldas las maletas para llevarlas a la Aduana. Mi pobre pluma no puede pintar esa mezcla grotesca de individuos que súbitamente impresiona la vista del extranjero llegado a Buenos Aires: funcionarios del gobierno que ostentan la cinta colorada con la majestad de un grande de España o de un noble sueco; ganapanes medio desnudos, soldados huraños y andrajosos. La única persona de buen aspecto que pude encontrar fue don Pedro Jimeno, capitán del puerto, jefe de la marina y edecán del gobernador, hombre muy afable y cortés (no obstante las altas funciones que desempeña) y a quien estrechamos la mano con verdadero placer.

Cumplidas las formalidades del pasaporte y de la Aduana, me han llevado a un hotel fundado por un francés, que ostenta en grandes letras sobre su farol, un nombre también francés: Hotel de París. Aquí, en este hotel, voy a escribir el relato de mis excursiones por Buenos Aires.

Después de Río de Janeiro, Buenos Aires es la ciudad más grande de la América meridional. Comenzó por ser un grupo miserable de tiendas y chozas que no -19- podía resistir el asalto de los indios salvajes y ha venido a ser la metrópoli de un enorme país.

Carlsruhe, Darmstadt, Berlín, San Petersburgo, y también muchas ciudades de los Estados Unidos, son de una uniformidad extraordinaria, pero no conozco nada parecido a la uniformidad de Buenos Aires, cortada en líneas rectas y dividida en «manzanas», iguales de ciento cincuenta metros por cada lado. Cuando se averiguan las señas de alguna persona, aquí se responde siempre: vive a dos o a tres cuadras y media, y ya tenéis, metro más, metro menos, la medida exacta. El mismo espíritu de uniformidad que ha regulado el ancho de las calles, preside la construcción de las casas. Casi todas han sido edificadas sobre el mismo plano: un piso bajo con ventanas de hierro que dan sobre la calle; en la parte del frente generalmente un comercio, adentro un patio cuadrado al que se abren los departamentos interiores; luego un zaguán; a veces, un segundo y un tercer patio. Estas series de patios, sombreados por parrales y árboles, forman un conjunto delicioso; sustraídos a los ruidos de la calle, iluminados por un cielo hermoso y cubiertos de flores, son dignos del retiro de un poeta. Cada una de estas casas tiene su azotea donde, al atardecer, brillan constelaciones que harían eclipsar a la cabellera de Berenice. Muchos jóvenes astrónomos, apasionados por el estudio de esas estrellas -que lucen entre dos crenchas de cabellos negros cubiertas por una mantilla de encaje-, suben también a las azoteas. Yo no sabría decir lo que allí ocurre entre los astros vivientes y sus adoradores. Lo ignoro, porque nunca tuve ocasión de llegar a las éliseas umbrías de la ciudad argentina.

¡Las mujeres de Buenos Aires!... Yo no quisiera intentar una acuarela que merece un estudio muy serio. -20- Volvamos, pues, de las alturas etéreas de la azotea, al piso bajo de la casa. La habitación de la familia argentina, como en todas las comarcas meridionales, está dispuesta de tal modo que resulta un tanto pobre para el europeo acostumbrado al confort del mobiliario septentrional; piso de baldosa, paredes enjalbegadas, dos o tres sillas de madera -de fábrica americana-, una mesa y un espejo, nada más. Sin embargo, las familias más acomodadas se envanecen de poseer una sala de paredes cubiertas con papeles de colores y sillones dispuestos contra la pared. Allí es conducido el visitante por el dueño de casa, que espera con orgullo ingenuo la sorpresa que ha de experimentar aquél, a la vista de una simple consola o de una repisa. Si el forastero, imprudente, pasa junto a esas rarezas sin lanzar un grito de admiración, el propietario le hace detener ante cada mueble, como un horticultor ante sus plantas, para decirle cuánto trabajo le costó procurarse tal o cual obra de ebanistería y qué buque la trajo, y cuántos pesos le costó. Hay que respetar este candor, porque no hace mucho, los habitantes de Buenos Aires estaban en el a b c de la civilización. Por otra parte, cada objeto de lujo que pasa por la aduana, es como un jalón en la conquista del genio industrial de Francia; conquista feliz, de mayores atractivos que la de la guerra y más segura que la operada por nuestras negociaciones diplomáticas.

De la morada donde fuimos acogidos con la más perfecta cortesía, pasamos a la acera de la calle, acera de ladrillos, muy fatigosa. Las calles son largas y rectas, como he dicho, y con sus hileras de casas bajas que parecen dados, y sus muros de cal, grisáceos por efecto del viento húmedo, dan la impresión de una ciudad inacabada. Las calles próximas al puerto abundan -21- en tiendas y almacenes: ferreterías, sastrerías, joyerías y casas de modas. Todas las invenciones de París se hallan representadas por mil fantasías de bronce y de oro, por paños y sedas. Pero, saliendo de este sector más brillante, se extienden barriadas tristes y silenciosas que producen indecible sentimiento de tristeza. Cada manzana está compuesta por casas mezquinas, semejantes a las de los fellahs de Egipto: a la calle se abre una puerta baja y una ventana por donde se ven criaturas medio desnudas tiradas en el suelo, un gaucho de pantalones rotos adormecido por la caña y el mate, una mujer de rostro marchito componiendo ropa vieja. En las aceras crece la hierba como en pleno campo y en la calle sin pavimento se forma una especie de zanja de donde en verano salen torbellinos de arena que en invierno se convierte en pantano intransitable. Hay una de estas calles a la que han dado, por descuido, o con intención epigramática, el nombre de Calle de los Estados Unidos. Es una de las cloacas más horribles que sea dado imaginar. Si Mr. Harris, actual ministro de Washington, no tuviera demasiado ingenio para ocuparse de estas menudencias, hubiera reclamado ya contra la injuria que se hace a su país dando ese nombre a un amontonamiento de inmundicias.

Estos barrios son el limbo de un mundo donde comienza a difundirse la luz europea, y forman el límite de transición entre el movimiento de la ciudad y el triste silencio de las pampas. Rosas no se ha dignado todavía descender hasta esta mitad miserable de su capital, no ha podido componer estas veredas y sucios desagües con algo de los fondos que la Junta de Representantes le abandona con tanta complacencia.

Volviendo al centro de la ciudad, yo desearía describir alguno de esos edificios construidos con fervor religioso -22- y fasto verdaderamente real en otras regiones del globo. En vano lo he buscado, porque no existe. Las iglesias de Buenos Aires sólo se singularizan por la profusión de sus adornos, y los demás edificios públicos, como la Universidad, la Biblioteca, la Cámara de Representantes, son vulgares en extremo.

Todo extranjero habrá oído hablar con ingenua admiración de la Plaza de la Victoria y de los monumentos que la rodean. La Recova es una larga serie de arcos blanqueados con cal, que tienen algo de morisco; el Cabildo, otra hilera de porches coronada por una torre y una campanita. Los vecinos lo comparan con los antiguos ayuntamientos de París y Bruselas; un obelisco de ladrillos que hay en la plaza, no sería inferior al de Luxor; hay también una iglesia con pilares sin terminar, con una cúpula aplastante y fachada feísima, que debe considerarse «oficialmente» como una obra maestra de arquitectura.

Pero olvidemos estas pequeñas vanidades, hijas de una escasa información que merece indulgencia, o de una ilusión patriótica muy respetable. Yo no he visto en todo Buenos Aires más que un hermoso edificio: la casa de Rosas. Ha sido construida según el plano general de las casas de la ciudad, pero por un arquitecto hábil y sobre dimensiones cuya extensión no altera en nada la elegancia del edificio. Forma ella sola, toda una manzana y no tiene barrera que impida el acceso ni cuerpo alguno de guardia que indique su entrada⁴. Algunos grupos de soldados vestidos con chiripás rojos, acurrucados en el patio, son los

únicos que -23- con su presencia denuncian que aquel edificio no es el de un simple particular. Hace algunos años, ocurrió en esta casa un drama que tuvo en el país vasta resonancia. Apenas terminada la construcción, Rosas acababa de instalarse cuando corrió por la ciudad la noticia de que el Restaurador de las Leyes y salvador de la patria, estaba amenazado de un espantoso peligro. Una máquina infernal, más terrible que la de Fieschi, se había preparado contra él colocándose una mina bajo sus habitaciones para hacerlo volar con toda su familia. Por fortuna, la Providencia velaba sobre aquel que ha escogido, como a otro Saúl, para la gloria de Israel, vale decir, de la Confederación Argentina. Sonaron las campanas y se abrieron las iglesias para dar gracias a Dios de aquella salvación milagrosa. Cantáronse Te Deums, se pronunciaron arengas y proclamas, estas últimas infladas de sentencias hiperbólicas y aquéllas henchidas de palabras de sangre. Mientras los oradores agotaban expresiones enfáticas para proclamar ante el mundo la grandeza de Rosas, prometiendo que no se darían tregua en derramar la sangre inmundada de los salvajes caribes -vale decir, de los enemigos del Dictador-, la policía no perdía su tiempo y buscaba al autor infame de un complot cuya sola idea estremecía el corazón de los más impasibles. Y se descubrió que el monstruo abominable, era un honrado negociante, de nombre Stegman muy estimado hasta entonces por cuantos le -24- conocían, hombre de vida tranquila y que gozaba de particular consideración en su barrio. Por cierto que el hipócrita fue arrestado de inmediato. En vano protestó contra tal acusación, afirmando que nunca en su vida había cavado un palmo de terreno y llegó a pedir que se le mostrara una partícula siquiera de la mina famosa, para demostrar matemáticamente que no le hubiera sido posible emprender semejante trabajo. Pero la policía no es tan ingenua para dejarse desviar por tan fútiles razones. A despecho de sus requerimientos y protestas, Stegman fue conducido a esas mazmorras venecianas que se conocen con el nombre de Santos Lugares, le mantuvieron allí por algún tiempo y ha salido arruinado de la prisión. Hay quienes afirman que su crimen consistía en poseer, cerca del palacio de Rosas, una modesta casita que no estaba de acuerdo con las ideas arquitectónicas del Dictador. Stegman se había encariñado con su propiedad como el molinero de Sans-Souci con su molino. Quizás cuando le exigieron la concesión del terreno, se decía, como el honrado molinero de Postdam: Aún hay jueces en Berlín. Ahora lo han convencido de que Buenos Aires no es Berlín.

-25-

- II -

Buenos Aires

-26- -27-

Población. Aspecto de la calle Perú. Los soldados. El gaucho. El hábito general de la equitación. Los carros-navíos de la Pampa. Sus viajes. Población francesa. La cinta colorada. Las mujeres de Buenos Aires. Hospitalidad. Los casamientos sin dote.

Si las hileras de casas de Buenos Aires, con sus fachadas grises o blancas, sus zócalos pintados de colorado -porque así lo exige el ojo federal de Rosas- forman un conjunto demasiado monótono, la población, por el contrario, es de una variedad muy curiosa y de un carácter muy original. Cuentan en primer lugar los habitantes de raza española, descendientes de los conquistadores que impusieron su lengua, sus costumbres y la mayoría de sus nombres; vienen luego los europeos: ingleses, alemanes, franceses, sardos, vascos y bearnese; después los negros, libertos por una ley que no provocó ningún disturbio; los mulatos, los indios, y los gauchos.

Más de una vez, y en regiones diversas, me he sentido impresionado por el raro conjunto que forma la mezcla de razas heterogéneas. Pero debo decir que ni los lapones, ni los kalmukos, ni los europeos que alternan con los turcos en los bazares de Constantinopla, ni los judíos y árabes que bajan de la ciudad antigua a la plaza de Argel, me han sorprendido tanto por su contraste como los habitantes de Buenos Aires cuando llegué por primera vez a la ciudad.

-28-

Para ayudarme a exponer algunas de estas imágenes cotidianas, suponga el lector que me acompaña por algunos momentos en un paseo a pie por las calles de la ciudad. Entramos en la calle de Perú; a derecha e izquierda se descubre el lujo y la industria de Francia: en las mueblerías, joyerías y peluquerías; en las sedas recién llegadas de Lyon y en las cintas de Saint-Etienne, así como en las últimas creaciones en vestidos y sombreros. Detrás de una ventana enrejada, una muchacha prepara una guirnalda de flores artificiales que podría figurar muy bien en un salón del quartier Saint-Germain; un sastre coloca en su vidriera el nuevo figurín del Journal des Modes que ha llegado la víspera por el paquebote del Havre y que será la atracción de los elegantes; un librero dispone cuidadosamente sobre sus estantes una colección de libros. El librero se sentiría perplejo si alguien le pidiera las obras de Garcilaso de la Vega o de algún otro historiador español antiguo, pero siempre tiene a mano las novelas de Dumas, de Sandeau, y las poesías de Alfred de Musset. Diríase un rincón de París o una copia de la Rue Vivienne. Y lo es, en efecto, pero una copia con chaleco color escarlata, como aquellos que lucían en París después de nuestra famosa revolución de febrero.

Hacemos un rodeo y pasamos por los comercios ingleses y por el taller del inteligente Favier, que hace con la misma delicadeza, un retrato al óleo que uno al daguerreotipo. Así llegamos al Cabildo, policía y cárcel de la ciudad. La escena cambia súbitamente. Estábamos en Europa; ahora estamos en la América primitiva, en la región de las Pampas. Bajo los porches se -29- amontonan los soldados, que en nada se parecen a los europeos; los hay negros y blancos, con uniforme y sin él, tal cual lleva un poncho indio y otro el talle oprimido por una chaqueta inglesa. Hay quienes se cubren la cabeza con un pañuelo, otros con un gorro de manga o con un sombrero redondo. Para esto hay completa libertad. Sobre un solo punto de indumentaria, si no me equivoco, deben guardar un orden establecido; en llevar el pantalón desflecado en el extremo inferior y los pies descalzos; se me ocurre que en las tropas de Rosas los grados pueden distinguirse por las extremidades inferiores: los soldados andan descalzos, el sargento con botines, el oficial con bota de cuero común, los generales con botas de charol. Es una manera más prudente que la nuestra de reconocer la

jerarquía militar; en esta forma, el subalterno, para saber el grado del superior, deberá mantenerse siempre con los ojos bajos.

Divertida es la morosidad y pereza con que estos defensores de la patria montan la guardia y llevan sus fusiles. Mientras los observo, un ruido de hierros se deja sentir en el pavimento de la calle y un caballo que ha llegado al galope se detiene bajo la mano vigorosa del jinete, como si clavara las patas en el suelo. Es un caballo de estancia, montado por un gaucho. Aquí está el verdadero soldado de la América del Sur, el hijo de la pampa con toda su masculina belleza. El campesino del Río de la Plata, cuando camina, tiene el andar pesado, el aspecto humillado de un hombre que sufre un castigo. Para recobrar sus fuerzas no necesita, como Anteo, el contacto de la tierra, sino de los flancos de su caballo que él mismo enlazó en una manada salvaje y subyugó con audacia. Menos ágil que el beduino, menos gracioso que el árabe, menos imponente -30- que el turco, el gaucho tiene traje y aspecto que impresionan de modo singular. Bajo el sombrero de paja blanca se dibuja su rostro viril, bronceado por el sol y encuadrado por una masa de cabellos negros. Cubre su pecho una blusa de colores vivos y sobre sus espaldas cuelga el poncho de lana tejido en la chacra, que deja libre el movimiento de los brazos. En el cinturón de cuero lleva un ancho cuchillo del que se sirve con la misma destreza para carnear un buey que para degollar un enemigo; el cinturón está constelado de patacones⁷ y monedas de oro, que constituyen su fortuna. Si en los juegos de las pulperías, la suerte le es adversa, desprende con su cuchillo, una tras otra, las piezas de oro y plata y va arrojándolas sobre la mesa hasta que agota su tesoro. Un chiripá rojo -especie de manta oblonga anudada a la cintura y que cae en pliegues triangulares- cubre sus piernas hasta las rodillas, de donde salen los extremos del calzoncillo blanco, cribado. A veces, los flecos del calzoncillo caen sobre los pies descalzos, curtidos al aire y al sol; otras veces, sobre botas altas, europeas. Pero más a menudo se arregla a la antigua usanza del país: con el cuero de las patas traseras de un caballo, cortado a la altura del jarrete y sobado con arena, para hacerlo flexible, se hace un par de botas sin costura que, dobladas por la mitad, cubren la pantorrilla y la planta del pie, dejando solamente al descubierto el dedo grande para apoyarlo en el estribo. Así equipado, nada le falta para gozar de la vida plenamente. Tiene dinero para divertirse en la pulpería, un puñal para defenderse, un caballo para ir donde quiere y un recado que le sirve de cama y almohada en pleno campo. Nada tiene que envidiar a las concepciones -31- artificiosas de la civilización y es el hombre libre por excelencia, rey de la naturaleza salvaje. En las ondulaciones de la pampa, estos gauchos pueden exclamar como los corsarios de Byron en el mar:

«Over the glad waters of the dark blue sea».

En lo tocante a equitación, todos los habitantes de Buenos Aires participan de los hábitos del gaucho. El caballo es casi el único medio de locomoción que existe. El médico hace sus visitas a caballo. El corredor marítimo anda de una oficina a otra, siempre a caballo. Las

mujeres, las chiquillas saben andar a caballo desde su más tierna edad. En todos los barrios de la ciudad se ven caballos estacionados, inmóviles, al borde de la acera. Ya es el caballo de un abogado que acaba de entrar en casa de su cliente o el de un joven enamorado que lleva a su novia un ramo de camelias, o del negociante que organiza con uno de sus camaradas la carga de un buque. El jinete, al desmontar, coloca las riendas sobre el pescuezo del caballo y el fiel animal espera en la calle con toda paciencia que su señor haya terminado el negocio o la novela de amor. Entre tal cantidad de caballos, ocurren accidentes muy a menudo. La mayoría de los animales tienen las patas delanteras estropeadas por la forma brusca en que se les hace galopar y la violencia con que son sofrenados al detenerlos. No pasa día sin que algún jinete sea llevado a su casa con una pierna o una costilla rota. Pero estas catástrofes no tienen mayor efecto que las explosiones de los barcos a vapor en Estados Unidos. Sigue la equitación como si nada hubiera pasado y la misma víctima, una vez restablecida, no siente otra inquietud que la de volver a su caballo.

-32-

El hecho es que, por la disposición de las casas, que sólo dan alojamiento para una familia, esta ciudad de Buenos Aires, poblada apenas con ciento veinte mil almas, ocupa un espacio enorme y no se puede ir a pie de un punto a otro, a menos que se disponga de un tiempo considerable. Y aquí no hay ómnibus ni coches de punto. Sólo ciertos comerciantes ricos poseen carruaje como artículo raro y de lujo. Algunas cocherías guardan en sus galpones uno o dos viejos vehículos franceses reformados apresuradamente en talleres de París, pero el piso de las calles es tan áspero y desigual, que resulta muy fatigoso recorrer la ciudad en estos coches donde se balancearon en el Luxemburgo y en las Tullerías los ministros del Directorio, o los generales del Imperio.

La República Argentina tiene sus carruajes indígenas que no pueden ser reemplazados por ningún otro. El primero y más elegante es la galera (¡verdadera galera!): una monstruosa caja de madera colocada sobre no menos monstruosa armazón. Atan a ella ocho o diez caballos, como hacen en las llanuras arenosas de Valaquia, y con el carruaje marcha toda una tropa de viajeros cuando han de trasladarse a la estancia lejana. Otro vehículo es el carro de transporte o carreta, mastodonte de la carretería que parece exhumada de las capas seculares de la antigua barbarie gala. Emplean todo un árbol en su construcción, una viga entera para lanza, otra viga para el eje y no sé cuántas ramas gruesas para llantas y rayos de las ruedas, que tienen diez pies de diámetro. Sobre el eje, va colocada una especie de arca gigante como para recoger todas las especies animales en caso de naufragio; el arca va cubierta con cueros de vaca y cerrada por tres lados, menos por delante, como una gran cuba. Adentro, el carretero amontona -33- toda la carga que se le ha confiado. A este pesado convoy, se atan -a una gran distancia una de otra- tres yuntas de bueyes. El carretero se sienta en medio de la última yunta, con las piernas cruzadas sobre el yugo, y armado de una caña con la que puede agujiar a todos los animales. Cuando el asiento le fatiga, sube a la carreta, de cuya bóveda pende como un mástil de bauprés, otra caña que, mediante un fácil mecanismo, el conductor puede mover a voluntad, alcanzando a la yunta delantera.

Quienes han visto los convoyes primitivos de las estepas rusas o del Cabo de Buena Esperanza, pueden representarse, bajo su aspecto verdadero, estas caravanas argentinas de diez, quince y veinte carretas, caminando lentamente, una tras otra, por caminos

polvorientos de huellas profundas a través de la llanura desierta que no pueden recorrer sin un guía experimentado. Un hombre a caballo recorre la línea de carretas, ordena los movimientos de la tropa, organiza los campamentos. Lo que se dice del camello en el desierto, puede decirse de estas tropas: son los navíos de la pampa. Un comerciante las fleta en Mendoza o en Santa Fe, como si fueran barcos; las carga de maderas, de frutas, de cueros o de otros productos del país y las expide a su consignatario en Buenos Aires. Éste las devuelve con cargas de paños, muebles y licores. De esta manera, los productos de la industria europea, van desde los muelles del Havre y Liverpool hasta el pie de los Andes.

La caravana no hace más de cinco o seis leguas por día. Llegada la noche, se detiene junto a un pastizal y toma sus precauciones para ponerse a cubierto de dos especies de enemigos: los indios y los tigres. Las carretas se disponen en círculo, formando como una empalizada en medio de la cual encienden fuego para asar -34- carne y ahuyentar a las bestias feroces. Si se advierte algún peligro, dos o tres hombres hacen vigilancia como centinelas mientras los demás duermen en el suelo o en la carreta. Al llegar a Buenos Aires, forman el mismo campamento. Hay en la ciudad cuatro o cinco plazas que son como las radas donde echan el ancla y desatan sus cables estas bricharcas de tierra. El carretero queda en la plaza sin ocurrírsele ver el obelisco de la plaza de la Victoria ni las magnificencias de la calle del Perú. La carreta es su casa y su almacén. Durante el día, trabaja en cargarla y en descargarla. Por la noche le sirve para dormir. Algunas veces el carretero lleva consigo su mujer que le ceba el mate o le prepara el asado de cordero. En las horas de descanso, se acerca a sus compañeros que también permanecen fieles a sus tiendas nómades. Será difícil que en el grupo ambulante falte algún músico, que acompañándose con su guitarra, no cante alguna canción. Si a este concierto, que a menudo se acompaña con estallidos de risas, se agrega una botella de caña, todos se sienten felices, con una felicidad comunicativa que se extiende a la gente de los alrededores.

Muy a menudo, callejeando al azar por uno y otro barrio con mi buen amigo el médico danés Saxild, me he sentido fascinado por el efecto tan singular de aquel pintoresco cuadro. ¡Qué trajes y qué figuras, dignas del pincel de Callot! ¡Qué brillo el de aquellos ojos negros y qué franca explosión de alegría, a cada repetición de una tonada burlesca! Por lo demás, diré que estos hombres parecían mostrar en su fisonomía un alma honesta y que lamentaré, ¡ay!, toda mi vida, no haber podido embarcarme con ellos para seguirlos en todas las alternativas de su marcha, en toda su despaciosa travesía.

-35-

Carreteros y gauchos: he ahí la parte más pintoresca de la población en Buenos Aires. Veamos, sin embargo, los otros aspectos. Tiene la ciudad unos ciento veinte mil habitantes, de los cuales la mitad son extranjeros pertenecientes a diversas naciones. Es difícil obtener datos exactos a ese respecto y mis estadísticas son apenas aproximadas. He visto a los agentes de nuestro gobierno solicitar durante dos meses consecutivos en la capitanía del puerto y en la policía, el padrón exacto de nuestros compatriotas en Buenos Aires, no lo han conseguido todavía, pero puede asegurarse que, comprendidos los vascos y bearneses que trabajan en los saladeros, la colonia francesa suma de diecinueve a veinte mil individuos. El cónsul sardo me ha asegurado que sus connacionales llegan al número de veinticuatro mil.

Los ingleses, americanos, alemanes, y algunos escandinavos, forman un conjunto de veinticinco mil personas, por lo menos.

La población francesa, que me interesaba sobre todas, ocupa en esta capital una posición seria y honorable. No se encuentra aquí, como en Oriente y en Estados Unidos, cierta especie de industriales vagabundos que, movidos por una audacia fatal, atraviesan los mares para buscar, por medios vergonzosos, una manera de vivir que no pueden alcanzar con el trabajo y la honradez. La colonia francesa de Buenos Aires se compone de hombres de trabajo y están representadas en ella todas las profesiones liberales y manuales de la sociedad, desde el médico recibido en nuestras facultades, hasta el sastre formado por Belin o Staub, y el peluquero recién salido del Palais Royale. En los últimos años, la colonia ha sido aumentada con los emigrados de Montevideo, donde nuestros pobres comerciantes, sitiados desde hace siete años, veían arruinarse sus tiendas, -36- poco a poco, entre la línea de Oribe que cerraba toda comunicación con la campaña, y el puerto abandonado. He hablado a menudo con estos comerciantes, todos consideraban a Buenos Aires como un lugar de destierro y deseaban volver a Montevideo, donde la vida -decían- era tan fácil y agradable, y donde hacían buenos negocios antes de la crisis deplorable en que estamos comprometidos.

La República Argentina, sin embargo, les es muy propicia. Rosas, que trata a los estancieros de su libre país, casi como Mehemet-Alí trataba a los fellahs de Egipto, Rosas se ha hecho un deber en proteger a los extranjeros de un modo muy especial. Cuando la diplomacia europea entra en negociaciones con él, ese es uno de sus principales argumentos. «Considere usted -le dice al ministro de Inglaterra-, considere usted -le dice al ministro de Francia-, todo lo que yo hago por sus compatriotas. ¿No gozan acaso de privilegios? ¿Han sufrido la menor injusticia o el menor vejamen?»

A pesar de esta benigna política, seguida fielmente -hay que decirlo- por Rosas con los extranjeros, Montevideo tiene para todos los que han vivido en ella un atractivo especial que no se borra con las amabilidades de la policía argentina.

En las calles de Buenos Aires, los criollos se distinguen de los extranjeros por la cinta colorada que los primeros llevan en el sombrero, y por la divisa también colorada que lucen en el ojal de la chaqueta. Esto significa un signo de unión, según dicen los cortesanos del dictador. Pero toda persona sensata no puede dejar de ver en esas divisas un signo de vasallaje impuesto (por un hombre que se proclama jefe de un Estado libre), a toda una población atemorizada desde hace veinte años por su crueldad y sometida por su astucia.

-37-

Esta población, con la cabeza inclinada bajo el yugo que ella misma se forjó, es una de las mejores razas humanas que yo he visto en mis viajes. Los porteños agregan a la cortesía española los hábitos hospitalarios de los países del norte, y las porteñas son encantadoras. Representan un tipo particular de mujer que tiene algo de la vivacidad infantil de las andaluzas y del gracioso abandono de las habaneras: rostro oval de corte muy fino como de camafeo antiguo, tez blanca, ojos negros y cabellos de un brillo y una abundancia soberbios. Su educación no se parece mucho a la que reciben las europeas, que desde niñas

ensayan labores de aguja y bajo el cuidado de sus madres o de sus maestras trabajan con sus libros y cuadernos. Las porteñas trabajan poco y aprenden poco también. Pasan el día en cómoda indolencia, vestidas con descuido. Hasta el atardecer no muestran ninguna actividad: a esa hora trenzan sus hermosas cabelleras, a las que enlazan con mucho arte la divisa punzó con que Rosas las ha estigmatizado y que ellas han convertido en motivo de coquetería. Así aparecen -como flores de la noche, abiertas en el crepúsculo-, en las calles, en las tiendas, sobre las azoteas o en los salones. La conversación que tienen -debo decirlo- es de alcance muy limitado. Está basada sobre las croniquillas e incidentes de las tertulias.

El relato de un paseo a la campaña, un accidente dramático, el anuncio de un baile, la apertura de una nueva tienda, son acontecimientos tratados con ardor y de los que se saca todo el hilo posible para bordar el cañamazo uniforme del tema cotidiano. Prohibido el tema político en círculos donde se cierne la sombra inquieta del Dictador, la conversación no recae sobre asuntos de arte o literatura, como sucedería en otros países -38- colocados en las mismas circunstancias. Las amables porteñas no saben una palabra de estas cuestiones académicas, ni sienten por ellas la menor curiosidad. Su mundo comienza y acaba en Buenos Aires. En un principio, este defecto de educación, atemperado alguna vez por la lectura de ciertos novelistas, produce una extraña impresión al viajero habituado a los torneos de los salones parisienses. Más tarde, acaba uno por encontrar no sé qué agradable quietud en la ignorancia de las porteñas y en la especie de satisfacción que experimentan con su ignorancia. Mejor es no hablarles de Shakespeare ni de Goethe. ¿Por qué pensar -tampoco- en las ficciones de los poetas, ante tales realizaciones de poesía, imágenes vivientes de la mágica Miranda, de Clara, la tierna, o de la noble Cordelia? Nada más gracioso, por otra parte, que el acogimiento expansivo, propio de las porteñas. Se acercan y tienden la mano, desde la primera visita, con las palabras más afectuosas: «Señor, mucho gusto de ver a usted. Esta casa está a su disposición. Le quedaremos muy agradecidos si quiere venir a visitarnos con frecuencia»⁹. Terminados estos cumplimientos, sirven el mate, y la bombilla que uno pone entre los labios, pasa sucesivamente de boca en boca. Hay en el abandono y en la franqueza de las gentes del país, costumbres más singulares todavía. Por ejemplo: a la segunda o tercera visita que se hace a una familia argentina, se dará el caso de que una señorita corte con sus dedos un trozo de bizcochuelo con dulce, para ofrecerlo en la mano, y sin ninguna ceremonia, al -39- visitante. Otra señorita, para cerciorarse de que el té que a uno le han servido tiene bastante azúcar, meterá su cuchara en la taza para probarlo, después de haber probado el suyo. En la mesa, mientras los hombres proponen, a la manera inglesa, beber con ellos un vaso de vino Madeira, la dueña de casa o una de sus hijas, pincha un bocado escogido de su plato y se lo manda al huésped con la sirvienta, en la punta del tenedor. Y esta gentileza no puede rehusarse a riesgo de pasar por un hombre muy mal educado. Es claro que viniendo de dos manecitas blancas y de labios rosados, no hay dificultad en aceptar estas gentilezas argentinas. Pero hay ciertos casos... Sea como sea, es una ley del país y todo viajero queda sometido a las leyes del país que visita.

Al ser acogido por una de estas familias de Buenos Aires, cuyo lenguaje y maneras cobran de inmediato un tono tan cordial, más de un extranjero inexperto podrá creerse en el sendero florido de la buena fortuna y construir con su imaginación algún bello romance. Pero, por poca sagacidad que tenga, no tardará en advertir que se ha dejado llevar muy pronto por las alas de la ilusión. Volverá al siguiente día, con vaga inquietud, y entrará en aquella casa donde han florecido sus esperanzas; volverá regularmente durante una semana,

durante un mes, hasta que, una noche, con la frente en las manos, examinará fríamente su situación y deberá confesar que, desde el primer día, le han dado todo lo que deseaban darle: palabras lisonjeras, miradas halagüeñas, sonrisas afectuosas. Ni más ni menos. Para conquistar la plaza cuyas avenidas le han sido abiertas sin ningún temor, su novela tiene que convertirse en historia, el camino por donde marcha tan ufano tiene que desembocar en la iglesia. En una palabra, -40- tiene que renunciar a su libertad de soltero y someterse a las obligaciones del pacto conyugal.

Las porteñas, sin excepción alguna, hasta las más afables y de apariencia más frívola, no tienen más que un solo objetivo, del que no se desviarán jamás: el casamiento. Todas sus gracias naturales, así como sus dones adquiridos, deben ejercitarse para llegar lo más pronto posible al santo sacramento, que es su máxima esperanza. Las tareas enormes que se imponen algunas, como la de aprender a balbucir el francés o el inglés, a deletrear un cuaderno de música, a dibujar una flor, todas están destinadas a adquirir superioridad sobre sus rivales para obtener más pronto la corona nupcial. Esta continua preocupación hace de cada hogar argentino que tiene jóvenes casaderas, una especie de claro en el bosque, donde las Dianas estuvieran acechando de continuo. ¡Ay del pájaro vagabundo y temerario que se detenga cerca de ellas! Cada rayo de sus ojos es una flecha, cada sonrisa de aquellas bocas bermejas, cada bucle de cabellos, es un lazo...

¡Adorables muchachas! Y, ¿por qué censurar este afán de tender continuamente sus redes? La aspiración al matrimonio es un deseo muy loable, santificado por la iglesia, premiado por la sociedad. Por lo demás, este deseo tan natural, ¿es de tan difícil realización en Buenos Aires!... Aquí una jovencita, no solamente no recibe de sus padres ninguna especie de dote, sino que al abandonar la casa paterna, deja en ella todo lo que poseía, ropa blanca, joyas, de manera que el esposo se ve obligado a comprarle por sí mismo todo su ajuar. Hay que pensar, también, que las guerras civiles, las matanzas de la mazorca, el terror inspirado por Rosas y la emigración que ha sido su consecuencia, han privado a la ciudad de la mayoría de sus hombres jóvenes, a tal -41- punto que existen en Buenos Aires tres veces más mujeres que hombres. Esto explica la competencia. Y por eso la calidad de soltero significa, para la mayoría de las familias, un título de primer orden. Quien hiciera grabar en sus tarjetas de visita el mágico adjetivo Soltero, produciría más efecto que si agregara a su nombre un título nobiliario.

El extranjero presentado en la sociedad argentina con el feliz privilegio de soltero, puede estar seguro de ser muy pronto el objeto de tramas ingeniosas y de tiernas conspiraciones. Y si en un círculo de familia, aparenta cierta inclinación por una de varias hermanas que secretamente experimentan pretensiones por él, de inmediato se establece un tácito acuerdo y todas ellas se unen para secundar en su campaña matrimonial a la que parece contar con más probabilidades de éxito. Aparte el afecto natural que debe de llevarlas a desear el triunfo de la hermana, media otro motivo de interés. Casada ella, desaparece un rival, y en la víspera de la boda, las hermanas heredan sus chales, vestidos y collares. Si con todos sus proyectos de libertad, el viajero cae algún día en esta red de conspiraciones, no creo que le llegue el momento de arrepentirse. No podrá discurrir -es cierto- con su mujer sobre cuestiones constitucionales, ni sobre la elocuencia de Foy o de Perier, ni hablar de la filosofía de Kant ni de la pintura de Sheffer; acaso experimente también el disgusto de que, pasados algunos años, la flor de belleza que tanto le sedujo, se marchite como la hierba de

los campos. Pero encontrará, sin duda, dulces compensaciones, porque se dice de las porteñas que son muy buenas esposas y muy buenas madres, y son dos virtudes éstas que valen por muchas otras.

-42- -43-

- III -
La Boca

-44- -45-

Movimiento en el camino de la Boca. El puente. Géneros de comercio. El pueblito de Barracas. Los saladeros. Los vascos. Sus costumbres regionales. Su situación en el Río de la Plata. Alrededores de Buenos Aires. Productos agrícolas. El ombú. La muchacha enferma.

La rada lejana, donde se detienen los navíos de mayor tonelaje, no es el único puerto de Buenos Aires. Hay otro muy cerca de la ciudad, a media legua, más o menos, hacia el sur. Las embarcaciones más pequeñas, cargan allí los diversos productos de los saladeros para transportarlos a los navíos de la rada; en el mismo puerto abordan los barcos de cabotaje que hacen por los ríos interiores el mismo servicio que las carretas hacen por tierra. En verdad que, cuando se piensa en la extensión de los ríos Paraná y Uruguay, en la red de sus afluentes que abarca una extensísima región desde el Brasil hasta los confines de la Patagonia, y desde el Paraguay hasta los límites argentinos, cuando se sabe que muchos de esos ríos son perfectamente navegables hasta una distancia de 500 y 600 leguas y algunas regiones podrían ser unidas por medio de canales, causa una triste impresión la escasa utilidad que se ha sacado de estos magníficos dones de la naturaleza. Quizá ningún hecho como éste, sirva para demostrar el estado rudimentario de la agricultura y la industria en las provincias argentinas, y el marasmo en que han caído por -46- causa de las guerras civiles que siguieron a la emancipación y luego por la atroz dictadura de Rosas. El carácter de esta dictadura puede resumirse en dos palabras: ferocidad e imbecilidad. Y esto último no por cierto en lo que concierne al aumento de su poderío y dominación, sino en lo que respecta a los intereses y a la prosperidad del país.

Desde el punto de vista puramente pintoresco, el pequeño puerto de la Boca es digno de conocerse. Lo he visitado varias veces, y de todas mis excursiones por las afueras de la ciudad, es la que me ha dejado recuerdos más gratos. Cierto es que en mis caminatas tuve siempre por compañero a un francés muy ingenioso que con sus relatos de numerosas e interesantes odiseas, me llevaba desde las llanuras de Picardía hasta los grandes panoramas de la Nueva Zelanda (donde fue propietario de una bahía y un valle); o bien desde Río de Janeiro hasta los desiertos de la Patagonia.

Un ancho camino sirve para unir a Buenos Aires con el puerto de la Boca. Desde muy temprano en la mañana, transitan por este camino los corredores marítimos, los dependientes de comercio (todos a caballo), las carretas, y los lecheros que van sentados con las piernas cruzadas sobre sus tarros.

Los lecheros andan siempre a galope tendido para llevar a la ciudad su mercancía. Es un nuevo método de espesar la leche y de ofrecerla a las buenas mujeres de la ciudad en forma de una horripilante crema. A ambos lados del camino, se extienden llanuras pantanosas e incultas donde pacen los ganados en libre abandono: la naturaleza salvaje asociada con la vida social, es un contraste que aún podemos hallar a cada paso. En medio del camino encontramos un letrero con esta inscripción: Puente de Rosas. Busqué por todos lados -47- la construcción así señalada. Se trata de una capa de ladrillos que cubre una zanja. Esta zanja no tiene más de un pie y medio de ancho. Habrá que inclinarse ante este puente como los suizos del tiempo de Guillermo Tell ante el sombrero de Gessler. Rosas conoce las grandes tradiciones y algún porteño docto debe de haberle enseñado que los generales romanos, antiguamente, daban su nombre a los trabajos que ejecutaban en las riberas del Rhin o del Danubio.

Algo más lejos vemos pulperías construidas de madera y abiertas desde muy temprano, donde concurren los carreteros y changadores; también ranchos de peones con sus corrales formados por cercos de pencas. Así se llega al puerto de la Boca. El puerto está formado por un riachuelo que lleva el nombre ilustre de Solís, y desemboca en el Río de la Plata. En la orilla opuesta aparecen algunas mezquinas viviendas construidas con tallos de bambú procedentes del Paraguay y cubiertas con cañas parecidas a las usadas por los indígenas del archipiélago indio. Solitarias y tristes, estas extrañas habitaciones parecen ajenas a todo lo que les rodea. Pero en la costa que corresponde a la ciudad, hay un movimiento muy activo y escenas de una asombrosa variedad. El muelle de madera, se encuentra siempre lleno de comerciantes atareados y peones que descargan cueros y lanas de Corrientes, maderas de Paraguay, cajones de uva de Mendoza, plumas de avestruz y pieles de tigre. Frente al puerto se extiende el pueblito donde cada habitante ha construido su morada según su fantasía y de acuerdo con su fortuna, sin hacer caso de la monótona regularidad de las ciudades.

En la gran Fonda de la Marina, un cocinero francés guisa los corderos y los pollos con todas las reglas del arte; muy cerca, en la modesta pulpería, el marinero -48- encuentra la camisa de lana que necesita, el vaso de aguardiente que lo reconforta, la carne de vaca que puede asar a su gusto y paladar. Hay negociantes ricos que poseen elegantes «villas» donde en los días de fiesta vienen a descansar con sus amigos de las fatigas del mostrador. Junto a una casa rica, un pobre diablo ha construido con ramas y barro un techo que le basta para abrigarse con su familia después de la ruda labor. Otro -quizás un marinero que llegó en sus navegaciones hasta el Celeste Imperio- ha querido tener un pabellón chinesco. Más allá se ve transformado en apacible morada, el casco de un navío cansado de las tormentas del mar. Hay quien se contenta con una modesta toldilla; para preservarse de la humedad, la ha colocado sobre pilotes y debe subir a ella por una escalera. En un espacio de diez pies cuadrados, tiene su cama, su mesa y quizás es feliz con sus viejos recuerdos de marino. La mayoría de estas habitaciones tan pobres en apariencia, está ocupada por una población laboriosa y ahorrativa de vascos y bearneses.

Muchos de ellos, después de algunos años de trabajo, guardan en sus modestas casitas, más onzas de oro que las que puede tener el elegante que hace caracolear su caballo de raza a la puerta de aquellas viviendas.

Muy cerca están los lavaderos, donde una parte de los peones se ocupa en sumergir en el agua los cueros de oveja y golpearlos sacándoles las espinas de cardo que se adhieren a la lana en los pastizales. En las inmediaciones se hallan las barracas y saladeros donde preparan para el comercio los diversos productos que se obtienen de los animales. Es éste uno de los principales centros de actividad, de una industria que constituye la riqueza principal del Río de la Plata. En la barraca -49- enfardan la lana y acomodan los cueros destinados a la exportación. El saladero reúne todas las diversas operaciones de tal industria.

Tuve ocasión de visitar detenidamente el saladero de Cambaceres, el mayor y más completo de los existentes hasta hoy. Las escenas que allí se ofrecen no son muy alegres, ni agradables al olfato, pero sí muy curiosas de observar. Trataré de describirlas en todo su proceso. Hacia un lado de un terreno muy grande, ocupado por los secadores, por las máquinas a vapor y los depósitos, se encuentra el corral para los animales vacunos destinados al holocausto. Un hombre, de pie sobre una plataforma, arroja el lazo sobre uno de esos animales. El lazo corre sobre una roldana y va unido a otra cuerda, a la que están atados dos caballos montados. A un grito del enlazador, los jinetes, que se han aproximado, espolean sus caballos tirando del lazo y obligan así al novillo que se resiste, a llegar y tropezar en un poste donde el degollador le hunde un cuchillo entre las astas. El animal muere con la primera cuchillada y entonces la plataforma de madera en que ha caído, se separa rodando sobre unos rieles hasta otra especie de estrado, donde otro peón, con su lazo hace caer la res sacrificada. En este último lugar, dos hombres -brazos y piernas desnudos y el cuchillo en la mano- la descuartizan en pocos momentos. La zorra vuelve a su sitio para recibir una nueva víctima y la matanza continúa con espantosa rapidez. Desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde, son degollados y despedazados de esta manera, de trescientos a cuatrocientos novillos.

Hay en este establecimiento unos trescientos peones, divididos en diferentes grupos, según la tarea particular de cada uno. Mientras funciona el lazo, mientras el desangrador -50- degüella, los carniceros -las piernas desnudas entre la sangre, hasta la rodilla- sacan el cuero y cortan la cabeza, y otros transportan la res sobre los rieles hasta unas mesas donde separan la carne del costillar para hacer el tasajo. Después, toda la carne es sometida a diversas preparaciones. Primero, ponen el tasajo entre la sal, más tarde lo colocan en los secaderos. En cuanto a los cueros, amontonados primero en salmuera, son extendidos después al aire libre. A los cuernos se les despoja de su envoltura escamosa y el resto va a las máquinas a vapor que les extraen la sustancia. El sebo se saca de las partes más gordas del animal; el aceite de quinqué, de las patas; el residuo de todo esto se vende como abono; los restos (tiras) de cuero sirven para hacer cola de pegar y todo se utiliza, hasta la más mínima partícula. Se trata de la más completa utilización del animal por la mano del hombre.

A medida que el comercio aumenta y se abren nuevas salidas a la exportación, cada uno de estos productos se elabora con más detenimiento y cuidado. Alrededor del pueblo de Barracas, pueden verse especies de puentes, tapiales y diques de varios pies de altura, hechos con montones de cuernos de vacunos. Desde que han aumentado las máquinas a vapor, estos cuernos, así como los huesos calcinados, se ponen aparte para encender los hornos y quemar los restos de los animales. Con esta serie de procedimientos económicos, se comprende que los propietarios de saladeros puedan realizar ganancias considerables y pagar altos jornales a sus obreros. Hay algunos de éstos que, con un trabajo de seis a siete horas, ganan veinticinco y treinta francos¹⁰. -51- Es verdad que se trata de un horrible trabajo, que el cuerpo debe mantenerse inclinado de continuo sobre un cadáver y las manos hundidas en la carne todavía palpitante, chapaleando los pies en pantanos sanguinolentos, pero el hábito hace insensibles a todos los que se dedican a esta tarea, cuyos pormenores repugnan cuando se observan por primera vez. Por la noche, ese mismo hombre que ha degollado y descuartizado cientos de novillos, se lavará para dirigirse a su casa y cenar en familia; se paseará como un buen burgués o hará saltar a sus criaturas sobre las rodillas, pensando en que ha ganado para ellos algunos buenos patacones.

El día domingo, resuenan ruidos jubilosos en el pueblo de Barracas; en las pulperías los bebedores ríen alrededor de las mesas, se juega a las bochas y a la pelota en las calles, se corren carreras en el campo. En algún balcón de madera, un joven bearnés canta acompañándose de la guitarra, una canción de su país natal, quizás la elegía popular de Despourrins:

«Allá arriba, en la montaña...»

Más lejos un violín da la señal del valse o de la cuadrilla. Por todos lados aparecen los pañuelos de colores lucientes que sirven de tocado a las jóvenes vascas; se ven las boinas blancas de los Pirineos, los corsages estrechos, las blusas que denuncian formas vivas y elegantes. Nos creeríamos a orillas del Gave o en las aldeas pirenaicas. Las familias vascas y navarras que se establecen aquí, guardan su alegría nativa, su idioma y sus costumbres. Al mismo tiempo recuerdan que han emprendido tan largo viaje con el propósito de hacer fortuna, y las anima la esperanza de volver algún día, enriquecidas por su trabajo, a la hermosa ciudad de Pau o a la querida Bayona. Son, como he dicho, familias -52- tan laboriosas como económicas. Se ayudan mutuamente, mandan dinero a Francia y colocan el resto en Buenos Aires, no en negocios arriesgados que les darían el 18 o el 20 por ciento de interés, sino en una modesta tasa de cinco o seis por ciento, con sólidas garantías. Se calcula en cerca de ocho millones de francos el dinero que esta población industriosa y honesta posee actualmente en Buenos Aires y sus alrededores.

Saliendo de Barracas, y al hacer un rodeo para entrar en la ciudad, me he detenido con frecuencia para examinar otra población muy interesante que es la de propietarios de

quintas, verduleros y horticultores que abastecen la ciudad de frutas y legumbres. Sus terrenos cercados no presentan aquel lindo aspecto que podemos observar en los alrededores de París, donde se utiliza cada parcela de tierra y los caminos entre los sembrados están siempre parejos y enarenados. En estos alrededores de Buenos Aires, la mano del hombre interviene poco en el arreglo de las plantas y no le preocupa el orden ni la coquetería como en aquellas otras regiones. Los árboles, las frutas, las flores y las legumbres, crecen entremezcladas, con toda exuberancia y un poco a la buena de Dios.

Si es verdad que aquí no prosperan algunas plantas de Europa o de los trópicos, también es cierto que las que se adaptan a la naturaleza del suelo y del clima, crecen con una fuerza sorprendente. Las hojas agudas de los aloes que orillan las zanjas y sirven de muros a la mayoría de las quintas, se levantan como gruesos árboles a diez y quince pies de altura. De sus troncos surge un tallo derecho y menudo como un álamo. Hay verdaderos bosques de durazneros silvestres que dan con mucha abundancia una fruta algo dura, pero sana y sabrosa. También crece el naranjo, pero sus frutos no -53- tienen el perfume ni el jugo de las naranjas de Malta y de la Habana. El árbol más hermoso del Río de la Plata es el ombú. Es indígena del país y se desarrolla con una grandeza sorprendente. Como es de madera muy esponjosa, no puede utilizarse en construcción ni sirve para combustible. La naturaleza, con admirable previsión, arrojó su semilla en las inmensas pampas para que sirviera de abrigo al campesino nómada y extendiera su sombra sobre los ganados. Su copa redondeada es como un amplio dosel que preserva al gaucho, lo mismo de las lluvias torrenciales que de los ardores del sol. Su tronco nudoso, compuesto de membranas enormes, como raíces que salieran de la tierra, parece un montículo de roca. Pude medir uno de estos árboles que tenía en su base no menos de cuarenta y cinco pies de circunferencia. Basta con ver uno de esos ejemplares gigantescos, para comprender toda la fuerza de la vegetación en los campos argentinos. Es, en efecto, un suelo de rara fertilidad y si produce pocos frutos y cosechas, se debe a que nadie se ha ocupado de cultivarlo mejor.

Las mejores quintas de verduras en los alrededores de Buenos Aires, son propiedad de alemanes e irlandeses que tienen el hábito del trabajo. Las otras son de argentinos, cuya índole natural, indolente y ligera, contempla con frívola indiferencia las cosas más serias, o, cuando se apasiona, cae repentinamente en brutales excesos.

Me fue dado conocer un triste ejemplo de esta dualidad de carácter. Para penetrar en el interior de algunos hogares que deseaba conocer, acompañé varias veces en sus visitas a un médico amigo mío. Un día me condujo a una quinta donde una chiquilla de diez años se hallaba gravemente enferma. Para curarle, no recuerdo ahora qué afección, había sido necesario darle fricciones -54- en el pecho con una materia inflamable. El hermano, que la cuidaba tiernamente durante todo el día, acercó, por desgracia, una bujía a las compresas inflamables que tomaron fuego, y la chiquilla sufrió quemaduras en el pecho. Las quemaduras revestían gravedad; mi amigo empezaba a desesperar de sus esfuerzos. Cuando llegamos a la casa, la madre se acercó a nosotros pálida y temblorosa, y sin decir palabra nos hizo entrar al cuarto de la enferma que yacía en su lecho de dolor. Mientras el médico sacaba con cuidado las vendas, la madre permanecía muda e inmóvil, junto al lecho y el hermano murmuraba con voz tímida y lánguida: «Ay ¡querido doctor, qué duelo, qué duelo!». Mientras esto se pasaba en el cuarto, cinco porteñas de la vecindad, sentadas en un banco, charlaban y reían como en una tertulia. Una de ellas se dirigió a mí, y tanto me

chocó aquella ligereza frente a un cuadro de angustia, que me retiré sin contestarle. De pronto, un hombre con el rostro enrojecido y los ojos brillantes, entró en la pieza tropezando; se apoyó contra la pared y clavó sus ojos en el lecho de la enferma. Luego dio un grito angustioso y se arrojó fuera. Era el padre de la criatura, en horrible estado de ebriedad.

Cuando salimos, mi amigo me dijo: «Hace diez años que soy médico de esta casa. Ese desgraciado que acaba usted de ver embrutecido por el alcohol, es el mejor padre de familia que pueda imaginarse. Honrado, trabajador, ordenado en su vida; hasta el mes último, no habría pasado una hora en un café; hoy el sufrimiento de la hija, le ha hundido en la desesperación. Para olvidar el espectáculo que le apena y para olvidarse a sí mismo, se ha puesto a beber y se pasa de la mañana a la noche en la pulpería».

-55-

Algunos días después, el médico me dijo que la chica había muerto.

-¿Y el padre?, le pregunté, ¿qué hizo?

-A último momento -me contestó mi amigo- se arrepintió de su extravío y vino a la cabecera de su hija, sin abandonarla, hasta que murió. Lo he visto junto al lecho, con la cabeza inclinada, las manos juntas, sin decir una palabra. Las gentes de la casa han preparado el entierro. Él tiene la apariencia de un ser inanimado: ni oye ni mira nada.

-56- -57-

- IV -

Santos lugares

-58- -59-

La Chacarita, fundación de los jesuitas. Construcción en ruinas. Los refugiados indios. El campamento de Santos Lugares. La prisión. Crueldades del Dictador.

El viajero que sale de las ciudades de Siria, encuentra campos tristes e incultos, sembrados de pálidos olivos y surcados, de distancia en distancia, por alguna caravana de camellos o por el jinete beduino armado con una larga lanza. Al salir de Buenos Aires hacia distintos rumbos, se presenta el mismo cuadro monótono y triste: la llanura vastísima, el ombú de tronco colosal, la chacra con su techo de paja, la carreta que rueda despaciosamente y el gaucho que prosigue al galope su marcha solitaria.

Si exceptuamos el camino principal que va desde la ciudad hasta la quinta de Rosas, y el que termina en la Boca, lo que aquí se conoce como caminos, son apenas huellas de

carretas, cortadas a veces por zanjas y por lagunas y arroyos que carecen de puentes. Así es el camino de la Chacarita, a dos leguas de la ciudad, y lo mismo el que lleva hasta el campo de Santos Lugares, distante cuatro leguas apenas de Buenos Aires.

La Chacarita es un antiguo edificio de las Misiones que tiene a su lado un bosque de durazneros. Los misioneros católicos fueron los primeros civilizadores en este país. La conquista que los gobernadores españoles -60- ensayaron por medio de las armas, cumplieronla los misioneros mediante la dulzura y la persuasión. Con la cruz en la mano y el espíritu de la caridad en el corazón, la palabra de unción en los labios, se adelantaban hasta los indios, ganaban su confianza y poco a poco los inclinaban a los principios de humanidad, acostumbrándolos también al orden y al trabajo.

En medio de la tribu salvaje, levantaban una capilla, signo de paz y primer punto de reunión en que se abrigan bajo el pensamiento de Dios. Cerca de la capilla, no tardaban en aparecer la quinta y sus frutos, el campo labrado con su cosecha, luego la granja y el granero. Los mismos misioneros empuñaban la azada y conducían el arado. Todos daban lecciones a sus neófitos y debían unir a su paciente enseñanza la práctica de la doctrina y el ejemplo. Contentos los indios con aquel núcleo de población, formaban un círculo de familias y así el trabajo productivo sucedía a la ociosidad de la selva. El indio aprendía a roturar la tierra y a cuidar mejor sus animales. El comercio que hoy enriquece a la República Argentina, fue fundado por las misiones religiosas. En ambos lados de los Andes y en las orillas del río de la Plata, los jesuitas fueron los primeros agricultores y los primeros estancieros. Allí donde hacían una fundación, aparecían los gérmenes de la prosperidad. Una política sombría dio lugar a su expulsión de esta comarca, donde habían dado lecciones de tanta utilidad. La tarea que dejaron inconclusa, no han podido continuarla quienes los proscribieron. En Nueva California, en Méjico, en Chile y en varias provincias de la República Argentina, quien dice misión, dice un extenso distrito consagrado a la agricultura, una iglesia, una ciudad, antaño floreciente y ahora ruinoso y abandonada.

-61-

Los filósofos han arreglado muchas y bellas frases sobre la ambición desmesurada de los jesuitas, pero ninguno de estos elocuentes defensores de las libertades humanas ha pensado en trasladarse al desierto para contrabalancear con su enseñanza aquella fatal ambición y hacer, con peligro de la vida, entre las razas salvajes, la propaganda de la razón. Nadie puede disputar a los jesuitas el haber sabido ganar los corazones de aquellos que -según se dice-, sometían al yugo de la superstición, y no hay muchos gobiernos liberales que puedan envanecerse de haber alcanzado un éxito semejante.

La Chacarita ha sido uno de esos hermosos edificios que los jesuitas levantaron antaño en las llanuras desiertas de América: Una vasta casa de ladrillos y un patio encuadrado por galerías con arcadas. Más lejos hay otro cuerpo de edificio con un segundo patio, un corral y algunos galpones. A la entrada está la capilla, de estructura imponente y graciosa a la vez. Los sabios administradores que proscribieron a los jesuitas, no han querido, al parecer, hacer uso de sus obras arquitectónicas y La Chacarita cae progresivamente en ruinas. El techo de la iglesia se desmorona, el cielo raso deja pasar la lluvia y el viento, y han despojado de sus ornamentos al altar. Bajo las galerías de arcos se ven algunos soldados de

Rosas y en los sótanos bullen algunas familias de indios, todos medio desnudos, que piden ahora limosna en el mismo lugar donde sus padres vivieron protegidos por una autoridad paternal y enriquecidos por el trabajo útil.

En Santos Lugares hay otra población india mucho más numerosa y no menos miserable. Se cuentan allí más de mil ochocientos individuos establecidos en chozas de barro cubiertas de juncos, mucho más miserables que la más mezquina de las cabañas de Nybygares, en la Suecia -62- septentrional. Son indios escapados de las tribus salvajes que Rosas espantó con sus amenazas o subyugó con sus promesas, trayéndolos a esta trampa donde no pueden soñar en evadirse y menos en rebelarse. Viven estos indios en la más abyecta condición. Sustraídos a su existencia nómada y sujetos al poder a que han sido confiados, viven una especie de vida animal sin ímpetu y sin fuerza, como tropas de bestias salvajes a las que se hubiera enervado los músculos, cortado las garras y arrancado los dientes. Ningún ser compasivo se ocupa de aclararles la mente o de mejorar su estado material. Únicamente las mujeres, más firmes y resignadas, han conservado algunos hábitos de trabajo: tejen cinturones y ponchos sobre una trama cuyos hilos juntan lentamente con la mano, uno tras otro, de la misma manera que las mujeres árabes fabrican, después de muchos días de paciente labor, las alfombras y los albornoces. Los hombres no hacen nada. Rosas les facilita su ración de carne de potro y a ellos les basta con esa recompensa. No piensan crearse otro recurso, cultivando el suelo que rodea sus chozas. Si venden algunas labores hechas por sus mujeres es para emplear el precio en la satisfacción de brutales instintos. En una de esas cabañas compré por cien pesos (treinta y tres francos) una frazada de lana que había llevado seis meses de trabajo a una pobre india. El oficial que me acompañaba y que arregló el precio de la compra, me dijo al salir: «Los cien pesos que usted ha pagado van a convertirse esta misma noche en vasos de caña».

Jamás había visto yo tales extremos de degradación moral y de indigencia. Nada más horroroso, por otra parte, que esta raza de gentes haraposas, de tez cobriza, pómulos salientes, cabellos lacios y negros, y ojos mongólicos de mirada cuyo brillo apagó la servidumbre.

-63-

Hacia cada lado del sitio que ocupan los indios, se extienden las alas del campo formado por Rosas hace diez años, sobre un espacio de dos leguas, y que encierra unos cinco mil hombres divididos en tres divisiones: infantería, caballería y artillería; mandadas por tres coroneles y un general.

Ningún campamento de Europa se parece a éste, ni las colonias militares fundadas por Austria en el extremo de Hungría, ni el ejército agrícola organizado en Suecia por Carlos IX, ni los campos temporarios de Rusia o de Francia. En los campamentos de Rusia y en los que, bajo el reinado de Luis Felipe ocuparon por algunos meses las llanuras de Lunéville o de Saint-Omer, se vieron los espectáculos más brillantes: inmensas líneas de tiendas dispuestas en orden perfecto, ejercicios espectaculares, maniobras soberbias.

En las colonias de una parte del ejército sueco, la explotación del suelo alterna con las operaciones del servicio militar. La comodidad material, los goces de la vida doméstica,

suavizan las prescripciones de la disciplina. Cada soldado dispone de un alojamiento decente, con su ganado y campo propio; cada oficial tiene una casa confortable y un pedazo de tierra, conforme con su grado, cuyo cultivo él mismo dirige. Yo he visto en algunas de estas casas, vajillas de plata, piano, muebles lujosos y libros en todas partes; hasta el más simple soldado demostraba cierta preocupación por instruirse.

En Santos Lugares no se ve nada parecido. El soldado vive una vida casi tan miserable como su vecino el indio. El Estado le da un uniforme por año, es decir una blusa, chiripá y calzoncillo de tela. En cuanto a la camisa y el calzado, no se les proporciona. También les acuerda el Estado una ración de carne por la mañana y veinte pesos por mes (unos seis francos y medio). -64- Tampoco se les da leña ni pan. El soldado se construye un rancho, con barro y algunas ramas de árboles. Sin cumplir las prescripciones de la Iglesia, lleva consigo una mujer complaciente que comparte su pobreza y a su vez gana algunos pesos ocupándose de lavar y arreglar la ropa blanca de los jefes de la legión.

Un teniente dispone de un alojamiento construido más o menos como el del soldado, pero más grande y alhajado con dos o tres sillas. Tiene una ración de carne como el soldado y gana ciento cuarenta pesos por mes.

Entramos a recorrer las líneas de ranchos de los soldados, dispuestos como tiendas de carniceros, con trozos de la carne del día suspendidos a cada puerta. Buscamos una posada para descansar y tomar el almuerzo, pero tal cosa no existe en esta ciudad guerrera de cinco mil hombres. No hay más que una estrecha y sucia pulpería, ocupada por aquellos guerreros felices que pueden pagar al contado, o tomar a crédito un vaso de caña. A falta de una cama o siquiera de una silla, nos sentamos a la sombra de un árbol para componer nuestra égloga como los pastores de Virgilio. Uno de los compañeros recuerda que conoce a un coronel. Este alto funcionario nos recibe con solícita cortesía. Uno de los ayudantes conduce nuestros caballos a pastar. Otro nos abre la puerta del salón de recepciones. ¡Y qué salón! El suelo desnudo, las paredes blanqueadas con cal, a un lado un banco, al otro dos sillas, en el medio una mesa de pino. Por ventura traemos nosotros pan y vino y algunas provisiones. Hemos tenido esa precaución. Sólo nos faltaban los utensilios para almorzar. Después de registrar mucho en un armario, la mujer del coronel, ayudada por dos sirvientas, ha terminado por descubrir algunos tenedores arrumbrados, dos o tres cuchillos, cinco vasos de diferentes dimensiones. Y al ver el gusto con que esta buena mujer bebía en la misma copa que -65- su marido y agotaba nuestra caja de sardinas, me pareció que de mucho tiempo atrás no hacía una comida tan refinada.

Este coronel, con quien hemos pasado algunas horas de camaradería, debe ser, por excepción, un hombre honrado, porque todo indicaba en su casa el estado de estrechez en que vivía y es sabido que los coroneles de Rosas, pagados a cuatrocientos pesos por mes, gastan de ordinario cuatro o cinco mil pesos con toda desaprensión. Se reparten los cueros de los animales sacrificados para el consumo del campamento y venden las raciones que sobran para el número efectivo de sus tropas. Aquí, como en Rusia, los sueldos bajos, llevan a los funcionarios a la exacción y la rapiña. En la administración civil, como en la militar, la onza o el billete, deslizados secretamente, constituyen la mejor recomendación y apoyo en una gestión oficial. Rosas, que tiene el oído de Dionisio de Siracusa, la boca del León de San Marcos y el ojo avizor para todo lo que pasa, no ignora estos abusos del poder

a que me he referido, pero tiene a veces razones particulares para tolerarlos a sus subordinados. Después de todo ¿qué representa esa plebe de burgueses negociantes sobre la cual se ejerce la mano rapaz de un funcionario?

Cancres, hères et pauvres diables,

...Vous leur faites, seigneur,

en les croquant beaucoup d'bonheur¹².

Los jefes del campamento de Santos Lugares desempeñan una doble misión que obliga a Rosas a tratarlos con miramientos particulares. Por lo pronto, tienen a su cuidado, según lo hemos dicho, la numerosa tribu de indios, y éstos deben de sentirse tentados muy a menudo -66- por volver a las belicosas aventuras de su vida salvaje. Por otra parte, esos jefes guardan también un puesto mucho más importante: el edificio principal de la política de Rosas, que es la prisión de Santos Lugares. Una denuncia innoble, una palabra, un gesto del Dictador, pueden hacer que el argentino sospechoso, sea conducido a esa prisión y confundido con los ladrones y asesinos, o condenado a fabricar ladrillos para el gobierno o para los oficiales de Rosas. Una vez que ha pasado este Puente de los Suspiros, nada se sabe ya de él, y se encuentra como el ruso desgraciado a quien la kibitka conduce a Siberia, lo separa del mundo entero y lo priva de toda comunicación con sus amigos. No tiene derecho a ninguna reclamación ni abogado alguno puede tomar su defensa. Ha sido encerrado allí por la voluntad de Rosas y no saldrá de allí sino por su voluntad, en un día de clemencia, en una hora de capricho del legislador todopoderoso. El extranjero no tiene acceso a esta espantosa guarida, y sólo puede contemplar desde alguna distancia sus altos y espesos muros. Lo que allí pasa, sólo puede saberse por rumores sombríos o por sordas revelaciones. Pero lo que sí se sabe es que hay encerrados en ese recinto cientos de buenos

ciudadanos que no han violado ningún artículo del código comercial o criminal, y que no han sido juzgados por ningún tribunal de justicia; hombres de quienes la policía ha llegado hasta olvidar el crimen de que se les acusó y que seguirán encerrados hasta que el amo benigno, un día que escuche pronunciar el nombre por casualidad, ordene que sean libertados, sin ninguna forma de proceso, así como fue ordenada su prisión.

Tal es el estado de justicia en que viven los ciudadanos de la libre República Argentina bajo el gobierno del Salvador de la patria, del Restaurador de las Leyes, el grande y magnánimo Rosas.

-67-

- V -

La campaña

-68- -69-

Imponente soledad. Los campos de pastoreo. El viaje por las llanuras. El baquiano. El gaucho. Las tropas de Rosas. Las autoridades militares de campaña y los jueces de paz. Cómo se hace la ruina de un propietario.

Experimentamos la grande y solemne impresión del desierto, aun en la zona de las estancias. Estos establecimientos poseen extensiones enormes de terreno: treinta, cuarenta, algunas hasta sesenta leguas. En medio del campo está la casa del propietario, por lo general groseramente construida y pobremente amueblada; muy a la distancia aparece el rancho de algún peón o del capataz, con sus paredes de barro y su techo de paja. Ningún limite visible rodea la propiedad, ni barreras ni fosos. Toda la llanura es un inmenso pastizal, como la tierra bíblica en tiempo de los patriarcas. Los animales de una y otra estancia circulan libremente por dominios ajenos; pero los peones, aunque los pierdan de vista, no los olvidan. Cada estancia está dividida, según su extensión, en varios distritos y cada uno de ellos se halla confiado a la vigilancia de cierto número de peones bajo las órdenes de un capataz.

Así como los lapones conocen, sin confundirlos, el color, la forma, las señas particulares de sus renos, el peón puede dar el número de sus vacas, de sus terneros, y señalarlos y distinguirlos por algún rasgo distintivo. -70- Es cierto también que cada animal recibe desde que tiene un año, la marca de su dueño impresa con hierro candente. Cuando llega el día de la venta y se hace necesario juntar todos los miles de vacas de la estancia, los peones van tranquilamente a las estancias vecinas, buscan los animales que faltan y los restituyen a su suelo nativo.

Son de figurarse las sensaciones extrañas que experimenta un viajero europeo, aventurándose a cruzar este país. No hay que pensar en los medios de locomoción

empleados en otras comarcas, ni en la facilidad de las comunicaciones ni en las comodidades que se encuentran a cada paso en Europa.

Aquí no hay puentes, ni canales, ni diligencias, ni posadas. Aquí no es posible ir de una provincia a otra, sin la ayuda de un baquiano, que se orienta por la posición de las estrellas, por unos charcos de agua, o por otros signos que pasan inadvertidos para el común de las gentes. Ese baquiano, en casos difíciles, echará pie a tierra para observar de más cerca la senda que ha tomado, y si existe peligro de indios, se echará por tierra como los pionners de Cooper; podrá saber, por algunas plantas holladas, por una huella casi imperceptible, si la horda de indios pasó por allí, de cuántos individuos se componía, y cuántas horas hace que pasó. La naturaleza, al someter a individuos de diferentes razas a los mismos peligros y a las mismas necesidades, les da también el mismo poder de perspicacia. En el conocimiento del terreno, en la agudeza del oído y de la visión, hay una similitud que sorprende entre el camellero árabe, el cazador de los Alpes, el pastor nómada de Laponia, el trampero del Oeste en América del Norte, y el baquiano de la América del Sur.

El viajero, conducido por este guía, verá desde el fondo de la galera, como en una cacería fantástica, correr -71- la tropa de caballos destinada a relevar, de distancia en distancia, a los que van atados al pesado carruaje. Si se trata de una carreta, cruzará la llanura paso a paso, como lo hacían los antiguos reyes merovingios en sus lentos paseos por las ciudades medioevales. Si tiene valor y fuerza suficiente para montar un caballo apenas domado, que podrá encontrar muy de tarde en tarde en los ranchos de posta, experimentará esa indecible emoción de vitalidad y de independencia que proporciona el galope de un noble corcel cuando se avanza por el campo abierto. Es este el mejor modo de viajar en las pampas. Pero se necesita fuerza y destreza. Porque se encuentran campos erizados de cardos que semejan bosques de lanzas, de seis y ocho pies de altura y que deben evitarse cuando se puede; pantanos en que el caballo se hunde hasta el pecho en el fango, y ríos que deben atravesarse a nado.

Al final de una de estas jornadas de marcha difícil y peligrosa, el viajero mira el horizonte buscando la señal de algún techo que pueda prestarle abrigo durante la noche. Pero sólo aparece la tierra desnuda y no se oye otra cosa que el vuelo de la perdiz, el grito estridente del teru-teru o del ave nocturna que los indios llaman el yayá. Su nombre proviene de la acentuación particular del sonido, que repite sin cesar, y que significa en idioma guaraní: vamos, vamos. Diríase un grito de aliento providencial, que este pájaro nocturno dirige al atardecer a quienes tienen que cumplir un largo camino.

Pero el viajero, cansado, sin prestar oídos a los consejos del yayá, no puede seguir su marcha en las tinieblas. A ejemplo de su guía, desensilla el caballo, pone de almohada el recado, tiende las caronas en el suelo y duerme al aire libre, abandonado a la guarda de la Providencia. Si en la noche siguiente echa de ver -72- entre la sombra las paredes y el humo de un rancho, puede acercarse sin temor a esa morada solitaria. Encontrará allí reunida a la familia del gaucho. El recién llegado pronuncia al acercarse, las palabras santas que, por tradición religiosa, reemplazan todavía, en gran parte de América Española a nuestras fórmulas triviales. «Ave María Purísima», dice el forastero. Al oír estas palabras evangélicas, fórmula de confraternidad cristiana, el gaucho responde: «Sin pecado concebida»; y se levanta, y viene hacia su huésped y le ofrece el único asiento de que

dispone: una cabeza de vaca. El rancho está alumbrado por un pequeño candil alimentado con grasa.

De las paredes cuelgan las riendas, las espuelas, los lazos y las boleadoras. En medio está el fogón, junto al cual duerme la gente de la casa, envuelta en sus ponchos. A pocos pasos de distancia, hay otro rancho que sirve de cocina; allí se asa la carne de vaca, atravesada en una vara de hierro o de madera que se mantiene sobre el fuego en posición casi horizontal. Es lo que se llama el asado. El verdadero asado es el asado con cuero. Un fornido muchacho llega con la carne clavada al extremo de la vara y cada uno corta un pedazo tomándolo con los dedos, le pone un poco de sal y lo come casi siempre sin pan. Es de suponer que un habitué del Café Inglés, por ejemplo, mirará desdeñosamente los detalles de una cena como la que acabo de describir, pero debe saberse que ningún cocinero de París, aun entre los de más renombre, sería capaz de componer con todos los recursos de que dispone, un plato más sabroso que ese trozo de carne con cuero. Así me lo habían dicho, y tuve la oportunidad de experimentarlo con verdadero placer gastronómico. Debo agregar que un viaje de algunas horas por el campo, y el aire vivificante del país argentino, forman el mejor condimento para ese plato.

-73-

Así como nos hacemos en Francia una idea errónea de la topografía de las Provincias del Río de la Plata, también nos engañamos sobre el carácter del gaucho. No es el gaucho, como se cree habitualmente, un salvaje vagabundo. Es el habitante de la campaña, el campesino de un país muy diferente al nuestro por su naturaleza, y que se adapta a la región en que vive, con diversos modos de ser y de existir. Hay gauchos propietarios que por sí mismos administran y explotan sus estancias, así como hay gauchos que cultivan y siembran la tierra y trabajan como zanjeadores; otros construyen palizadas para cercar chacras y quintas. Los hay también que son de origen inglés y alemán, pero la mayoría descende de los antiguos colonizadores españoles y, salvo pequeñas alteraciones, todos hablan muy bien el español.

Fuera de sus acostumbradas labores a caballo, el gaucho es indolente, es verdad, poco industrial y poco inclinado a los trabajos de agricultura. No sabe leer ni escribir y esto nada le preocupa. No leerá, por cierto, la constitución francesa, ni las discusiones de Proudhon con los socialistas, ni Los Siete Pecados Capitales de Eugenio Sué, ni mis relatos de viaje, y no será por eso más desgraciado.

Verdad es que, labrando la tierra, plantando frutales o dedicándose a otras ocupaciones recomendadas por las sociedades filantrópicas, podría, sin darse mucha pena aumentar su bienestar material; pero es hombre de pocas necesidades y se contenta con los escasos recursos que posee, con los pesos que gana como peón y zanjeador, con su porción de asado y un lugar por la noche junto al fogón de su rancho. Si por una vuelta de la fortuna viene a estar en posesión de una suma de dinero algo -74- crecida, después de renovar el poncho, el chiripá, las espuelas, y comprar unas riendas de plata, sentirá que le pesan los patacones que lleva en el cinto y en la primera pulpería experimentará la tentación de jugar tal exceso de riqueza. El juego trae las disputas y las cuchilladas, como consecuencia de ese fatal empleo del tiempo.

Pero ¿qué podemos hacerle, si se ha educado así?... Desde niño, el gaucho se ejercita enlazando los perros y las aves que encuentra a su paso. Después correrá los avestruces y los terneros. El padre lo lleva sobre el caballo desde que empieza a mover las piernas y los brazos. Poco a poco aprende a usar el freno y las espuelas, a enlazar toros y tigres. Y cuando ha llegado a domar un caballo, a cruzar a nado los ríos de corriente más rápida, a manejar con sangre fría el lazo y el cuchillo, entonces es un hombre completo. Su existencia se encuentra asegurada, y por poca ambición que tenga, sus cualidades de gaucho pueden colocarlo en una posición destacada. Así han comenzado los coroneles y generales de la Confederación Argentina, «Héroes inmortales», como los llama Rosas, y él mismo, el gran Rosas, reveló de esta manera a los pueblos del Plata su genio providencial.

Los viejos que se acuerdan del tiempo pasado, dicen que el gaucho de nuestros días ya no es el magnífico gaucho de otros tiempos. ¡Ay! Todo se altera en este mundo; las costumbres más originales y los tipos más imponentes. En vano las llanuras de América del Sur, fingen majestuosamente un sombrío desdén por las obras ficticias de la civilización, porque a despecho de los ríos sin puentes y sin barcos, de las distancias enormes, la civilización ha de penetrar hasta el seno de las pampas -75-. Entra ya con las botellas de la pulpería y con los objetos de fantasía vendidos por los comerciantes. Penetra poco a poco en el interior de los ranchos y desnaturaliza las costumbres tradicionales.

.....

Cuando se ha visto el género de vida que llevan los gauchos, la manera con que ejercitan sus fuerzas físicas, la lucha diaria con los animales, el aislamiento en que desarrollan sin contrapeso sus tendencias más brutales, el uso incesante del lazo y del cuchillo, se comprende fácilmente que estén connaturalizados con la violencia, y que en algún momento derramen la sangre del hombre como hacen correr diariamente la sangre de los animales.

Pero estas terribles escenas se hacen cada vez más raras y se las cuenta con horror, calificándose de mal gaucho al que se abandona a sus feroces arrebatos. El verdadero gaucho es en general, honrado y leal, fiel a sus amigos y muy hospitalario con el extranjero.

Todo el que llega hasta su rancho, queda impresionado por la franqueza y la dignidad con que el dueño de casa recibe al huésped desconocido. Por pobre que sea su casa, sabe bien que es su casa y le basta para guardar en ella el sentimiento de su fuerza y de su libertad.

Hay en las campañas argentinas, hombres más temibles que el gaucho malo y que hacen más daño, sin verse obligados a huir de la justicia, porque ellos mismos representan la autoridad legal y la justicia. Son los funcionarios honrados por Rosas con su favor y su confianza; los jefes militares de campaña y los jueces de paz.

Rosas, a pretexto de que debe mantenerse en guardia contra Europa y oponer su ejército a la ambición de Francia e Inglaterra, mantiene un despliegue de fuerzas -76- que le cuestan muy poco y le prestan gran utilidad. Las tropas están bajo las órdenes de un comandante que es el instrumento dócil de la voluntad del dictador. A falta de una guerra

con Francia -que en lugar de batirse negocia la paz¹³- y como ya no tiene cuestión con Inglaterra que arregló sus cuestiones con la Argentina, y ni se bate ni tiene asuntos que arreglar, el susodicho comandante de campaña, sale de vez en cuando en persecución de algunos indios vagabundos.

Cuando vuelven estas expediciones, aparecen pomposos boletines en los que se dice que los valientes soldados del dictador, libraron un combate encarnizado contra un ejército de salvajes y que el tal ejército fue derrotado dejando en el campo de batalla tres muertos y varios heridos.

En sus mensajes anuales, Rosas celebra con términos enfáticos el heroico valor de sus legiones. Todo el mundo sabe, sin embargo, lo que significan esas famosas victorias; todo el mundo sabe que la misión de las fuerzas de campaña en la Argentina, no están en la defensa que puedan constituir contra los indios, sino en sostener la política de Rosas y en cortar las cabezas de sus opositores. Pero el amo declara que sus escuadrones han adquirido a la faz del universo una fama sin igual, y el pueblo, sometido, acepta en silencio la apoteosis.

Hay en la provincia de Buenos Aires, tres comandantes militares de campaña: Prudencio Rosas, hermano -77- del Dictador, Lucio Mansilla, cuñado del Dictador, Ángel Pacheco, servidor obsecuente del Dictador. En cada distrito, hay varios jueces de paz cuyo título y funciones implican una idea de sabia equidad, pero en rigor, no son más que agentes subalternos de los comandantes de campaña.

Voy a narrar un episodio que se da con mucha frecuencia en la vida de estos funcionarios: Llama Rosas a un capataz y le da una carta sellada y urgente para el juez de paz. La carta no es larga. Encierra una orden concebida más o menos en estos términos: «Hay que arruinar a Fulano de Tal, de su distrito de usted».

Recibida la carta, el juez de paz escribe al pie: «Se dará cumplimiento», firma el papel y lo devuelve al capataz que lo lleva nuevamente a Rosas. En los archivos no queda ninguna constancia del asunto. Algunos días después comienza a realizarse el daño. Por una disposición del juez de paz, le sacan al estanciero sus mejores peones y los llevan al campamento, destinados al servicio militar. Ausentes los peones, el ganado de la estancia se dispersa. El estanciero se presenta ante el juez y humildemente le expone el daño enorme que le han ocasionado llevándole sus peones. El juez de paz, compadeciéndolo hipócritamente, contesta que no puede hacer otra cosa, y que se verá obligado a exigir otros sacrificios. Al día siguiente, el juez da nueva orden a fin de que, en nombre de la patria y para el servicio de las tropas, sea secuestrada la carreta del estanciero; pronto viene otra para que sean diezmados todos sus animales. Nuevas reclamaciones y nuevas lamentaciones se suceden. Al fin, el pobre propietario reconoce, aunque un poco tarde, que se ha formado contra él un complot y se resigna a su suerte; recoge lo poco que le resta de su ganado -toda su fortuna-, lo vende al primer -78- chalán que le ofrece un precio razonable y abandona su campo, porque advierte que todo ha terminado.

Por cierto que conoce la maniobra de que se han valido para arruinarlo, pero no tiene prueba alguna, ni la constancia de ningún documento oficial. La mano de Rosas no apareció

para nada en esa cruel maquinación. Como pájaro escapado de la trampa, el estanciero ha dejado en ella sus plumas mejores y se considera feliz con no haber perdido la vida.

Si tuviera la osadía de acusar a Rosas como causante de su desastre, la virtud de aquél, ultrajada, lanzaría a sus fieles periodistas que harían pedazos al propietario como a un vil impostor. El juez de paz no recibe sueldo ninguno y existe como un convenio tácito para alabar de continuo el desinterés de esos hombres que sacrifican su tiempo con generoso patriotismo al bien del país. Sin embargo, no hay uno de estos virtuosos funcionarios que, sin ser rico, no viva como rico, aumentando su patrimonio. Todo trabajo, se ha dicho, merece ser retribuido y esos buenos jueces de paz tienen tanto trabajo en el desempeño de sus funciones gratuitas... Lo menos que puede quedarles en la mano, son algunas cabezas de ganado del que confiscan en una y otra parte, o algunas parcelas de terreno.

Los oficiales de campaña, como los demás oficiales del ejército, tienen sueldos muy bajos pero ejercen en sus distritos un poder despótico, imponen contribuciones arbitrarias a los estancieros que no consideran sus amigos, y hacen un gran comercio con la provisión de carne y de cueros. Y si no adquiere el comandante con éstos fáciles procedimientos una gran fortuna, es porque no se cuida de hacerlo. Y todo seguirá bien mientras permanezcan sumisos a Rosas y den cumplimiento a las órdenes de venganza contra los salvajes unitarios. Nadie -79- levantará la voz. Es el temible pachá, sometido a un sultán todavía más temible. Que cuide solamente de cumplir con fidelidad las órdenes recibidas de Buenos Aires, y sobre todo de no dejarse llevar por un vano pensamiento de ambición, porque entonces corre el peligro de encontrar una noche a su puerta, dos gauchos decididos, que con un trabuco y un puñal, le dejarán el último recuerdo de su amo, Rosas.

-80- -81-

- VI -

Palermo-Rosas

-82- -83-

El camino de Palermo. Campamento de caballería. Sentimentalismos locales. Doña Encarnación. Manuelita. Sus virtudes y su influencia. Biografía de Rosas. Su poder. Sus mensajes anuales.

A media legua de Buenos Aires está la quinta de Palermo, que Rosas hizo construir para retirarse allí durante el verano y gozar de sus sombras idílicas. Rosas ha hecho de Palermo, desde hace algún tiempo, el arcanum habitual de sus altas combinaciones políticas, una especie de Versalles o de Saint-James del Río de la Plata. El camino que comunica a Palermo con la ciudad, sería en cualquier parte considerado como un excelente camino. En efecto; se halla apisonado como un sendero de parque inglés y alumbrado por la noche con dos líneas de reverberos, como una avenida de los Campos Elíseos.

Y no ha sido un sentimiento de egoísmo, ni el propósito de hacerlo servir a su solaz personal, lo que ha llevado a Rosas a nivelar este camino. Lo ha hecho para dar a sus súbditos un buen ejemplo. Porque sabido es que Rosas, al emprender cualesquiera de sus obras, no piensa sino en la prosperidad de su país, y cuando invierte los fondos públicos en agrandar o mejorar sus propiedades, lo hace con un tierno pensamiento de afecto personal por sus súbditos...

A mitad de camino en dirección a su palacio, existe un campamento de caballería permanente. Y dicese que la quinta de Rosas no tiene centinelas ni guardias. La -84- verdad es que puede uno llegar a ella sin encontrar una bayoneta, y aun pasearse por ella sin dificultad. Pero en medio de esta actitud confiada, Rosas sabe muy bien que le basta golpear la tierra con el pie, para que surja un escuadrón de gauchos abnegados.

La casa es construcción de vastas proporciones, con varios patios, como las casas españolas y galerías o arcadas a la manera de las mezquitas turcas. Está rodeada por un jardín en que se han hecho grandes gastos porque se formó sobre un terreno pantanoso. Hay en medio un canal, donde Rosas pasa largas horas meciéndose sobre una chalupa bajo las copas tupidas de los sauces. En un extremo puede verse una barca arrojada por un vendaval, desde el río agitado, y que fue recogida como resto de naufragio. El casco del navío, asegurado con cables y postes, ha sido convertido en salón. Manuelita suele recibir allí a sus visitas y ofrecer bailes. Este barco, amarrado a la costa del río de la Plata, bajo los árboles, es como un emblema del poder ejercido sobre la tierra y sobre el agua.

Al ver el sitio desagradable en que se halla la quinta de Palermo, la naturaleza ingrata del terreno, afirmado con tanta dificultad, lo difícil de su cultivo, se pregunta uno las razones que ha podido tener este hábil presidente, que no hace nada sin razón, para escoger este sitio y no la risueña loma que a escasa distancia, domina el panorama de la ciudad y de la rada de Buenos Aires. A esta cuestión los aduladores de Rosas responden, con voz melancólica, que existe en esos terrenos una modesta casita donde en otras épocas habitó el padre del Dictador. Rosas no pudo abandonarla y, llevado de su afecto filial, se dispuso a

embellecerla. Otros, que pretenden estar mejor informados, dicen que la casa perteneció a su querida esposa, su incomparable -85- Encarnación. Estas dos historias son muy conmovedoras, pero tienen un gran defecto, el de ser completamente falsas. Todo el mundo sabe que Rosas fue un mal hijo.

Para los que conocen la vida íntima de Rosas, es evidente que Palermo no ha sido consagrado a ningún recuerdo piadoso. Esta dificultosa fundación no puede atribuirse sino a una de sus tantas rarezas de carácter, o al deseo de tener como Luis XIV, su dispendioso Marly.

Esta especie de Marly, donde ocurren diariamente escenas increíbles y se imparten órdenes monstruosas, se halla quizás protegido contra la maldición de Dios por una noble criatura, la hija de Rosas, la señorita Manuelita. Rosas, más feliz que Cromwell, al que se asemeja por la astucia y la obstinación, no ha tenido a su lado una niña rebelde, una Lady Claypole, enemiga de sus grandezas fatales y consagrada a un partido en desgracia. Manuelita, sumisa sin reservas a la voluntad del padre, es la primera de sus víctimas, pobre víctima resignada que lleva sobre sí, sin un lamento, el yugo que le ha sido impuesto.

Pobre rica señora que no ha conocido sino las angustias de la fortuna, y del poder las dolorosas agitaciones; pobre hija, imposibilitada para contraer matrimonio por los celos políticos de su padre, y que no podrá gustar la felicidad de ser mujer y madre.

Manuelita ya no es joven y creo que nunca ha sido verdaderamente bonita. Sin embargo, tiene lindos ojos, hermosos cabellos y la gracia indefinible de la desinvoltura italiana. Cuando recibe a un extranjero, tiene ese encanto peculiar de la franqueza española, y el visitante se siente emocionado, aun sin quererlo, por ese afán que pone de continuo en recibir amablemente a quienes le son presentados, y en hacerles agradables las horas que pasan en su salón.

-86-

Una vez que comenzó sus largas y astutas negociaciones con los representantes franceses, Rosas deseó que Manuelita aprendiera el idioma francés, y ella lo ha aprendido, provocando la inquietud de la Legación británica. Lord Southern, sintiéndose herido por esta preferencia hacia un determinado idioma extranjero, se ha ofrecido para ser el profesor de Manuelita en la lengua melodiosa de Tomás Moore. Sabido esto por Rosas, ha negado su asentimiento a la proposición del ministro inglés. Y no me extrañaría que este asunto de carácter filológico, fuera un motivo de queja para Lord Palmerton contra Francia, en la cuestión del Plata.

Quiso también Rosas que su hija se mostrara amante de la música y ella parece mostrarse ahora muy aficionada. Quiso por fin que recibiera en la intimidad de la casa a las queridas de su padre y ella se ve obligada a recibirlas, una tras otra, en tanto dura el valimiento de las mismas. Luis XV, no había llegado a tanto. Pero Rosas se burla de la debilidad de Luis XV, y noche a noche, puede verse a Manuelita sentada con suave sonrisa entre las Cleopatras del voluptuoso Antonio, entre el capricho de la víspera y el capricho del día siguiente.

Manuelita es la primera víctima del despotismo inflexible de su padre y me he dicho con frecuencia, viéndola animar con su alegría el círculo de visitantes, cuán triste sería sondear todas las amargas reflexiones y los sueños penosos que se esconden bajo la rosada máscara de un instante:

«Te despiertas -dice el poeta alemán Koerner- te vas a la pradera y por doquiera se extiende un cielo de espléndido azul.

-87-

»Mientras dormías en calma feliz, ese mismo cielo ha derramado una abundante lluvia.

»Cuántos seres en la noche lloran en silencio, y por la mañana, cuando los miras, parecen ostentar un corazón feliz».

Es posible que sus propios sufrimientos hayan enseñado a Manuelita a compartir los sufrimientos de los demás. Todas las mañanas, las galerías de Palermo se llenan de una multitud de solicitantes que ponen en la «señorita» todas sus esperanzas. Unos son comerciantes que han sufrido exacciones injustas, otros propietarios que piden les sea levantada la confiscación de sus bienes, otros no tienen nada y humildemente tienden la mano en demanda de una limosna. A estos últimos, Manuelita les abre su bolsa, a los otros les dirige palabras de consuelo. Escucha con oído atento todas las lamentaciones y lee cuidadosamente cuantas solicitudes se le hacen. En este gobierno cruel del Río de la Plata, Manuelita tiene la cartera de un ministerio que no está comprendido en las teorías de gobierno europeas: el ministerio de la conmiseración. Los funcionarios del Estado se someten a sus justas exhortaciones y su mismo padre inclina ante la virtud de la hija su altivez. Más de una vez ella ha reparado actos de injusticia y sustraído a la muerte hombres cuyo supuesto crimen no merecía ni siquiera reprimenda. Y es así, como en medio de los sentimientos de odio y de horror que en tantos lugares se asocian al nombre de Rosas, se levanta una imagen piadosa rodeada por un círculo de bendiciones, la imagen de Manuelita.

Hace treinta años, Rosas desempeñaba las funciones de capataz en una estancia de la provincia de Buenos Aires y ahora hace veinte que gobierna la República. -88- Es un hombre de unos cincuenta y ocho años, ágil y fuerte, aunque a veces, por una de sus tantas truhanerías, se finge enfermo de una enfermedad precoz, y dice que carece de fuerzas para gobernar y que sólo aspira al reposo y a la tranquilidad. Tiene una fisonomía noble, hermosos y suaves ojos claros -cuya expresión natural falsea por sus hábitos de cólera e hipocresía- y rasgos de una regularidad elegante, en los que muestra -sin embargo- un estigma de sus costumbres gauchescas. Un día, en una de sus proezas de jinete que fueron

la primera base de su fortuna, quiso montar un potro tomándolo por la cola y el animal irritado ante tal temeridad, le tiró una coza que le ha dejado en la frente una marca indeleble.

En 1840, uno de los distinguidos emigrados de la República Argentina, don Domingo de Oro, escribía:

«La naturaleza concedió a don Juan Manuel de Rosas una constitución robusta. Su ejercicio de ganadero y labrador la desarrolló completamente y le habilitó por más de un respecto para desempeñar el tremendo papel que representa. Su semblante, en el círculo de hombres de su confianza, o cuyas simpatías le interesa conquistar, es agradable, y cuando se le habla, hay en su rostro una expresión de atención y seriedad que halaga; pero en el trato común con otros hombres manifiesta cierta tosquedad de maneras y descompostura de lenguaje que concuerda con cierto aire de taciturnidad que parece en él característico. En estos casos, rara vez mira -89- a la persona con quien habla y si lo hace, con intervalos, con movimientos rápidos de su vista, es para ver el efecto de sus palabras. Por lo demás, ninguna señal revela jamás contra su voluntad los afectos de su alma y nadie al mirarlo sospechará cuánta es la bastardía de las pasiones brutales que fermentan en su pecho. Pero aunque tiene el disimulo que se atribuye a Tiberio, el miedo en el momento de peligro pone descolorido su semblante, que es encendido, sin que carezca del valor necesario para arrostrar aquél cuando es indispensable o muy urgente. Es verdad que entonces sus facultades se perturban y cae en cierto estado de entorpecimiento mental o casi estupidez. Rosas es frugal y parco en alto grado y lo era antes que el temor de un envenenamiento viniese a atormentarlo como sucede hoy. Es pensador, reflexivo y laborioso como pocos. No tiene ideas religiosas ni morales; y a todas las facultades de su alma están subordinadas a la ambición de mando absoluto y a la pasión de la venganza, las dos cualidades dominantes de su carácter. En la historia del Nuevo Mundo hasta nuestros días, no se encuentra el nombre de un tirano tan reflexivamente atroz y cruel como Rosas. La actividad febril con que trabaja, degenera en una extravagancia loca y feroz en sus momentos de descanso y distracción».

Para los que conocen a Rosas, basta con este bosquejo, pero para muchos otros, me será necesario agregar algunos detalles. Al trazar los rasgos principales de este carácter, sin igual en los anales de los gobiernos, no oculto las dificultades que ofrece una tarea semejante. Para pintar a Rosas haría falta un Tácito -90- y yo no lo soy. Pero expondré algunos hechos y el lector por sí mismo deducirá las conclusiones.

Debe decirse, en justicia, que Rosas se lo debe todo a sí mismo; que él mismo se ha convertido en un hábil diplomático y en el más firme de los déspotas. Hijo de un oscuro estanciero que en su rústica morada y en medio de la pampa, se cuidaba muy poco de las letras, Rosas llegó a los catorce años sin haber tenido jamás un libro entre sus manos.

Durante algunos meses, anduvo errante por los campos de Buenos Aires, unos días aquí, otros allá, hoy en casa de algún estanciero, mañana en una pobre chacra, confiado en el

carácter hospitalario de la gente del país y sacando ventajas de su hermosa figura, excelente recomendación que -según Goethe- lleva uno siempre consigo.

En una de sus andanzas, trabó conocimiento con un propietario rural, muy rico, don Luis Dorrego.

Dorrego se interesó por él y le dio colocación en una de sus estancias. Allí conoció Rosas a don Vicente Maza, uno de los futuros presidentes de la junta Argentina. Maza cobró afecto a este joven aventurero que en su fisonomía y en su mirada demostraba índole inteligente. Le invitó a venir a su casa y le inspiró el deseo de adquirir conocimientos. También le sirvió de guía en sus estudios.

Ahora bien; es de saber la forma en que Rosas ha dado testimonio de reconocimiento a sus dos protectores: Dorrego se halla proscripto y Rosas asesinó en plena legislatura al venerable doctor Maza.

Durante su permanencia como capataz en la estancia de Dorrego, el sabio y valiente Rosas - que debía -91- ser un día el Licurgo y el César de su país- comenzó ya a formarse un partido entre los gauchos. Era joven, hermoso, robusto, y de una rara destreza en todos los ejercicios corporales que hacen el orgullo de los hombres de campo. Nadie se lanzaba con más atrevimiento sobre un caballo salvaje ni dominaba con mano más hábil su ardor impetuoso; nadie arrojaba con más presteza el lazo ni las boleadoras.

Le premier qui fut roi, fut un soldat heureux.

Para los gauchos, testigos de sus altas acciones, Rosas vino a ser el primero de los hombres. Mezclándose en sus correrías, tomando parte en sus luchas, Rosas adquirió sobre los hombres de campo un ascendiente que la fuerza y la destreza ejercen siempre sobre una masa de individuos ignorantes y groseros. Cediendo a su influencia, no veían despuntar su ambición, y al rodearlo más tarde en el campo de batalla, no sospechaban que le habían elevado a una altura desde la cual hoy los contempla con supremo desdén.

Rosas permaneció ajeno a los sucesos que agitaron a las provincias argentinas hasta 1820. Nunca se enroló bajo las banderas de la República y la primera vez que tomó las armas, fue para sostener la insurrección contra el Cabildo de Buenos Aires. Su vida militar comienza con una invasión a la capital. De aquel momento data su elevación, primero como Comandante de Campaña, título del que ha sabido aprovechar muy bien, y después como general de la expedición contra los indios, que no ha contribuido poco a su fortuna.

Desde que Rosas comenzó a figurar en la vida pública, no se le ha conocido un solo amigo. Ningún -92- sentimiento afectuoso lo ha desviado en el camino de su ambición, ningún sentimiento tierno ha podido penetrar en su alma de bronce. Como soldado, no ha tenido camaradas, y no ha tenido consejeros como jefe de Estado. En el ejército sólo ha podido

formar seides y en la administración de su país ha formado sirvientes. Sus ministros son para él meros escribas que no pueden darle un consejo y los más altos funcionarios del Estado, bajo las charreteras de general o la toga del magistrado, deben permanecer igualmente sumisos a su voluntad. Un solo hombre existía que, debido a una oculta fascinación, experimentaba por él afecto verdaderamente cordial y le seguía en su marcha política con una especie de paternal solicitud. Ese hombre era Maza, presidente de la Cámara de Representantes. Rosas lo asesinó con tres sicarios en la misma sala donde el venerable viejo había sostenido de continuo las mociones dictadas por el Dictador.

En 1830, Rosas era todavía -de hecho o nominalmente- un gobernador republicano de la provincia de Buenos Aires, trabado por la constitución, sujeto a las leyes de su país. En 1835, se hizo dar por la junta un poder ilimitado y respondió al decreto de la asamblea con una arenga que es una de las expresiones más auténticas de su hipocresía y de sus odios implacables; esa arenga ha sido impresa por entero en su diario oficial «La Gaceta Mercantil».

Desde esa época decisiva, quien dice «Confederación Argentina», designa la más asombrosa impostura que haya existido jamás.

En 1826, Rivadavia, vencido por el partido sobre el cual se apoyaba Rosas, había abdicado la presidencia. Rivadavia quería reunir en un solo cuerpo, en una sola administración, las diversas provincias de que se componía -93- la Confederación Argentina. Sus adversarios pedían para las mismas una organización federal, más o menos como la de los cantones helvéticos. De ahí los nombres de unitarios y federales que se oyen a menudo resonar en el Río de la Plata y cuya significación primitiva ha sido completamente desnaturalizada. Hoy los esclavos de Rosas llevan el nombre de federales; todo aquel que hiere su orgullo o despierta sus temores, es estigmatizado con el nombre de unitario, y juzgado sin demora como tal.

La administración de las Provincias del Río de la Plata ha sido organizada de acuerdo con el sistema federal. Cada una de ellas debe formar un estado independiente con una Junta libre y una constitución libre. Pero se ha establecido también que las relaciones exteriores sean mantenidas por Buenos Aires. Sin embargo, so capa de federalismo, Rosas ha realizado el hecho unitario que el honrado Rivadavia no pudo sostener en teoría. Las juntas de las diversas provincias son manejadas por él como maneja la de Buenos Aires. Los gobernadores se nombran según sus instrucciones y son sometidos a su poder.

Si aparece un gobernador que no le satisface o que, ya en su puesto, no presta la sumisión que se esperaba, puede tenerse la seguridad de que no permanecerá mucho tiempo en el poder. Rosas dispone de muchos e ingeniosos medios para verse libre de estos molestos personajes. Llegado el momento, provocará contra el funcionario en desgracia una insurrección, y la junta provincial, que ha visto claro, procederá enseguida a la elección de otro gobernante.

Tal es el gobierno libre que soportan doce provincias de la República Argentina. En cuanto a la provincia de Buenos Aires, colocada bajo la inmediata mano -94- de Rosas, el asunto es más sencillo. En esta provincia, Rosas lo es todo, absolutamente todo, la idea y el hecho,

la condena y la espada ejecutora. A estar a lo que dice, mostraría gran respeto por la constitución, todos sus actos están sometidos a la apreciación de la Junta. ¡Le brave homme!...

La Junta se compone de cuarenta y cuatro diputados, escogidos entre los parientes, amigos y servidores de Rosas. Los votos son libres, nadie se atrevería a decir lo contrario. Pero, eso sí, con motivo de cada elección, es el caso de recordar aquella enérgica arenga de un coronel de Napoleón:

«Soldados: se trata de saber si haremos Emperador al primer Cónsul. No quiero violentar vuestra conciencia; tenéis el derecho de expresar vuestra opinión pero debo deciros que le romperé la cabeza al primer bribón que vote en contra del Emperador...».

En la provincia de Buenos Aires, todo elector está obligado a mostrar al juez de paz su voto en el momento mismo en que lo deposita y ¡pobre de aquel que se atreviera a engañarlo!...

La Junta de Representantes, compuesta de esta manera, se reúne anualmente en el mes de enero y entonces tiene lugar entre la misma junta y el jefe del estado, el más grotesco de los espectáculos. Jamás un exhibicionista de figuras de cera, anunciaría su espectáculo con términos más pomposos que los empleados por Rosas para proclamar sus obras en la apertura de las sesiones. No se habrá dado nunca un polichinela, que como Rosas, haya golpeado más rudamente con su bastón sobre la cabeza de su vecino y de su enemigo.

El mensaje que Rosas dirige periódicamente a su fiel asamblea, se compone de un volumen en octavo de doscientos cincuenta a trescientas páginas. El buen dictador -95- relata en ese mensaje todos los pequeños asuntos de su gobierno y de las demás provincias con una magnificencia de lenguaje parecida a la de los héroes de Homero.

Al final de su extenso memorial, en el que canta, como en un poema épico, la prosperidad de su país, la valentía de sus soldados, la gloria inmortal de su bandera, al final de estas estrofas entusiastas, viene el pequeño ritornello elegíaco: con tono plañidero se queja de la fatiga que le causa el peso de los negocios, de los sufrimientos físicos y morales que le abruman, y pide a la Asamblea que se apiade de su persona y le deje libre de una carga que ya no puede soportar. Todos conocen por adelantado esta parte del mensaje y todos saben el resultado que obtendrá.

La Asamblea, por otra parte, después de haber permanecido en éxtasis ante cada uno de los actos sometidos a su juicio imparcial, después de haber agotado los superlativos españoles para apreciar, en términos equitativos la alta, la grande, la sublime administración de Rosas, se levanta con un coraje singular, para declararle cara a cara que, a riesgo de despertar sus cóleras, no puede acceder a su retiro de la vida pública y que está obligado, cueste lo que cueste, a sacrificarse por su misión celestial y a asegurar con su gobierno la felicidad de la

patria. Y Rosas, el bueno, cuya vida toda es una consagración al bien de su país, inclina la cabeza y se resigna a esta nueva violencia que le hace la Legislatura.

Con esta Asamblea de Buenos Aires, no hay para qué preocuparse de pequeñas cuestiones como la de una minoría que se acentúa, por ejemplo, o la de una mayoría indecisa, problemas estos que apasionan a los esta dos constitucionales. No hay que temer tampoco aquellos -96- discursos temerarios que abordan temas extremosos, ni las mociones pérfidas que, so capa de algunos considerandos de índole monárquica, esconden la serpiente revolucionaria. Nada de esto. Merced a la protección de Dios, invocada piadosamente por Rosas, los representantes de la provincia de Buenos Aires, no caen nunca en semejantes extravíos. Los asuntos se tratan con encantadora placidez y se resuelven tiernamente.

Rosas, el gran Rosas, los ha formado así. Antiguamente, Moisés encontró, por revelación milagrosa, la planta que transformaba en agua dulce al manantial nauseabundo del desierto. Rosas, con más habilidad, ha descubierto el medio de hacer con el sistema representativo, una bebida bastante agradable, quitándole el amargor. Se preguntará por qué procedimientos ha obtenido tales resultados. Esto no tiene importancia. Algunos miles de órdenes de prisión, confiscaciones, penas de muerte y asesinatos. Eso es todo. Tratándose de salvar a la patria y de restablecer el imperio de las leyes, ¿acaso puede un grande hombre dejarse amilanar por vulgares escrúpulos? Y Rosas, ¿no es el salvador de la patria y el Restaurador de las Leyes? Como ha pretendido representar por sí solo la grandeza y el porvenir del país, si alguno pretendía desconocer su misión sublime, si alguien colocaba en su camino un grano de arena, o proyectaba sobre él una ligera sombra, fuera por su fortuna o por ostentar un nombre venerado, Rosas lo clasificaba enseguida de salvaje unitario, y como tal era juzgado, proscripto, o degollado con maravillosa prontitud.

-97-

- VII -

Rosas

-98- -99-

La Mazorca. Régimen de terror. Avasallamiento absoluto. Autocracia total bajo el nombre de libertad republicana. Belleza del país. Su porvenir probable. Depresión actual de los habitantes.

A falta de un tribunal más activo y de una cohorte más numerosa, se vio en 1840, organizar la sociedad de La Mazorca (Más Horca) que con su mismo nombre proclamaba su

vehemencia por las ejecuciones. Para purgar el suelo argentino de los salvajes unitarios que todavía lo infectaban, esos sicarios de Rosas y septembrinos de Buenos Aires, entraban en las casas declaradas sospechosas y pillaban, violaban y destrozaban todo cuanto se ofrecía a sus pasiones feroces. Y dábase el caso de que jóvenes honrados, pertenecientes a respetables familias, veíanse obligados -para seguridad de sus vidas- a formar parte de esas bandas horribles. Por generosa condescendencia, no eran arrastrados a las incursiones sanguinarias; únicamente se les obligaba a ultrajar a las mujeres que no ostentaban en sus cabellos la cinta colorada, signo de adhesión prescripto por Rosas. Durante un mes entero, la Más Horca esparció la vergüenza, la sangre y el terror por las calles de Buenos Aires. El Dictador, no satisfecho con que su capital fuera -100- librada al hierro exterminador, quería también que los mismos métodos se extendieran a las otras provincias. En 1841, escribió al gobernador de Córdoba: «La República tiene que ser purgada de tantos inmundos traidores que no merecen ninguna indulgencia. Tratarlos con miramientos sería un verdadero crimen. En sus personas como en sus bienes, deben experimentar las terribles consecuencias de su iniquidad, de su traición y de su salvajismo».

El 30 de octubre, para glorificar, mediante un acto de magnanimidad, el mes que llevaba su nombre (mes de Rosas), el Dictador firmó un decreto por el cual prohibía que prosiguieran las matanzas «sin orden escrita de la autoridad competente».

En 1842, este compasivo decreto se dejó de lado y la Más Horca reanudó sus hazañas con nuevo furor, hasta que los ministros de Francia e Inglaterra, los señores de Lurde y Mendeville, intervinieron para poner fin a estos dramas horribles. Sus protestas enérgicas detuvieron la mano de los verdugos y Rosas, el buen Rosas, declaró que nada sabía de las atrocidades cometidas a diario bajo sus ojos.

Por estos medios, Rosas ha podido mantener oprimida bajo su mano a una población de ochocientas mil almas. De tal manera ha podido someter la Confederación Argentina a un estado de rebajamiento y servilismo como no hay ejemplo en las páginas más ignominiosas de la historia antigua. A un pueblo joven, detenido en su crecimiento con brusquedad, ha infligido la misma degradación que los Calígulas y los Heliogábalos a la -101- decrepitud del pueblo romano. Como aquellos hombres malditos, no se ha contentado con ser temido como un amo terrible, sino que ha querido ser venerado como un Dios. Su retrato, colocado sobre un carruaje, del que tiran las mujeres más distinguidas de Buenos Aires, es conducido en triunfo a la iglesia de la Merced donde se le coloca sobre el altar mayor. Los sacerdotes están obligados a incluir respetuosamente en sus sermones el nombre de este nuevo santo.

Con todo esto, no es posible dudar que existen odios profundos y sentimientos de venganza inextinguibles alrededor de este hombre que después de haber pisoteado todos los principios de la humanidad, viola el santuario de Dios para satisfacer su orgullo. Pero estos odios son mudos y los sentimientos de venganza quedan ocultos en los corazones. A la espera de que alguna vez estallen, las opiniones sobre Rosas no se dan sino en voz baja y en círculos íntimos, si es que se tiene la valentía de expresarlas, todos inclinan la cabeza ante él y se cumplen sin una queja sus decretos y sus caprichos.

La sentencia de exterminio que tiene como divisa nacional de su república, se imprime en todos los actos oficiales y en toda la correspondencia administrativa. Ningún argentino se atrevería a salir de su casa sin la larga cinta colorada prendida en el ojal de su chaqueta y que ostenta las palabras sacramentales: ¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios! Los mismos sacerdotes están obligados a llevarla en el pecho. En el teatro, los actores, antes de dar comienzo a la representación, profieren en coro aquel grito de vida y muerte y los serenos lo repiten por la noche, de barrio en barrio, al anunciar con acento nasal, cada hora que suena.

-102-

Como el color rojo es el único color ortodoxo de los verdaderos argentinos, Rosas se ha sentido muy contrariado al ver que la naturaleza continuaba como los salvajes unitarios, adornándose con colores verdes y azules. No era posible encarcelar a la tierra en los calabozos de Santos Lugares ni abrir el cielo en canal con los sables de la Mashorca. Ha sido necesario resignarse, pues, a que el suelo de la República se cubra de perpetuo verde y a que el horizonte se extienda en un círculo azul. Pero el pueblo argentino ha hecho cuanto ha podido para alejar de los ojos de Rosas el espectáculo de aquellos tintes odiosos. Francia e Inglaterra, han fabricado para este país, telas de una especie particular: ni verde ni azul, ni nada que se le aproxime, sino paños y rasos escarlatas y más o menos amaranto. Los joyeros y las casas de moda han seguido el ejemplo. No se esmalta un anillo ni un brazalete si no es con bermellón puro, y las inteligentes floristas de París, para conservar su clientela en el mundo elegante de Buenos Aires, han inventado una nueva botánica y hacen ramos de flores sin hojas, en tallos tan raros, que ningún Jussieu sería capaz de reconocer tal especie.

Esta es una de las extravagancias imperiales del republicano Rosas. Pero hay muchas otras. A fines del pasado abril, sintió deseos de poner como nueva a su capital. Muchos soberanos constitucionales o absolutos pueden experimentar ese mismo deseo sin que les sea posible realizarlo. Para Rosas no existe ningún obstáculo. Las casas de Buenos Aires como ya lo he dicho, encierran varios patios, y la casa, que por lo general abarca un vasto espacio, es ocupada por una sola familia. Estas casas tienen gran número de habitaciones y cada una de ellas hasta doscientos pies de ancho, por cada lado. Cualquier enjalbegador se hace pagar muy caro, por lo menos diez francos diarios. ¡Qué importa! Se ha dado orden a todos los propietarios, de hacer revocar y blanquear a la cal la fachada de sus casas, debiendo naturalmente pintar con una banda roja la base de la pared. Todo debía encontrarse terminado para el 25 de mayo, aniversario de la revolución del Río de la Plata, es decir, en el espacio de un mes.

El anuncio provocó grandes rumores en cada barrio. Nadie pensó en exponer ante el supremo gobernador la dificultad que significaba hacer la limpieza en tan poco tiempo. Todos trataron de procurarse obreros lo más pronto posible. Los obreros, al verse buscados y rogados, advirtieron, desde el primer momento, que era el caso de aprovechar la ocasión y pidieron precios altísimos por sus servicios. Yo he conocido un comerciante que, después de haber pagado el 1.º de febrero su derecho de aduana y su impuesto municipal, descansaba con la satisfacción de un deber cumplido, cuando este decreto del Dictador le impuso de golpe un gasto imprevisto de siete a ocho mil francos.

En la torre del Cabildo, hay un reloj mal atendido cuya aguja caprichosa, se había acostumbrado a correr o a detenerse sobre el cuadrante, con absoluta libertad. Rosas, considerando una afrenta que los relojeros de la ciudad corrigieran diariamente al miserable reloj del Cabildo, los hizo convocar a todos en la jefatura de Policía donde se les ordenó que, en adelante, dejaran a un lado sus cronómetros y sus observaciones astronómicas para observar el reloj del Cabildo y arreglaran conforme a este reloj la marcha de los suyos. Desde entonces, cualesquiera sean los extravíos en que incurre el reloj del Cabildo, debe considerarse que da la hora legal. Más poderoso que el valiente Josué y que el piadoso Ezequías, el autócrata de la Confederación Argentina no -104- necesita de un milagro de Dios para intervertir el curso de los astros. Él mismo se encarga de fijar la salida del sol y el crepúsculo vespertino.

Ha de permitírseme citar otro ejemplo de la increíble omnipotencia de Rosas. En la historia de un pachá como éste, hay hechos, en apariencia pueriles que tienen más viva significación que otros sucesos importantes.

Un día domingo, Rosas, que presenciaba los ejercicios de sus tropas, advirtió que algunos espectadores miraban con poco respeto los pesados movimientos de su infantería. Sorprendió por ahí algunas sonrisas sardónicas y algunos grupos ociosos que murmuraban en forma inconveniente. «Muy bien -se dijo tomando el camino de su quinta-, voy a poner orden en la impertinencia de esos curiosos».

Al día siguiente apareció un decreto que ordenaba a la población de la ciudad mantenerse encerrada en su casa el día domingo desde el momento en que un tiro de cañón anunciara el comienzo de los ejercicios hasta que otro cañonazo diera la señal de su terminación. En ese intervalo, no sólo está prohibido a todo argentino y extranjero atravesar la calzada, sino que tampoco puede estar a la puerta de su casa, ni sentarse a su ventana, ni subir a la azotea. Yo, que me he aburrido hasta el extremo en las ciudades de los Estados Unidos cuando llegaba el domingo, confieso que aquellos días eran muy alegres y ruidosos comparados con los de Buenos Aires, cuando la milicia de Rosas hace ejercicios en la plaza. En tales días se suspenden las visitas y las relaciones de amistad o parentesco. Al primer cañonazo, cada uno se da prisa para meterse en casa y si está lejos de ella, pide asilo en la primera puerta abierta y -105- se oculta hasta que suena la señal de la liberación. Y la gente oye sonar el tambor, silbar los pífanos y golpear las culatas de los fusiles, sin atreverse a echar una mirada sobre las tropas.

-Lo he invitado a comer para mañana a las cuatro -me decía un comerciante amigo que tenía su casa a varias cuadras de mi hotel- pero si quiere aceptar mi invitación, será necesario que venga a la una, porque, pasada esa hora, no podrá usted salir.

Las invitaciones, los negocios no cuentan para nada ni autorizan para salir a veinte pasos de su casa, mientras se desarrollan los solemnes ejercicios. El notario no puede salir para recoger la última voluntad de un moribundo, un médico no puede prestar socorro a un enfermo que se halle en la agonía. De un extremo a otro de la ciudad, y hasta media legua del lugar donde los soldados aprenden a manejar las armas, y a marcar el paso, la población permanece muda e inanimada. Diríase una ciudad sorprendida por una horda enemiga y abandonada completamente por sus habitantes.

Estoy convencido de que Rosas se divierte con estas órdenes, como un niño con su juguete y ríe del terror que causan a sus buenos súbditos. Como lo ha dicho muy bien don Domingo de Oro, no hay en él ningún sentimiento de moral ni de religión, y la marcha tortuosa que siguió para llegar al poder, las adulaciones de que se halla rodeado y la actitud de los seides sometidos a sus órdenes, le han privado de todo sentimiento de consideración por la especie humana, si es que alguna vez pudo tener ese sentimiento.

Rosas siente menosprecio por los hombres, y en ese menosprecio, arrastra en ocasiones hasta su propia dignidad. Carente de respeto por los demás y de consideración para sí mismo, lo mismo se deja llevar por un -106- egoísmo vergonzoso que por sus bufonerías de payaso. Una tarde, estaba Manuelita sentada en medio de un círculo de amigas, cuando se vio entrar a Rosas en la sala, conduciendo del ronzal a un asno ricamente enjaezado, encima del cual se sentaba un mono repugnante. Hizo con estos dos animales la vuelta de la sala y aproximándose a cada una de las mujeres, les dirigió un epigrama injurioso. Después se marchó.

Otro día llega muy contento al mismo salón exclamando:

-Vamos a representar una recepción de corte: yo haré el papel de la Reina Victoria y todas las señoras me besarán la mano. -Vamos -dice dirigiéndose a una señorita joven que se había mantenido apartada-. Comience usted el espectáculo.

-Le pido disculpas, responde la muchacha con voz firme. Estoy sometida a las órdenes de Vuestra Excelencia pero yo sólo he besado la mano de mi padre, que ya murió. Me parece que ofendería su memoria dando a otro hombre el mismo testimonio de afectuoso respeto.

-Bueno -dice Rosas, si usted lo piensa así... Vamos a ver las otras. Y las otras no tuvieron dificultad en someterse a su capricho.

Terminado el espectáculo, Rosas se acercó a la joven rebelde y le preguntó con tono imperioso si no quería seguir el ejemplo de sus vecinas. Como se negara, la hizo azotar con un negro en pleno salón. Y al relatar esta infamia, omito detalles que la decencia me impide mencionar.

Y a este innoble saltimbanqui, le hemos mandado como embajadores nuestros mejores oficiales de marina; con este hombre, cubierto de sangre y de lodo, mantenemos pacientemente una interminable negociación diplomática; con este gaucho -engrandecido mediante nuestra condescendencia-, Francia trata de igual a igual. -107- Decimos que nuestro honor nacional está comprometido en la cuestión del Plata, y si nuestro honor está comprometido, se debe a miramientos que tenemos desde siete años atrás por este tirano de baja estofa. Cada nueva negociación que emprendemos con él, es una grada más que agregamos a su pirámide. Todas sus mañas van encaminadas a dar largas a la solución del asunto diplomático mediante una serie de porfías y discusiones.

Y él gana, moral y materialmente, con todas estas dilaciones: materialmente porque, mientras Oribe mantenga el sitio de Montevideo, Rosas terminará por arruinar una ciudad

que le es odiosa; y, moralmente, porque se está afirmando cada vez más en su escenario como atleta que nadie puede quebrantar. Por eso dice a sus cortesanos y al mundo entero en sus despachos y mensajes: «Podéis apreciar mi poder. He resistido a las fuerzas aliadas de Inglaterra y Francia. Inglaterra ha pedido la paz. La Reina Victoria me llama en sus cartas: grande y buen amigo. Francia, más tenaz, me envía todavía embajadores apoyados por una escuadra, pero hago esperar a la embajada en Buenos Aires y la escuadra con su artillería permanece inmóvil en el puerto de Montevideo».

Los defensores de Rosas, dicen que ha restablecido el orden en un país que hace veinte años era víctima de la anarquía. Es verdad que antes de iniciar su reinado, varios partidos se disputaban el poder con las armas en la mano y que Rosas mantiene el cetro del gobierno de tal manera que nadie se atreve a quitárselo. También es verdad que, después de haber confiscado, saqueado y degollado, una vez obtenido el triunfo y sin nadie que le moleste, ha adquirido, como él mismo lo declara, ciertos hábitos de clemencia. Desde hace algunos años, salvo pocos asesinatos en diversos lugares -108- y algunas proscripciones para no dejar la mano muy ociosa, se ha mostrado en general bastante manso. Debe también reconocerse que se ha impuesto como ley no molestar jamás al extranjero, y éste es uno de sus grandes argumentos cuando se ve hostigado por la diplomacia europea. También debo decir, si he de ser justo para con él, que ha organizado un excelente servicio de policía en las calles de Buenos Aires y que, como consecuencia de sus expediciones contra los indios, el camino que va de Buenos Aires a la Cordillera de los Andes, ofrece ahora más seguridad que nunca.

Pero, con todo, ¿es posible que un hombre dueño del poder absoluto en una de las regiones más hermosas del mundo, pueda invocar como mérito suficiente para ejercerlo, el haber aplastado a sus rivales, subyugado algunas hordas de indios y prohibido el asesinato cuando ya no tenía necesidad de servirse de él? ¿Qué otra cosa hizo, sino imponer a Montevideo como presidente a uno de sus tenientes, a fin de tenerla bajo su dependencia y paralizar el adelanto de esta ciudad que amenazaba con sobrepasar a Buenos Aires? Por eso la tiene ahora sitiada desde hace siete años. ¿Qué otras obras puede invocar? ¿Dónde están los monumentos de un reino que lleva casi veinte años de existencia? ¿Dónde las instituciones destinadas a mejorar la situación moral e intelectual de un pueblo? Ya pueden buscarse las huellas de todo esto, que no se encontrarán. Rosas no ha construido otros monumentos que su casa gigantesca de Buenos Aires y su «villa» de Palermo. No ha fundado otros establecimientos que sus estancias, las que aumentan su fortuna, por lo general con perjuicio de la de sus vecinos. Sólo ha pensado en él, no ha empleado su poder sino para satisfacer su orgullo ilimitado, sus odios sanguinarios y su codicia. -109- He oído decir que una vez quiso proclamarse rey. Hubiera sido el rey del egoísmo.

Existe en un extremo de Europa, un gobierno basado desde hace siglos sobre el absolutismo, ese absolutismo que Rosas ha logrado implantar con sus maniobras en el seno de su República. El zar de Rusia, en virtud de un título hereditario, dispone de la vida y bienes de sus súbditos; el Dictador de la República Argentina dispone de esos mismos poderes en virtud de la autocracia que se ha arrogado. Pero, ¡cuánta diferencia! El emperador Nicolás, si bien es cierto que ejerce una vigilancia severa contra toda manifestación política y mantiene alrededor de sus estados una especie de cordón sanitario contra el liberalismo de otros países, también es verdad que protege las artes, favorece la

ciencia y estimula las industrias. Bajo los rigurosos decretos de la censura, siéntese el murmullo de una inteligencia vivaz; bajo aquella administración, cuyo espíritu retrógrado condenan los periódicos franceses, se levantan por todas partes en el vasto imperio ruso edificios espléndidos, magníficas instituciones científicas y muy hermosos establecimientos industriales.

Mientras los demás pueblos se debaten en la fiebre revolucionaria y afirman el orgullo a medida que tropiezan sus pies y se ciegan sus ojos; mientras toman su agitación por una señal de vida, sus fantasías por una revelación celeste y sus sistemas por el nuevo evangelio que ha de regir a la humanidad; mientras los generales de la Utopía se disputan los jirones de un imperio deshecho, Rusia, que nunca fue alcanzada por este ardor de reformas, prosigue con paso firme su camino recto. Rusia es la única de las naciones europeas que ha progresado realmente y sus progresos son inmensos desde hace treinta años.

-110-

Rosas hubiera podido llevar por esa misma ruta al pueblo argentino y para cumplir esa gran obra, no le ha faltado por cierto ni la fuerza ni la inteligencia, de las que ha dado pruebas en otras empresas. Tampoco le faltan condiciones al país que gobierna.

Que yo sepa, no hay en el mundo un país mejor dotado que la República Argentina ni mejor dispuesto para mantener una población numerosa. Por lo que hace a la naturaleza del suelo y al clima, los Estados Unidos, adonde afluyen anualmente millares de inmigrantes, no presenta, ni con mucho, las mismas ventajas. En el norte de los Estados Unidos, el invierno es muy riguroso y el verano es quemante; en el sur, cunden anualmente epidemias contagiosas y mortales. Al borde de los lagos que comienzan a poblarse, en el valle del Ohio y del Mississipi, la tierra, erizada de bosques seculares, no puede ser roturada sin una difícil y costosa labor.

En el Río de la Plata la situación es muy distinta. En invierno no hay hielo ni tampoco nieve; en verano el calor es moderado. Aparte la gran llanura del sudoeste, a la que se da el nombre de pampa, única que debe llamarse así, y que por su falta de ríos parece destinada por mucho tiempo a la vida salvaje y al abandono, todo el resto de la comarca es de fácil cultivo y de una fertilidad admirable. He visto, a veinte leguas de Buenos Aires, un colono alemán que, labrando la tierra -o más bien rascando su superficie- con un arado de madera, cosechaba sin abono alguno, ochenta veces la semilla que arrojaba en aquellos surcos superficiales. Hay cereales que dan hasta dos cosechas por año. Las ovejas, errantes en los campos, dan igualmente dos crías por año y el ganado de una estancia, abandonado a sí mismo, se duplica en tres años.

-111-

Del sur al norte, del oeste al este, toda la comarca está surcada por ríos y arroyos que fácilmente se convertirían en corrientes navegables. El río Bermejo y el río Pilcomayo, atraviesan el Gran Chaco. El Paraná, alimentado por estos afluentes y por el Paraguay, el Paraná, uno de los más fecundos y magníficos ríos del globo, puede remontarse hasta el Brasil y llega casi hasta las fuentes del otro gran río de América del Sur.

Uno de nuestros más distinguidos oficiales de Marina, M. de Montravel, encargado que fue de explorar el río Amazonas y a quien el Ministerio no ha dado el tiempo necesario para llevar a su fin esta misión, esperaba poder salir al río Paraná por el Amazonas y enviar a Buenos Aires una embarcación desde el extremo septentrional del Brasil, atravesando así por el interior la mitad del continente americano.

Mediante algunos trabajos, sería fácil allanar los obstáculos que aquí y allá traban la navegación de estos ríos, reuniendo unos a otros por medio de canales y formar así una inmensa red surcada por barcos y navíos, en este país, seis veces más grande que Francia, hoy habitado por un millón de hombres y tan extenso y fecundo que podría contener y alimentar ciento ochenta millones.

Tiene este país todas las producciones de las regiones tropicales y de las regiones europeas. Al sur, el trigo, el maíz, las plantas leguminosas, centuplicarían la semilla que el labrador arrojara en el surco. En el norte, en el este, tiene los mejores bosques por sus maderas de construcción y los más hermosos frutos.

Las provincias de Mendoza y La Rioja producen excelentes vinos. Las de Catamarca, Jujuy y Corrientes, producen tabaco, algodón y cochinilla. En la provincia -112- de Tucumán se cosecha un azúcar y un café mejores que los del Brasil.

Hay canteras de mármol en la provincia de Córdoba, minas de hierro y cobre en los distritos montañosos vecinos de la cordillera y minas de oro y plata en las provincias de Córdoba, Mendoza, San Juan, La Rioja y Salta.

Por falta de capitales, de población, de medios de comunicación, todas estas riquezas agrícolas y metalúrgicas se encuentran abandonadas. Las preciosas minas de Uspallata, de Famatina, de la Rinconada, se explotan por algunos cientos de obreros que viven al día de lo que producen sus propias excavaciones.

La tierra argentina está ahí, adormecida con sus tesoros, bajo el dosel estrellado de su hermoso cielo, esperando la hora en que, saliendo de su letargo, ha de aparecer ante las miradas asombradas de todos, en el esplendor de su fuerza y de su magnificencia.

He ahí una de las conquistas que se reservan al genio laborioso de los pueblos civilizados, una de las tierras destinadas a las poblaciones que se ahogan en los estrechos límites de Europa. Día vendrá en que el trabajo agrícola ha de animar esas llanuras silenciosas, en que la industria vivificará esos ríos abandonados, esos valles solitarios, esas montañas desiertas y en que los Estados del Río de la Plata, habrán de elevarse a la altura de las naciones más florecientes.

Lo mismo que las otras colonias españolas de la América del Sur, la República Argentina tuvo la desgracia de romper antes de tiempo los vínculos que la unían al reino español. No era bastante fuerte para constituir un estado independiente ni bastante instruida para seguir el camino recto. De ahí las oscilaciones y las crisis tormentosas; de ahí las divisiones de

partido, -113- las guerras civiles que durante veinte años la han lacerado hasta obligarla a caer, oprimida, jadeante, bajo la mano férrea de Rosas.

En la situación de compresión violenta, pero de estabilidad, en que Rosas la ha mantenido, hubiera podido hacer mucho para levantarla del marasmo, para darle un impulso; pero, lo repito, nada ha hecho hasta ahora. No ha pensado sino en afianzar su dominación mediante la astucia y la crueldad, sin ennoblecerla jamás por una obra perdurable. Todos los hombres de alguna inteligencia provocaban su odio y sus sospechas. Los ha perseguido, los ha proscrito, los ha degollado; de haber aparecido otros, se hubiera sentido muy inquieto.

Rivadavia, predecesor de Rosas, apasionado por las ideas científicas europeas, había creado instituciones que sobrepasaban el alcance espiritual del pueblo argentino y sus recursos materiales. Algo más tarde, hubiera sido fácil sostenerlas y hacerlas fructificar. Pero Rosas no lo ha querido. La Universidad de Buenos Aires, basada sobre el modelo de las universidades que honran a Inglaterra y Alemania, ha caído cada vez más, en una decrepitud mortal. La biblioteca pública, donde Rivadavia había reunido veinte mil volúmenes, y a la que destinó una renta anual, ha sido despojada del subsidio y abandonada a las ratas. En esta ciudad de ciento veinte mil almas, lejos de Europa, no se encuentra una buena escuela ni un establecimiento literario, si no es la Sociedad de Lectura, donde reciben una treintena de periódicos de Francia, Alemania e Inglaterra. La sociedad se compone únicamente de suscriptores extranjeros y está prohibido a los argentinos pertenecer a ella.

La censura de Rosas, que tolera este club europeo, se ejerce, sin embargo con todo rigor sobre todo lo que se refiere al país. En San Petersburgo, en Moscú, yo -114- pude adquirir, mediante pocas formalidades, los libros más hostiles al gobierno del Zar. En Buenos Aires, apenas si puede pronunciarse en las librerías el nombre de un autor proscrito, o el título de una obra prohibida. Por miedo de comprometerse, los librereros no tienen siquiera una obra de geografía o de estadística relativa al país. En balde traté de procurarme el libro de M. Woodbine-Parisch, y solamente después de hurgar en varias librerías, pude completar el Ensayo Histórico del deán Funes, en tres volúmenes, completamente inofensivo.

Hay cuatro diarios en la ciudad. Comparados con ellos, los periódicos más mezquinos de las más insignificantes ciudades francesas, resultan tesoros de ciencia. Tales diarios no tratan de asuntos políticos, sino para complacer al amo; en general, su pensamiento aparece tan contenido, que no se atreven a entrar en los dominios de la Historia ni de la Geografía, ni reemplazar con una noticia de orden científico las discusiones que les han sido prohibidas. No hacen más que traducir, a más y mejor, las modernas novelas francesas, y la mitad de sus columnas está llena de avisos comerciales.

De tal manera, Rosas ha sofocado hasta el intento de pensar. Parece imposible que, bajo el apagador de plomo que, como un sacristán, va posando sobre cada luz, no quede todavía, tal cual llama tenaz, y que bajo el manto de nieve que cubre los espíritus, no haya crímenes misteriosos que se desarrollen en silencio. Pero hasta ahora, no podría decirse que es así. Mientras Rosas mantenga su poder omnímodo en toda su plenitud, no creo que aparezcan esos gérmenes a la superficie, ni puedan brillar las luces sobre la República.

-115-

- VIII -

Montevideo

-116- -117-

Dificultad de comunicaciones entre Buenos Aires y Montevideo. Aspecto de la ciudad. La escuadra francesa. Monsieur de Tinan. Interior de la ciudad. Su prosperidad anterior al sitio. Población francesa. Costumbres hospitalarias. Hábitos de lujo. Alegría en el infortunio.

No va uno cuando quiere de Buenos Aires a Montevideo. Por tierra, después de haber atravesado el río de la Plata frente a Colonia, se encontraría muy pronto en una comarca sin caminos, casi desierta, u ocupada por los soldados de Oribe, que no gastan bromas. Nadie pensaría en emprender ese viaje. Para ir por el río, hay tres barcos que hacen el servicio de pasajeros. El mejor es el paquebote inglés que parte mensualmente de Buenos Aires para Falmouth y se detiene un día en Montevideo. Está bajo comando de oficiales de la marina real inglesa; el viajero encuentra en él buena cabina y magníficos rosbifs. Pero, como es navío de guerra, se halla a la disposición del encargado de negocios de Inglaterra, y éste, según el curso de los sucesos, el humor de Rosas y el clima que reina en los salones de Palermo, lo detiene cuanto quiere en la rada. La segunda de las embarcaciones referidas proclama en los diarios la velocidad de su marcha y la rapidez de su servicio, pero en realidad no sale sino cuando -como nuestros antiguos coucous-, ha reunido un número suficiente de pasajeros. La tercera embarcación, la Carmen, -118- que pertenece a la República Argentina, no puede recibir en Buenos Aires ningún pasajero para Montevideo; eso sí, cuando más pasajeros lleva de Montevideo a Buenos Aires, más gusto proporciona al Dictador. Rosas no comprende que se pueda ir a Montevideo, lugar de perdición, pero le parece muy bien que se salga de él, como pecador arrepentido, como oveja descarriada que vuelve a su aprisco. La policía de Buenos Aires no concede pasaporte para trasladarse directamente a esa nueva Gomorra, sobre la cual el Dictador desearía provocar una lluvia de fuego y azufre.

Cuando se haga la paz entre las dos riberas enemigas del Río de la Plata, cuando -muerto Rosas por razón de los años o por efecto del mal de piedra que deberá llevarlo, según dicen, como a Cronwell- no pueda ya impedir el libre desarrollo de la riqueza, cuando los grandes ríos del Uruguay y del Paraná se cubran de vapores como ahora el Hudson y el Mississipi, nadie podrá comprender que, en 1850, se tardaba tres semanas en recibir respuestas a una carta mandada por un barco a Montevideo que sólo está a cuarenta y cinco leguas de distancia.

Por poco que el viento ayude, el paquebote inglés, con su numerosa tripulación, desciende con rapidez las aguas del río de la Plata. Yo me embarqué por la noche en la rada de Buenos Aires y al día siguiente vimos brillar al sol, la cúpula de la catedral de Montevideo.

La ciudad está construida en forma de anfiteatro sobre una especie de península en la pendiente de una colina que avanza hacia el río, cuyas olas la abrazan por ambos costados.

Al ver a la ciudad desde la rada, en situación tan pintoresca, con sus casas blancas sucediéndose como graderías talladas en cantera de mármol, al ver las terrazas -119- de estilo oriental y los pequeños belvederes que se levantan sobre algunas azoteas, al ver el alegre cuadro del río, las huertas de la Aguada desde la muralla hasta el Cerro, nadie imaginaría que ésta es la ciudad conmovida desde su origen por tantas luchas sucesivas; la nueva Troya, sitiada desde más de siete años atrás, por un ejército implacable que puede tener la astucia y la tenacidad de Ulises pero que no será ilustrado por el coraje de un Aquiles, por la prudencia de Néstor, ni tendrá tampoco un Homero para cantarlo.

Y al ver por vez primera el interior de la ciudad, no se adivinarían los profundos dolores que ha experimentado en diversas ocasiones y el estado calamitoso a que la ha reducido la cólera implacable de su enemigo. Yo escribo desde una linda habitación, frontera al Cerro, dorada por el sol y a la vista del puerto, donde flotan las banderas de algunos navíos extranjeros; escribo desde una rada donde he efectuado varias excursiones y que contemplo con vivo interés. Están ahí doce navíos de guerra franceses destinados a apoyar las negociaciones que el almirante Le Predour mantiene a esta hora en Buenos Aires.

Estos navíos cuentan con mil quinientos hombres de artillería y de infantería de marina, y más de dos mil hombres de tripulación, de los cuales desembarcarían novecientos si hubiera necesidad, sobre la playa, con sólidas baterías.

Desde su llegada a Montevideo, no les ha sido permitido a los soldados bajar a tierra. Permanecen -120- acuartelados en sus navíos y hacen allí el ejercicio como en una ciudadela. Las fatigas de una larga travesía, el atractivo de la tierra, la vista continua de la ciudad y las incomodidades del ámbito estrecho a que se hallan reducidos, deben hacerles muy incómoda esta privación impuesta como medida de prudencia. Sin embargo, se han resignado a ello filosóficamente y, también hay que decirlo, no dejan de tener alguna compensación. Aquellos marineros que han prestado servicio en nuestras colonias de África y de las Antillas, deben encontrar gran diferencia entre el ardiente y peligroso clima del Senegal y el clima del Río de la Plata. Gracias al suave y saludable clima de Montevideo, están aquí preservados de las enfermedades contagiosas que en otras latitudes atacan con frecuencia a las tripulaciones. Cada comandante se preocupa, por lo demás, de que sus hombres estén bien alimentados y gusta de verlos romper la monotonía de la vida de a bordo.

En varios navíos se han organizado representaciones teatrales en las que toman parte todo un conjunto de actores novicios que divierten a un público numeroso. Nada debe faltar a la gloria de Monsieur Scribe. Desde las frías regiones del norte, hasta más allá del Ecuador, sus producciones han animado a todos los teatros. Han dado la vuelta al mundo como la

escarapela tricolor. Si una de esas buenas hadas que a su conjuro comparecen en sus óperas o vaudevilles, le trasladara un día hasta el puente de la Meurthe o de la Zénobie, Scribe daríase el placer de ver allí a sus coroneles del imperio, a sus hijas de banqueros, a sus viejos soldados y a sus aldeanas.

El teatro se ha construido a babor, con esa habilidad que ponen los marineros en las obras de arquitectura sin haber leído a Vitrubio. Tiene su administrador -121- y su maquinista, su consueta y su orquesta. Las decoraciones no han sido pintadas por Ciceri; pero ¿qué pintor podría dar una perspectiva semejante a la del río y a la del cielo con su cúpula estrellada? Las paredes no se hallan revestidas, como en nuestros pobres teatros de tierra, con pinturas rasgadas o descoloridas por el tiempo sino tapizadas con pendones ilustres, con estandartes de guerra que reemplazan a nuestros miserables telones. Frente al escenario, del lado de estribor, están las lunetas del estrado ocupadas por la aristocracia de las charreteras. Los empalmetados sirven de platea a los espectadores de segundo orden. La toldilla figura los palcos balcón, y los que no pueden instalarse en esos puestos más cómodos, suben a las galerías de los flechastes y al paraíso de los cofas.

No se encontrará, por desgracia, una Rose Cheri pero hay cabos de rostro y facciones muy frescas, que llevan graciosamente el vestido con volantes; hay también furrieles que bajan los ojos con aire ingenuo, y sargentos mayores que adoptan aspecto de dueña, un aspecto tan austero, que -salvo mala voluntad...- podría uno creerse en pleno teatro del Gimnasio.

Agreguemos que esta compañía teatral no ha menester pagarse para asegurar el buen éxito de su labor, un jefe de claqué, y como por otra parte las peras y las manzanas son frutos muy raros en Montevideo, no tiene tampoco por qué temer a esos horrendos proyectiles. Sin intrigas, sin temor, la compañía prosigue alegremente su carrera y cosecha muchos aplausos, tanto al comienzo del espectáculo como a su terminación. A menudo los actores tienen el honor de ser llamados al escenario para recoger nuevo tributo de aclamaciones. Cuando terminan su tarea, recobrado el sable y el kepí, -122- reciben las felicitaciones de sus jefes. La velada termina con una cena fraternal, en que hay platos extraordinarios. Es el destino ideal para el actor, la edad de oro de la vida teatral...

Las tropas de tierra embarcadas en estos navíos, están bajo las órdenes del señor Teniente Coronel Duchateau, que ha cumplido anteriormente varias otras difíciles misiones. En ausencia del señor Le Predour, la escuadra se halla bajo las órdenes de M. de Tinan, que une a su experiencia de oficial de marina y a su espíritu de hombre de mundo, un carácter enérgico.

Estamos en junio; es decir en pleno invierno de las regiones que se extienden más abajo del Ecuador. Pero en esta suave comarca del Río de la Plata, el invierno es una tibia primavera. A pesar del pampero, viento del suroeste que a veces enfría repentinamente la temperatura, como en Francia el viento del norte, no hay aquí sino muy pocas habitaciones donde pueda encontrarse una chimenea de salón. Por lo común, los más frioleros habitantes de la ciudad se conforman con un brasero.

Hace ocho días que el pampero hizo una de sus visitas molestas por la costa. Es de creer que nos veamos libres de él por algunas semanas. El río está en calma, el horizonte azul, y

todo tiene a mi alrededor esa apariencia de alegría que reaviva las miradas del viejo y hace brillar más los ojos de los niños.

En una habitación -separada de la mía por un ligero tabique-, una chiquilla reúne a un atento auditorio compuesto por criaturas de las que tendrá seis años la mayor. Sentada sobre un taburete, como un orador en su cátedra, charlotea, contando una larga historia de su gato y de su muñeca, todo en un puro francés, salpicado de algunas palabras españolas y sazonado por -123- un vivo acento provenzal que me hace pensar en el mediodía de Francia.

En la calle, dos gauchos se ejercitan, por dar gusto a un espectador que paga un vaso de caña, en lanzar a larga distancia las pesadas boleadoras. Cerca de ahí, seis indios se reparten alegremente un cuarto de cordero asado, que acaban de comprar con el producto de hierbas medicinales traídas de las selvas lejanas. Bajo mi ventana resuena el movimiento del café Labastie, la Pequeña Bolsa, el Tortoni de Montevideo.

A eso de mediodía, desde las fragatas, las corbetas, los brigs, y las cañoneras reunidas en la rada, se desprenden cantidad de chalupas que conducen a tierra por algunas horas a los oficiales de marina, de artillería y de infantería de nuestra escuadra. Pronto, se ven brillar las charreteras y los kepís a lo largo de los desembarcaderos. Nos creeríamos en el puerto de Tolón.

Encuentro a cada paso imágenes y recuerdos de Francia: en los letreros de los comercios, en los escaparates de artículos parisienses, en los restaurantes, en los cafés, hasta en los hogares de las viejas familias nativas que han querido, casi todas, aprender el francés y se honran en hablarlo o por lo menos en comprenderlo.

Por algo los ingleses han hecho la paz con Rosas, retirándose de la intervención en la que habían unido sus armas a las nuestras, y han abandonado repentinamente el sitio de Montevideo. Pese a su habilidad para apoderarse de todo mercado nuevo que surge en la superficie del globo, los ingleses han medrado poco en esta ciudad. Mandaban a ella, es cierto, mayor número de barcos que nosotros, pero no se establecían en Montevideo. La ciudad demostraba una marcada predilección por Francia y se hacía cada vez más francesa. Bajo el último gobierno de Rivera, llegaban miles -124- de franceses de diversas provincias, principalmente vascos y bearneses. Unos se dispersaban por la campaña y pronto encontraban empleo lucrativo en los saladeros o en las casas de comercio de la provincia; otros quedaban en Montevideo.

La ciudad era el centro de un comercio de importación y de exportación que, desde las fronteras del Paraguay, se extendía hasta los límites septentrionales de Europa. Su prosperidad iba en aumento y el oro afluía a las manos de los negociantes. El oro ganado con facilidad, se gastaba también liberalmente. La fortuna, que a menudo envanece al nuevo rico, aquí abría el corazón a un sentimiento generoso de humanidad y confraternidad. El francés que desembarcaba en Montevideo, no tenía motivos de inquietud por el hecho de encontrarse en tierra extranjera. Venían a él, no como en la opulenta Nueva York, los posaderos y las pretendidas sociedades protectoras van hacia el inmigrante para explotarlo y esquilmarlo, sino para ofrecerle una mano bienhechora. El peón encontraba jornal; el

contador empleo en una tienda, el artesano un medio de ejercer su industria. Debido al alto precio de la mano de obra, quienquiera que llegaba con hábitos de orden y de trabajo, podía en poco tiempo reunir un modesto capital con posibilidad de hacerlo fructificar. De un hogar pobre de Bayona, salió monsieur Lafitte; de la misma ciudad vinieron cantidad de hijos de obreros, probos y laboriosos como su ilustre conciudadano, y se enriquecieron como él, honradamente, empleando con nobleza su fortuna. Hoy están arruinados como él, por efecto de las revoluciones.

Ante esta palabra ruina, quiero detenerme para comprobar un hecho que no tengo la pretensión de descubrir -125- pero cuya observación me parece interesante. Francia se distingue entre todos los pueblos por la facilidad con que sabe adaptarse a las circunstancias más diversas y por el fondo inagotable de buen humor que demuestra después de una catástrofe, como el rayo de sol después de la tormenta. Ese pueblo «joyeulx, candide, gracieux et bien esmé» (lo dice Rabelais, y no quiero desmentir a Rabelais) formaba en 1843 casi la tercera parte de la población de Montevideo. ¿No debe atribuirse a su influencia la alegría que se mantiene todavía en la ciudad, en medio de sus desastres? Siete años hace que su magnánimo presidente Oribe, la tiene estrechamente sitiada, siete años que no puede sacar de la campaña ningún artículo de consumo, siete años en que ha visto escurrirse su riqueza como el agua del torrente y levantarse ante ella el pálido fantasma de la miseria, cada vez más amenazante.

Tienen los hebreos una tradición que representa al demonio de la indigencia entrando tímido y endeble en una habitación; se esconde vergonzoso en un ángulo oscuro de la pieza; pero luego va agrandándose, hora por hora, hasta que se adueña de toda la casa. Este demonio terrible ha entrado en Montevideo; se ha sentado en el hogar del estanciero cuyas propiedades Oribe confiscó; del pequeño comerciante que en sus buenos tiempos acumuló su pequeña fortuna; del obrero y del artesano que, al recibir por la tarde el precio de su jornada de trabajo, no pensaron en el día siguiente. ¿Qué será de ese fantasma, cómo y cuándo se verán libre de él? Solo Dios lo sabe, porque los políticos más finos lo han exorcizado en vano con el hisopo de su pluma y con el agua bendita de su tintero.

Si, como dice el gran poeta español Calderón, la vida es un sueño; si «sueña el pobre que padece su miseria y su pobreza», hay que reconocer que para la -126- capital de la República Oriental, este sueño es un sueño muy largo y muy cruel.

Y a pesar de todo, llega un extranjero al suelo de esta ciudad tan llena de ansiedades, y enseguida encontrará rostros alegres para recibirlo y miradas atentas para ocuparse de él. Nadie esperará que llame a una y otra puerta para presentar su carta de recomendación. Quienes por su profesión se creen obligados a recibirlo, los comerciantes si se trata de un comerciante, los oficiales si se trata de un oficial, los escritores si el recién llegado es un escritor, irán personalmente en busca suya, y lo conducirán afectuosamente a sus hogares. La casa está a la disposición de usted... Esta frase, que en general es de cortesía y a fuerza de repetirse se ha vulgarizado como el buen día y el buenas tardes, se pronuncia aquí de manera tan cordial, que adquiere un sentido verdaderamente serio.

Por lo que a mí respecta, creo que no olvidaré nunca los usos hospitalarios de Alemania, de Suecia, de Finlandia, de San Petersburgo y del Canadá. A esos recuerdos tendré que

agregar ahora el de Montevideo, adonde llegué sin título alguno y donde me vi de continuo rodeado de ofrecimientos generosos y testimonios de afecto, por personas a quienes no podré retribuirlos y que acaso no volveré a ver en toda mi vida.

-Aquí tiene usted -me decían-, un libro difícil de encontrar y que acaso pueda interesarle. Háganos el favor de guardarlo como recuerdo de nosotros.

-Aquí tiene un manuscrito con datos de interés; ya no le necesitamos, pero puede serle a usted útil, háganos el placer de aceptarlo.

-Perdone usted la escasez de nuestra casa -me decía un amable montevidiano sacando de su aparador la última botella de vino Madeira- y si no se encuentra -127- mal entre nosotros, denos una prueba volviendo a esta casa. Aquí estará siempre su cubierto.

Estas cenas, a las que siempre es invitado el extranjero, terminan con una tertulia, porque, no obstante los rigores del sitio, los alegres montevidianos no pueden renunciar al placer de cantar y bailar y esto provoca la cólera de Rosas y de Oribe, como desafío insultante.

Se ha formado una sociedad que organiza bailes mensuales por suscripción. Mensualmente, la sala se llena de flores y de toilettes elegantes que brillan como en los tiempos de prosperidad. El amor al lujo estaba tan arraigado en Montevideo, que sigue manifestándose entre los restos de las fortunas quebrantadas por la guerra, como esas plantas delicadas que guardan su verdor y sus flores bajo la tormenta que abate los árboles más altos. Alguna que otra familia, por aparecer decorosamente en una de estas reuniones, es capaz de reducir los gastos de su casa por algunas semanas, y algún enamorado tierno agotará su bolsa para pagar una onza de oro -si es necesario- para adornar con una camelia la cabellera de su novia.

Existe una costumbre que contribuye al aumento de estos gastos superfluos; la gente celebra anualmente en Montevideo dos aniversarios: el que corresponde al día de su nacimiento y al del santo cuyo nombre se lleva; todo montevidiano que desee pasar por hombre bien educado, debe tomar nota de los aniversarios de las señoras y señoritas de la casa que frecuenta y ofrecerles en esa ocasión un ramo de flores escogidas. En invierno, y a causa del sitio, estas flores se ponen a veces tan raras que hay que pagarlas a peso de oro. Para ser fiel a las costumbres galantes del país, en vez de envolver el ramo con una hoja de papel, habrá que ajustar las flores por el tallo con una pieza de plata cincelada. -128- La perfección a ese respecto consiste en enriquecer la pieza con una hilera de rubíes o esmeraldas. Y no está prohibida llegar a los diamantes...

Una señora que había ocupado posición eminente en el gran mundo, murió hace algunos años en París, en deplorable situación económica. Quizás llegó en los últimos días a carecer de lo que llamamos «lo necesario». Y bien, esa dama, en sus días peores, nunca dejó de tener sus búcaros llenos de flores que la consolaban en su triste retiro. Podría decirse lo mismo de la mujer montevideana en general. Pero aquí las flores representan más que un adorno alegre y perfumado. Forman como en el Levante, un verdadero diccionario simbólico, y sirven de expresión al pensamiento. Tan pronto van unidas, como testimonio tangible, a una mirada benigna; tan pronto sirven para suplir la frase embarazosa, y a veces

revelan, con sus matices delicados, el secreto que no puede proferirse de viva voz o confiarse al papel.

Una dueña de casa ofrecerá siempre algunas flores a las personas que van a visitarla, pero al hacer ese obsequio, no tomará las flores al azar, ni las arrancará todas de la misma planta porque no quiere dar a todos los visitantes el mismo emblema. Si se trata de un personaje importante, le dará la madreselva que, en el lenguaje ideal de las flores, significa respeto; a otro le obsequiará la rosa de la India, que significa estima; y al amigo el clavel, que es símbolo de estimación; y así cada uno al retirarse queda clasificado en su escala jerárquica, y si quiere puede hacer lo posible para conquistar un escalón más elevado.

Ya en el terreno del amor, este dialecto de las flores se hace tan explícito, tan elocuente, que quienes han tenido la suerte de estudiarla, ven muy en menos las pesadas combinaciones del griego, del latín, y de otros idiomas que se aprenden en las escuelas. Haced, -129- pues, a un lado el papel y la pluma y esa tinta negra como la perfidia, que habrá de traicionaros siempre. Para expresar vuestras más tiernas emociones, tomad lo que hay de más puro y encantador entre las obras de la naturaleza. Este lenguaje feliz tiene como auxiliar otro dialecto -superior al telegráfico de Chappe- y son las señales del abanico que gira entre las manos de las bellas montevideanas. Porque son bellas, en verdad, estas hijas de la República Oriental, no menos bellas que las argentinas, y más instruidas en general, y más ligeras y sueltas en sus movimientos, como si respirasen un aire más libre.

Hay en su fisonomía la expresión de un espíritu ávido de ilustración, y listo para adivinar lo que no entra en los programas ordinarios de los pensionados; hay también en su andar una especie de frétillement, coqueto y gracioso, que los españoles expresan con el término intraducible de meneo.

El poeta Domínguez dice:

Eres tú, Montevideo,

del Plata blanca sirena,

y es tu entraña una colmena

cuya miel es el amor.

Feliz el labio que guste

de tu miel, ciudad de amores,

que tus hijas son las flores

que te dan dulce licor.

-130- -131-

- IX -

Los periódicos y la literatura

-132- -133-

Literatura política y literatura poética. Periódicos españoles y franceses. Balcarce. Juan Varela. Fundación del Comercio del Plata. Asesinato de Florencio Varela. Alsina. El heroísmo de una mujer. Poetas argentinos. Domínguez. Mármol. Echeverría. Poetas montevideanos. Ascasubi. Figueroa.

En Buenos Aires no puede decirse que exista una literatura. Existe sí una literatura muy activa y muy interesante, en Montevideo; literatura de periódicos y de disertaciones políticas, que secunda con las armas del pensamiento, a las otras armas empleadas por los sitiados; literatura poética, que con sus melodías consuela del sufrimiento y que tan pronto gime como el harpa de los proscriptos, suspendida en los sauces del río, tan pronto murmura un canto de amor y de esperanza o vibra en los oídos como la lira marcial de Koerner:

«Du Schwert an meiner Seite».

-134-

Pero la publicación de un manuscrito, está subordinada a circunstancias que pondrían miedo al más intrépido editor parisiense. En primer lugar, el círculo de lectores se halla reducido casi por entero a las murallas de Montevideo. La campaña, bajo el yugo de Oribe, no puede recibir un solo libro impreso en aquella ciudad, señalada con tinta roja, y Rosas no permite que se introduzca ese libro en la República Argentina. Queda, es verdad, a los escritores de Montevideo, cierta cantidad de lectores seguros en Chile, Perú y en otros estados de América del Sur. ¡Pero el pobre libro se ve obligado a cumplir un viaje muy largo para alcanzarlos!... Debe atravesar en contrabando las provincias argentinas, o doblar por el Cabo de Hornos y necesita varios meses para llegar al otro lado de la cordillera. Otros tantos meses pone una noticia cualquiera para llegar a Montevideo.

En segundo lugar, a medida que la ciudad se ha empobrecido por la duración del sitio, parte de los obreros impresores la han abandonado para buscarse trabajo más lucrativo. Otros han sido empleados por Rosas que, no pudiendo doblegar a los escritores, se ha esforzado por privarlos de sus medios de existencia.

Además, por influencia del bloqueo, las imprentas han carecido varias veces de elementos primordiales, de tipos nuevos para sus cajas, y del papel necesario.

-He visto que ha aumentado el tamaño de su diario -le dije un día al fundador de una publicación-; sin duda aumenta el número de los lectores.

-¡Ay! no -me respondió-, se ha agotado el papel de los primeros números y no hemos podido encontrar otro de iguales dimensiones.

En tal situación se comprenderá que ni la prensa periódica ni los libros pueden ser objeto de especulación -135- pecuniaria. Son actos de fe patriótica y de consagración a un ideal poético.

El principal diario de Montevideo no tiene más de cuatrocientos abonados y no puede contar con el beneficio de los anuncios. El escritor que tiene ya un nombre consagrado en el país, se considera feliz si encuentra un editor que consienta en imprimirle un libro nuevo sin hacerle pagar los gastos de impresión.

A pesar de las trabas referidas y de todo lo que puede inducir al desaliento, se imprimen anualmente en Montevideo varios volúmenes de historia y de polémica, colecciones de poesías y folletos de circunstancias. Se publican además, en esta ciudad, dos diarios españoles y dos periódicos franceses que aparecen tres veces por semana. Aunque difieren en algunos puntos secundarios, estos cuatro periódicos combaten bajo la misma bandera y sostienen con ardor la independencia oriental contra la invasión de Rosas y Oribe.

El primero de ellos, El Comercio del Plata, fundado por el noble e infortunado Florencio Varela, y dirigido por su cuñado el señor Madero, se distingue por el tono grave y firme de su prédica. Tiene además, buenos corresponsales en Francia y en Brasil. Tiene también un corresponsal en Buenos Aires, cuyo nombre nadie puede saber y al que debe gran parte de su éxito. Ese corresponsal le comunica sobre los asuntos más secretos de la administración argentina, y aun sobre la intimidad de Rosas, datos tan exactos y sorprendentes, que uno se siente a veces tentado de creer que el mismo Rosas los dicta para burlar a sus ministros y funcionarios, y aun a los agentes extranjeros con quienes se halla enzarzado en perpetuas negociaciones.

-136-

El Correo de la Tarde está redactado por el señor José Luis Bustamante, hábil escritor, secretario que fue del general Lavalle.

El Mensajero, destina apenas una parte de sus columnas a la discusión política y consagra el resto a la reproducción de obras de nuestros mejores novelistas.

Le Patriote Français, tiene como redactor en jefe al Mr. Isabelle, del Havre. Uno de sus colaboradores, M. Vaillant, escribe con el seudónimo de Jean Louis, artículos de filología y de literatura que serían elogiados en París.

La mayoría de los periodistas y poetas que luchan en la prensa de Montevideo con tanta obstinación contra la dictadura de Rosas, son argentinos. Así como Luis XIV, al revocar el edicto de Nantes, enriqueció a Alemania, Holanda e Inglaterra con las industrias de los protestantes desterrados, así Rosas mediante sus proscripciones, ha enriquecido a varios estados con la savia de un gran número de jóvenes y vigorosos talentos. En lugar de contemplar a esta ardiente juventud y atraerla para sí, la señaló a la persecución de sus esbirros y la condenó a la prisión. Así que la juventud pudo huir, escapó como una bandada de pájaros perseguidos en el bosque por un implacable cazador. Unos jóvenes han huido a

Chile, otros a Montevideo, algunos a Francia y a los Estados Unidos. ¡Graves motivos habrán mediado para esa resolución que sin duda se realizó con amargo dolor! Pueden comprenderla aquellos que siquiera por algún tiempo vivieron fuera del suelo natal.

La tierra argentina es tierra hermosa y amable y, vaya uno adonde quiera, no lleva consigo, como dijo Dantón, la patria en la suela de sus zapatos.

En 1837, un joven argentino, Florencio Balcarce se embarcaba para Francia con uno de esos siniestros -137- presentimientos que revelan el don profético de los vates. Adiós Buenos Aires, decía en una de sus últimas elegías.

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,

debajo de un cielo de bronce a mi mal,

veré sólo en torno desdén altanero,

en vez de caricias de amor maternal.

Entonces mil veces feliz me diría

si viese la lumbre del Sol que me crió,

si el agua bebiese del río que un día

el pie de mi cuna bramando lamió.

Mirando a la Patria, su oprobio me humilla;

sus hijos dormidos su afrenta no ven;

reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla

y horrendas cadenas arrastran sus pies.

Adiós, dulce sombra del techo paterno;

adiós, compañeros de infancia feliz.

Amigos queridos, mi adiós es eterno;

adiós, Buenos Aires, mil veces y mil.

-138-

El poeta murió, y a Rosas ya no le inquietaron las osadías de su pensamiento.

En 1839, otro poeta de Buenos Aires, Juan [Cruz] Varela, perseguido por el odio del Dictador, ultrajado por sus gacetas, murió en Montevideo, cantando su canto de cisne:

Ora benigno me dilate Jove

estos momentos que llamamos vida,

ora le plazca que el presente sea

mi último día...

Sin que me aflija roedora duda,

bajaré impávido a la eterna noche,

y las riberas pisaré tranquilo

del Aqueronte.

Iré a presencia de mi juez severo

sin ese miedo que al impío turba;

que por mi causa no corrió en la tierra

lágrima alguna.

Tiemble el malvado que evitar pudiendo

llanto y dolores, corazón de piedra

al afligido que a su vista gime,

bárbaro muestra.

Torpe calumnia, que mi vida amarga,

fiero me pinta con colores negros,

y el pecho blando que me dio natura

finge de acero.

Mas como el Numen que al mortal espera

en las regiones donde no se miente,

no me hará cargo de dolor ajeno,

mi alma no teme.

Cuando este hombre, que desempeñó dignamente muy altos cargos en su país, murió en el destierro, hacía diez años que había dejado a Buenos Aires, con sus dos hermanos. El miembro más distinguido de esta familia, fue Florencio Varela, fundador del Comercio del Plata. Con notable estilo, con conocimientos literarios y muy sólidos estudios de historia y jurisprudencia, hizo de este periódico una publicación importante que obtuvo gran éxito en poco tiempo.

Era Florencio Varela una de esas naturalezas de elección, que de tarde en tarde aparecen como arquetipos de una personalidad muy completa.

A los dones de un espíritu sagaz y penetrante, a una educación seria, reunía un carácter bien templado y un corazón abierto a todas las emociones tiernas.

Un escritor de esta naturaleza, constituía para Rosas y Oribe, un enemigo peligroso, tanto más cuanto -140- que contaba en la polémica con esa cualidad que Quintiliano señala como una de los principales medios con que puede contar el orador: la cualidad de ser hombre honrado. El Comercio del Plata adquirió, día tras día, mayor importancia. No solamente se leía con gran interés en Montevideo, sino que era buscado por los extranjeros, y a pesar de las precauciones de la policía, se leía también en Buenos Aires. Suprimirlo era imposible, intimidar a su redactor por amenazas o sobornarlo, no había que pensar. Oribe y Rosas tomaron entonces otro partido para terminar con el temible escritor y lo hicieron asesinar. El 20 de marzo de 1848, a eso de las nueve de la noche, Florencio Varela venía de alternar con algunos amigos y se dirigía tranquilamente a su casa de la calle Misiones; encontrábase cerca de su casa, cuando recibió tres puñaladas en la espalda. El asesino, que le había sorprendido a traición en la obscuridad, huyó. Varela tuvo todavía fuerzas para arrastrarse hasta el umbral de su vivienda, de pedir socorro y llamar a la puerta. Al oír su voz dolorida, acudieron su mujer y su hermano, encontrándolo tendido en la acera y bañado en sangre. Algunos instantes después exhalaba el último suspiro.

Imposible hacerse una idea de la impresión que este crimen horrendo produjo en Montevideo. En unos instantes, la noticia se difundió por todos los barrios y al ver salir a las gentes despavoridas de sus casas y correr a casa de Varela, hubiérase dicho que la ciudad había sido víctima de un general desastre.

Varela dejaba una viuda y once hijos, que él sostenía con su trabajo cotidiano. Muerto él, la familia quedaba sin recursos. Al día siguiente se abrió una subscripción para ayudarlos y en pocos días más, no obstante la miseria a que estaban reducidas tantas personas, -141- la subscripción ascendió a ochenta mil francos. La población francesa, por su parte, contribuyó con cerca de once mil francos.

El Comercio del Plata ha sobrevivido a su desgraciado fundador. Siguió con el diario, como hemos dicho, el cuñado de Varela que tiene como colaborador principal a un argentino, el señor Alsina, que cayó bajo las garras de Rosas, y fue salvado de una muerte segura, merced a un acto de heroísmo.

¿Hay que atribuir a Rosas o a Oribe la primera idea de este crimen que resonó desde las orillas del Plata hasta los límites de Europa? Sería difícil establecerlo. Lo que sí puede decirse es que Rosas ha sido en esta horrible asechanza el cómplice de su satélite. Se sabe positivamente que el asesino, de nombre Cabrera, después de ultimar a su víctima, se retiró al campamento de Oribe y allí recibió el precio de la sangre derramada: una recompensa en dinero y el grado de capitán.

El señor Alsina, inscripto entre los salvajes unitarios, según la atroz y elástica expresión de los agentes del Dictador, se encontraba en la rada de Buenos Aires, encerrado en un pontón, de donde no debía salir sino para ser entregado al cuchillo de los degolladores. Su mujer, no menos abnegada que la mujer de Lafayette, y más audaz, una noche se vistió con el uniforme de un oficial del ejército argentino, se puso el cintillo punzó, y con un sable a la cintura y seguida por dos hombres con uniforme de soldados, se presentó audazmente al comandante del pontón, diciéndole: «Tengo orden para sacar de a bordo al prisionero

Alsina, (la orden había sido amañada por ella). Luego acercándose, dice al oído del comandante:

-Creo que le ha llegado la -142- hora.

-Bien, bien -contestó aquél- más tarde o más temprano era lo que le esperaba.

Alsina baja con su escolta hasta una chalupa que después de tomar rumbo a la ciudad, vira de pronto y se pone al lado de un barco preparado de antemano y que conduce al feliz prisionero hasta la Colonia, en la Banda Oriental.

La República Argentina ha dado a Montevideo otros escritores de notable talento: Vicente Fidel López, Domínguez, Mármol y Echeverría.

Hijo del Presidente de la Alta Cámara de justicia de Buenos Aires, Vicente López hubiera podido fácilmente obtener de Rosas el perdón de sus primeras declaraciones políticas. Ha preferido condenarse a vivir lejos de su país, lejos de su familia, antes de transigir con lo que le prohíbe su conciencia. Es abogado y con su propio trabajo se ha formado una posición independiente. Ávido de instrucción, encontró en el estudio de las lenguas y literaturas extranjeras un consuelo a su destierro. Muy joven todavía, ha publicado en Chile un libro que anuncia un espíritu serio y vasta erudición. Prepara en estos momentos una historia de la Confederación Argentina que debe ser impresa en París.

Domínguez ha cantado en versos de suave armonía, con feliz inspiración, las bellezas del Río de la Plata, el aspecto solemne de los llanos desiertos sombreados apenas por el ombú, los encantos de Montevideo y las dulces emociones del amor.

Mármol, nacido en Buenos Aires en 1818, une a su verbo de poeta un varonil talento de prosador. Ha -143- intervenido en la redacción de varios periódicos en español de los que han aparecido en Montevideo, y en diversos folletos ha flagelado rudamente a Rosas y a su lugarteniente Oribe. En 1844 se embarcó en Río de Janeiro para Valparaíso. El navío en que viajaba sufrió averías por causa de una tormenta en el Cabo de Hornos y debió volver al Brasil. Este viaje inspiró a Mármol un poema, El Peregrino, en el cual pinta con rica variedad de tonos y de imágenes los fenómenos del Océano, los cielos ígneos del Ecuador y las sonrientes escenas de los trópicos. Ha publicado, además un drama, El Poeta, que tuvo poco éxito y varias poesías líricas, entre ellas la obra titulada: El 25 de Mayo, muy popular en la Banda Oriental. Esta obra es rememoración entusiasta de la independencia argentina y a la vez un ardiente anatema contra Rosas.

¡Ah!, exclama el poeta, dirigiéndose al Dictador:

¡Ah! Nada te debemos los argentinos, nada,

sino miseria, sangre, desolación sin fin;

jamás en las batallas se divisó tu espada,

pero mostraste pronto la daga de Caín.

Cuando a tu patria viste debilitado el brazo,
dejaste satisfecho la sombra del ombú,
y, al viento la melena, jugando con tu lazo,
las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo
fue abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
y atar ante tus hordas al pie de tu caballo
sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso,
para pedir sobre ella la maldición de Dios?

Prestadme tempestades, vuestro rugir violento
cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
para arrojarle eterna tremenda maldición.

El bueno de los buenos, desde su trono santo
la renegada frente maldijo de Luzbel;

la humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,
también tiene derecho de maldecir como él.

¡Sí, Rosas, te maldigo! jamás dentro mis venas
la hiel de la venganza mis horas agitó,
como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;
pero como argentino las de mi patria, ¡NO!

Por ti esa Buenos Aires más crímenes ha visto
que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar;
pues, de los hombres hartos, para ofender a Cristo
tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

¡Por ti sus buenos hijos, acongojado el pecho,
la frente doblémos bajo glacial dolor,
y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo
nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor...

Esta obra, de la que cito apenas algunas estrofas, es la más relevante expresión del talento juvenil de Mármol.

Ha sido reimpressa varias veces en Montevideo y se ha difundido en toda la América española, contribuyendo no poco a la reputación del poeta.

Más feliz que muchos de sus cofrades literarios, Echeverría había heredado bienes de familia, cuyas rentas empleó dignamente en viajar y en adquirir conocimientos. En 1827, a la edad de diez y ocho años, después de efectuados sus estudios de colegio en Buenos Aires, se embarcó para el Brasil donde pasó algunos meses y después fue a Europa. En

París, algunos profesores particulares le dieron lecciones de literatura, matemáticas y física. Al mismo tiempo seguía los cursos del Colegio de Francia y de las facultades. Pasó en - 146- Francia cerca de cinco años, siguiendo con ávido interés el movimiento literario de nuestro país, fue recibido en algunas casas de la mejor sociedad, y acogido con benevolencia por algunas de nuestras más altas personalidades.

A principios de 1830, se trasladó a Inglaterra y de allí al Río de la Plata. Este peregrinaje de estudio, y su estada en Francia, han quedado profundamente grabados en su memoria.

Echeverría habla de ellos con suave melancolía, como hablamos en la edad madura de las primeras alegrías de la vida y de la felicidad pasada. Para quien, como yo, se había encontrado en París en aquella época, y experimentado las mismas emociones, resulta una sorpresa muy agradable escuchar, a tres mil leguas de distancia, y en una casa modesta de Montevideo, cómo son recordadas por un extranjero aquellas clases de la Sorbona que eran un acontecimiento, y aquellos dramas, y aquellas poesías de la escuela romántica que una juventud entusiasta saludaba como el descubrimiento de regiones hasta entonces ignoradas. ¡Cuán lejos está todo aquello! El pobre poeta argentino lo recuerda en su retiro. ¿Lo recordáis vosotros, los que habíais levantado entonces el estandarte de la reforma? ¡Ay! ¡Tantas cosas, desde entonces acá, han asombrado nuestros ojos y agitado nuestro pensamiento! ¡Tantas luchas tormentosas sucedieron a los días pacíficos de nuestras olimpiadas! Para algunos, el mejor recuerdo se evapora como precioso aroma al soplo de la tempestad; para otros, con el sol de las revoluciones, el recuerdo se pone agrio como los frutos de las Antillas.

En 1834, el señor Echeverría, que había vuelto a su país, y que era un discípulo ferviente del dogma romántico, publicó, con el título de Los Consuelos, un -147- volumen de poesías líricas. Para nosotros, este pequeño volumen sólo puede considerarse reflejo de nuestra literatura elegíaca, que va desde las blandas estancias de Millevoje hasta el grave acento de las Meditaciones de Lamartine.

No se encontrarán en esas poesías, ni rasgos característicos, ni imágenes propias de la comarca lejana en que el libro se compuso. Cualquiera de esas poesías, traducida al francés con fidelidad, se confundiría con el torrente de estrofas desconsoladas que, de veinte años a esta parte, pasan sin ruido entre el mundo indiferente. Pero asimismo, para el país al que iba dirigido, este libro de Echeverría era una tentativa audaz, un acto de ruptura con las formas convencionales y con el estilo mitológico de la literatura española; una novedad no menos sorprendente para los americanos que las melodías de Lamartine lo fueron para Francia, después de las desabridas canciones del Imperio. Echeverría debió hacer pronto una nueva edición de sus elegías, al mismo tiempo que un librero español las reimprimía en Cádiz.

El éxito obtenido por su libro no encegueció al joven escritor. Dominado en un principio por las impresiones de Francia, o, como él mismo lo dice, por una educación esencialmente francesa, no tardó en comprender que malograría la misión a que estaba destinado si seguía dejándose llevar por sus reminiscencias. Allí estaba su país natal, con sus ríos desiertos, sus llanuras inexploradas, sus tribus de indios salvajes. Allí estaba, como una tierra virgen y olvidada en su muda majestad, esperando la mano del pintor inteligente y del poeta que le ofrendara sus cantos.

Echeverría concibió esa idea y escribió La Cautiva.

Este poema es simplemente la historia de una mujer joven, intrépida y amorosa, que se ve arrastrada hasta -148- el desierto con su marido por una horda de indios salvajes. Por la noche, mientras sus raptos, después de una bacanal, se hallan entregados al sueño, ella se aproxima al lugar en que yace el marido, tendido en el suelo, maniatado y cubierto de heridas. Corta las ligaduras con un cuchillo, luego lo toma por la mano para ayudarlo a caminar, sostiénelo en su marcha y consigue llevarlo hasta un pajonal cercano, una de esas lagunas argentinas donde crece una paja muy alta y tupida que permite ocultarse a los fugitivos. La heroica María, arregla un lecho para su esposo, venda sus heridas, vela su sueño, y cuando cree que ha recobrado sus fuerzas, da gracias al cielo por aquella milagrosa felicidad. De pronto se produce un incendio en el pajonal. Favorecido por el viento, alimentado por las hierbas secas, el fuego avanza con la rapidez del relámpago y devora el espacio. Bryan no puede huir y conjura a su mujer para que lo abandone. Pero ella lo lleva hasta la laguna, se arroja al agua y pónese a nadar sosteniendo con una mano al esposo debilitado y herido. Así llega hasta la orilla opuesta. En ese lugar, gracias a su coraje, puede salvarse de la voracidad de un tigre. Más adelante, a des pecho de los cuidados que debían volverlo a la vida, el esposo languidece cada vez más y sucumbe a consecuencia de las lanzadas recibidas. Cuando da el último suspiro, María camina en dirección a su casa. Le quedaba un hijo que podía ser su único consuelo.

-¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está mi hijo? -gritaba al entrar en la aldea.

-¡Murió! -le contestan.

Y al oír esa palabra, ella cae sin vida. Todo cuanto la había atado a la tierra, quedaba roto y María rinde su alma en un postrer acento de amor.

La primera parte de esta fábula tiene semejanza con una de las mejores escenas de Atala. La segunda -149- es exagerada. Difícilmente podemos figurarnos, en el estado actual de nuestras costumbres, una mujer joven, como no sea de la raza anfibia de las islas de Oceanía, llevándose a nado a su marido, y más difícilmente todavía concebimos a esa misma mujer poniendo miedo a un tigre y yendo hacia él con el puñal en la mano.

Y por más interesantes que resulten los actores de este drama -no obstante su situación un poco forzada- me hacen en el conjunto del poema el efecto de los personajes de Claude Lorrain, perdidos casi entre la belleza de sus paisajes.

Echeverría ha pasado la mayor parte de su vida en la campaña de la República Argentina. La conoce muy bien y cuando la describe, fácilmente se advierte que no trata de combinar imágenes extrañas sino que traza lo que han visto sus ojos y todo lo que ha impresionado su pensamiento. Así puede describirnos el desierto que se extiende al pie de los Andes al atardecer, el desierto sombrío y taciturno como el mar en calma. Por donde quiera que se extienda la vista, en esas regiones, los ojos no descubren otra cosa que la inmensidad de los campos solitarios, sólo conocidos por Dios, y cuyas profundidades Él sólo podría medir.

Allí no se oye sino el mugido de los toros salvajes que andan a la ventura, el rugido de los tigres o el grito uniforme y melancólico del Yayá.

Súbitamente resuena de vez en cuando un sordo clamor. Tiembla el suelo bajo el casco de los caballos impetuosos, y en la sombra se distinguen puntas de lanzas, cabelleras flotantes y formas confusas. Es la horda de indios que se acerca para devastar una aldea. Avanzan como torbellino entre nubes de polvo, llevan ensartadas en sus lanzas algunas cabezas humanas, y prorrumpen en alaridos galopando con frenético ardor.

-150-

Se detienen en medio de la pampa silenciosa y contemplan con orgullo feroz el botín que consideran más precioso: un conjunto de lindas muchachas arrancadas de sus hogares... Después de haber desensillado sus caballos, que dejan pacer en libertad, encienden una gran hoguera. Algunos indios atizan el fuego; otros preparan los cuartos de carne para la comida; otros, más impacientes, hunden el cuchillo en el pecho de una yegua, beben con avidez la sangre que sale a borbotones de la herida y se disputan a cuál bebe la mayor parte. Saciadas la sangre y la sed, se sientan alrededor del fuego donde corre la grasa de los animales degollados y se ponen a escuchar con estremecimientos de alegría los cantos de guerra y de victoria que un indio entona con voz triunfante. Estos cuadros, que no pertenecen al tema general de la poesía, el autor de *La Cautiva*, como Cooper en los Estados Unidos, fue el primero en captar en su escenario natural.

Echeverría ganó mucho renombre con estas dos publicaciones: *Los Consuelos* y *La Cautiva*, y abrió nueva senda para los escritores de su país. Era en América del Sur el apóstol de una nueva escuela literaria. Por desgracia, su gloria no le fue suficiente. Y abandonó las silenciosas pampas para lanzarse al terreno tumultuoso de la política. Ambicionaba formar una sociedad de jóvenes argentinos que, tomando como motivo de unión un principio democrático se dedicaran a desarrollarlo y propagarlo.

En esto el poeta ya no era original. Imitaba la organización de la joven Italia y la joven Alemania. Y Rosas, jefe de la república, no miraba con mayor simpatía que los gobiernos absolutos de Prusia y Austria, estas sociedades republicanas.

-151-

De ahí que un buen día, el poeta se viera, bajo pena de inmediata prisión, o de otros castigos, forzado a emigrar. Fueron confiscados sus bienes y saqueada su casa. «No me han dejado ni siquiera un libro -me decía un día con dolor-, ni siquiera uno de esos libros escogidos que traje de Francia. Es lo que lamento más».

Desde el año 1840, Echeverría está en Montevideo, con el tesoro de su inteligencia que la rapacidad de Rosas no ha podido arrebatarse, y consagrado como en la primavera de su vida al estudio y a la poesía.

Merced al carácter hospitalario de esta ciudad, no sabe cuán duras de subir son las escaleras ajenas para el desterrado y cuán amargo resulta el pan del extranjero. Si en los versos que

ha compuesto después de La Cautiva y en los que escribe ahora, estalla el acento de un alma dolorida, no es el vago dolor de René, de Werther y de Obermann, sino el grave y profundo dolor de Jacobo Ortis que no puede olvidar los sueños dorados de libertad forjados en su país, en ese país que le sigue de lejos con el pensamiento, y exclama:

«Il sacrificio della nostra patria è consumato».

El surco trazado por La Cautiva fue seguido por varios poetas, especialmente por Hilario Ascasubi, de Montevideo. Como consecuencia de esos viajes por las Provincias del Río de la Plata, Ascasubi se halla familiarizado con las costumbres de la campaña. En una serie de diálogos y escenas agrestes, Ascasubi ha reproducido el carácter, los hábitos y hasta los idiotismos de los gauchos. Cada una de sus composiciones forma una imagen exacta de esta raza de pastores y jinetes nómades, pero una imagen material en la que se buscarla vanamente la expresión ideal, sin la cual no hay verdadera poesía. Con minuciosa exactitud de detalles, los -152- escritos de Ascasubi son, con relación a La Cautiva, lo que la rústica Luisa, de Voss al delicioso idilio de Hermann y Dorotea.

Al lado de estos innovadores, existe en esta misma ciudad de Montevideo un amable poeta del tiempo viejo, Acuña de Figueroa. Éste no ha querido abandonar las regiones mitológicas que aprendió a venerar en los bancos del colegio. Todavía canta a Febo y a la Aurora de rosados dedos, como los maestros del siglo XVIII. Montado en su Pegaso sube al Parnaso y de camino bebe en la fuente Castalia. Le atraen todas las reglas de las escuelas antiguas y le sonríen todos sus caprichos. Un dios le ha concedido dulces ocios y él los emplea en componer juegos de enigma, charadas y madrigales. Figueroa cumple todas las difíciles suertes del anagrama y del acróstico, como esos hábiles versificadores cuyas producciones más excéntricas recogió el erudito Peignot, y así compone como Panard la canción A boire, trazando con sus versos la forma de una botella.

Con rara facilidad pasa:

Du grave au doux, du plaisant au sevère.

-153-

Como Marot en su galante juventud, Acuña también cultivó risueñamente el epigrama cáustico y también como Marot tradujo más tarde los salmos con edificante piedad. Y no solamente ha traducido himnos bíblicos, sino que los compone originales con acento religioso.

Porque si su imaginación se place en tradiciones paganas, su corazón pertenece a la pura doctrina del evangelio. Como el cantor de Los Lusíadas, asocia en la odisea de su vida las fábulas del Olimpo con las creencias austeras del cristianismo.

Después de celebrar con tono anacreóntico al Amor y las Gracias, deja a un lado las estancias profanas para escribir con sincero recogimiento una paráfrasis del Pater Noster, una epístola al cura de su parroquia, o letanías a la Virgen Santísima.

Y así como se manifiesta en sus obras, lo encontramos a través de su carácter: afable y jovial, espiritual y tierno, lleno de indulgencia para con los demás y desconfiado para consigo mismo, sencillo y tímido como una doncella. Leer sus versos es un placer; conocerlo personalmente una felicidad.

Caros poetas de Montevideo, perdonad al viajero que recibisteis con tanta bondad, si no da cuenta de vuestras obras como teníais derecho a esperarlas; se aleja por lo menos llevando el recuerdo más cordial de los días pasados entre vosotros y pensará muy a menudo en la triste posición a que os veis reducidos por tantos sucesos desgraciados.

Muy triste es, en verdad, la situación de estos escritores dentro de una ciudad sitiada que apenas si puede estimular sus talentos. Esa situación será espantosa si Oribe llega a apoderarse de Montevideo, y si antes no se le atan las manos con un tratado de amnistía. Como los escaldos de las viejas leyendas de Islandia, -154- estos poetas han alentado en el combate a las legiones ciudadanas, marcando a fuego a sus enemigos. Todos han cantado la fiera independencia de Montevideo; todos han apostrofado a Rosas y a Oribe. Antiguamente, cuando uno de los valientes Jaris del Norte, subyugaba a uno de sus adversarios, respetaba a los escaldos que habían seguido tras ellos en la buena y en la mala fortuna, y hasta solía rendir homenaje a la fidelidad, haciéndoles el presente de una cadena de oro.

Si dejan libertad a Oribe y a Rosas, también ofrecerán cadenas a los poetas de Montevideo, pero serán las cadenas de hierro del Cerrito y de Santos Lugares.

-155-

- X -

La ciudad sitiada

-156- -157-

Regularidad en el plano de Montevideo. Una ciudad nueva fuera de las murallas. Trabajos abandonados. Edificios en ruinas. Una escena de miseria. Los tiroteos diarios antes del

armisticio. Desgracias del sitio. La administración actual. Sus dificultades y escaseces. Ventajas del puerto de Montevideo.

Montevideo, como lo hemos dicho, presenta para quien la observa desde la rada, un cuadro pintoresco, lleno de atractivos, y cuando nos ponemos en relación con sus habitantes, éstos tratan de ocultar sus preocupaciones para mostrarse sonrientes ante el extranjero; pero basta recorrer ciertos barrios de la ciudad y entrar en relación con alguna familia, para reconocer cuánto ha sufrido esta ciudad desgraciada y para inquietarse por todo lo que le queda todavía por sufrir.

La forma en que ha sido construida la ciudad se parece mucho a la de Buenos Aires; la misma línea regular, la misma división en cuadros simétricos; en el centro una gran plaza cuadrada: a un lado de la plaza la catedral, en el otro el Cabildo o Ayuntamiento.

Las casas tienen, como en Buenos Aires, techo plano que forma terraza. Se ven más casas de alto que en la República Argentina, balcón en el primer piso, coronadas por un mirador de madera, desde donde puede contemplarse hasta muy lejos el campo y el río.

En tiempos en que esta ciudad progresó con mucha rapidez, sobre todo durante la administración de -158- Rivera, fueron emprendidas diversas obras públicas y de embellecimiento edilicio. Los trabajos quedaron interrumpidos y ofrecen ahora extraños contrastes; puede verse un conjunto de casas imponentes, con patios alegres, y muy cerca una construcción inacabada; calles provistas de aceras embaldosadas, y pavimentadas a medias; otras calles sin asomo de pavimento convertidas por la lluvia en lodazales. Hay una calle donde puede verse un promontorio de piedra como en pleno campo.

A cada paso pueden observarse los efectos de la guerra. La decadencia del comercio y las quiebras consiguientes, échanse de ver por uno y otro lado, en las puertas de las tiendas, otrora florecientes y ahora cerradas, en los talleres silenciosos, en el ala incompleta de un edificio que un negociante empezó a construir lleno de esperanzas y que no pudo terminar. Montevideo diríase una de esas ciudades sorprendidas por un temblor de tierra o por la erupción de un volcán; con el sacudimiento del suelo, algunas fortunas sucumben, otras quedan a salvo.

Si salimos de la ciudad por la puerta del Mercado, la impresión es todavía más penosa. En 1840, la población siempre creciente de Montevideo, se sentía oprimida entre las antiguas murallas del tiempo de los españoles. Hubo que romper las fortificaciones para dar paso a la ola de inmigrantes que llegaba desde Europa sin cesar. Derramáronse los extranjeros fuera de los muros como por una exclusiva, y pronto aparecieron en la campaña cantidad de fábricas y almacenes. Fue abierta una calle bastante larga y ancha, que salía desde la brecha abierta en la muralla y así se formó una nueva ciudad, activa e industriosa, que se unía con la ciudad -159- vieja como los arrabales de París a la reducida ciudad medioeval.

Desde este barrio trazado a cordel y construido metódicamente, la población se esparció sobre la pendiente de la colina (en cuyo extremo está Montevideo) y también por las riberas del río y por el llano de la Aguada. En este lugar los setos de aloes rodeaban las huertas de frutales y cada casa rústica tenía -como un cottage inglés- su huerto y su jardín; cada quinta rica era como una casa de Damasco casi oculta por la fronda verde y perfumada por el olor de las flores y los naranjos. Entonces, la capital de la Banda Oriental, tenía el aspecto que describen los versos melodiosos de Domínguez:

Ahí está Montevideo

extendida sobre el río

como virgen que en estío

se ve en un lago nadar.

La Matriz es su cabeza,

es la Aguada su guirnalda,

blancos techos son su espalda

y su cintura la mar.

En poco tiempo el movimiento de la nueva ciudad quedó paralizado, la prosperidad agrícola destruida en su raíz y hasta el esplendor de la naturaleza que la rodeaba, pareció vestirse de duelo.

La calle grande del 18 de Julio, tan alegre y animada en otro tiempo, hoy está desierta. Si la recorremos -160- en toda su extensión, vemos las casas vacías, las ventanas rotas, las puertas cerradas. En uno que otro sitio, queda todavía alguna tenducha o algún taller donde unos pocos artesanos se sienten satisfechos cuando se les encomienda siquiera un pequeño trabajo, de aquel oficio que fue para ellos tan lucrativo. He entrado en una de estas casas; una pobre mujer de cara pálida y cuerpo desmedrado, se ocupaba en tostar al fuego algunos granos de maíz para sus hijos medio desnudos, sentados en torno como si no tuvieran fuerza para levantarse.

En el ángulo oscuro de este reducto, cuyos vidrios habían sido sustituidos por andrajos, yacía un hombre de aspecto zahareño. Los chicos me tendieron la mano y la madre miró a otro lado, para no verlos mendigar. El enfermo, cuando lo interrogué sobre el estado en que se encontraba, me dijo:

-¡Ah, señor, yo he sido fuerte y conocía bien mi oficio, pero este sitio, este terrible sitio! Ya no puedo hacer nada. ¡En estos años de calamidad, los ricos se han vuelto pobres y los pobres se han vuelto locos!

Al salir, puse algunas monedas en la mano de uno de los pequeños, que las miró con gran sorpresa como si nunca las hubiera visto. La mujer, al agradecerme, se puso a llorar.

En La Aguada, todos los jardines han sido devastados por los soldados de Oribe, los naranjos abatidos para hacer los asados, todas las casas se ven acribilladas por las balas. Hasta hace apenas un año, estas bonitas quintas estuvieron a la merced de los daños y las crueldades de aquellos soldados. En el extremo de la calle 18 de Julio hay una cruz de piedra que se ha visto con frecuencia cubierta de sangre. Era allí, donde sacrílegamente, los oficiales de Oribe entregaban sus víctimas al cuchillo del verdugo. Allí, bajo esa bóveda -

161- que cubre la imagen del Dios de la Paz y de la Misericordia, fueron degollados en una misma mañana, doce soldados de las legiones montevideanas.

La ciudad de Montevideo, no tenía, para defenderse del presidente, sino una línea de terraplenes mal contruidos y algunos cañones en mal estado, a tal punto, que no se comprende cómo este débil antemural no fue abatido por las fuerzas enemigas. Pero, fuera de ese atrincheramiento y hasta una legua de distancia, los dos ejércitos se mantuvieron empeñados diariamente en continuas escaramuzas. Eran combates de guerrilla o mejor dicho una especie de cacería y de asechanza continua que, dispersando las legiones, hacía imposible una batalla organizada. Todas las mañanas, los soldados de la ciudad, armados con sus mejores carabinas, iban a emboscarse en uno y otro sitio y disparaban sus armas contra los soldados de Oribe; luego se replegaban para volver a empezar al día siguiente la misma operación. Cuando no podían llevarlo a cabo, se valían de otras estratagemas. A la vista del enemigo, fingían huir y abandonaban apresuradamente el vivac dejando escondido entre la hierba un aparato con resorte de escape, que hacía estallar un obús. Otras veces colocaban un barril de pólvora bajo el fogón de una casa en ruinas; llegaban en triunfo los soldados de Oribe, se apoderaban del puesto abandonado, encendían fuego y un instante después, saltaban por el aire con las piedras del fogón.

La intervención de M. Le Predour en los asuntos del Plata, ha tenido como primer resultado la suspensión de esta lucha ininterrumpida y atroz, mediante un tratado. Entre los campos del Cerrito, ocupados por -162- Oribe, y las trincheras de Montevideo, ha sido señalada una faja de terreno neutral, y a cada lado de esta línea, los ejércitos de facción se observan sin atacarse. En los puestos avanzados de Montevideo, hacen guardia turnándose las legiones vascas, francesas e italianas. Acampan entre las paredes de las quintas arruinadas por la guerra.

Todos estos hombres, que han tomado valientemente las armas para luchar en legítima defensa, y que no las han dejado durante siete años, reciben, como único premio de sus servicios, un uniforme y la diaria ración que el gobierno provee a veces con mucha dificultad. He asistido últimamente a una revista general de las tropas de la ciudad y no figuraba en ella la legión francesa por carencia de un equipo conveniente. El traje de los soldados se compone, sin embargo, únicamente de una blusa de paño y un pantalón. Pero había sido necesario equipar, mediante un gasto extraordinario, un batallón de negros, y la caja municipal se encontraba exhausta.

El armisticio, poniendo fin, por lo menos temporariamente, a los combates diarios de sitiadores y sitiados, no ha mejorado la situación material de Montevideo. Por la parte de tierra, y hasta una media legua de las fortificaciones, la capital de la Banda Oriental ha quedado rigurosamente sitiada y no se halla libre sino por la parte del río, que sirve para proveer a todas las necesidades de la plaza. Más de una vez el noble río ha salvado del hambre a la ciudad que guarda en sus brazos con amor. El señor Figueroa, ha cantado en un poema patriótico La pesca del Bagre, pesca milagrosa -163- de redes henchidas como aquella con que Cristo favoreció a Simón en el lago de Genezaret.

Montevideo se proveía en otro tiempo de su campaña; de allí sacaba todos sus artículos alimenticios y sus productos de comercio: cueros, lana, sebos. Todo lo que puede

exportarse en el Río de la Plata, aflúa desde el interior del país a los almacenes de Montevideo y de ahí salía para la América del Norte y Europa. Ese único recurso terminó. Las tierras de cultivo y las dedicadas a la ganadería, están ahora bajo la dominación de Oribe que las explota en gran parte por su propia cuenta, y como tiene sobre el río el puerto del Buceo, éste sirve de salida a los productos del territorio.

No teniendo nada para exportar, Montevideo no puede soñar en la importación. En el supuesto de que la pobre ciudad tenga todavía dinero y crédito para comprar mercancías extranjeras, ¿qué haría de ellas, reducida, como se encuentra, a una población de veinte mil almas aisladas del mundo entero? De ahí que se limite a lo estrictamente necesario, y se considere afortunada cuando puede obtenerlo sin mucha dificultad, a un precio razonable. Los pocos terrenos que circundan sus muros, la proveen todavía de hortalizas, y recibe de la provincia brasileña de Río Grande la carne necesaria, transportada en barcos de cabotaje; recibe también harina de los Estados Unidos, y de Francia le vienen telas y bebidas. Para obtener estos artículos de consumo, los habitantes agotan poco a poco sus capitales, o bien el fruto de varios años de labor y economía. Los que no tienen ahorros ni capital, tratan de hacerse inscribir en el consulado de su propia nación para conseguir un socorro mensual, o se enrolan en una legión extranjera para recibir por lo menos una ración diaria, o acaban por solicitar una ayuda del gobierno.

-164-

¡Pobre gobierno éste! Es menester mucho coraje, para aspirar al honor de cargar con su peso, porque vive en estado de perpetua crisis. El señor Suárez, presidente del Senado, ejerce todavía las funciones de presidente de la República, en virtud de lo acordado por la Asamblea Nacional después de la segunda abdicación de Rivera. El señor Herrera, ministro de Relaciones Exteriores, es hombre de ilustración y capacidad. El Ministerio de Guerra y el de Finanzas, están a cargo del señor Batlle, espíritu esclarecido y recto. Educado en Francia, en la escuela de Sorrèze, Batlle conserva por nuestro país un sincero afecto. Joven aún, ha llegado al poder sin buscarlo ni ambicionarlo, y desempeña dos ministerios, debido a la confianza que ha sabido inspirar. En su doble función, ha contado siempre con la estimación pública. No hay en Montevideo quien no haga justicia a sus leales propósitos y a sus buenas cualidades.

De tal manera, sólo tres hombres llevan el peso de toda la gestión gubernativa. Jamás triunvirato alguno ha tenido más derecho a sentirse fatigado de su tarea y temeroso de su responsabilidad. Un bloqueo de siete años, un ejército a las puertas de la ciudad, un enemigo encarnizado (Rosas) a cuarenta leguas de distancia, la ansiedad en el interior, ningún socorro de fuera; no queda al gobierno otro medio de salvación que el que puede esperarse de las promesas de Francia y de sus largas negociaciones. Para colmo de males, la miseria aumenta día por día y el fondo pecuniario se encuentra totalmente agotado. Tal es la situación del gobierno de Montevideo, atado a una rueda de Ixión, que gira continuamente sin avanzar un paso, inclinado sobre un tonel de Danaides que la fuente del presupuesto no puede llenar.

-165-

Para subvenir a las exigencias de cada semana y de cada instante, el gobierno se ha visto obligado a hipotecar una tras otra las propiedades del Estado, a ceder la renta de aduana, a cargar con nuevos impuestos varios artículos de primera necesidad. Finalmente, ha debido vender hasta la piel del oso antes de matarlo, al arrendar al señor Lafone, mediante dinero contante, la pesca de lobos marinos en la isla de Lobos. Todas las rentas del Estado han sido comprometidas hasta el año 1852, todo ha sido negociado de antemano, todo ha sido descontado. Cuando hay que hacer frente a un gasto imprevisto, el ministerio emite títulos que se parecen a los asignados de nuestra primera revolución, y que caen en el comercio con el 80 y el 90 por ciento de pérdida. El más sólido de sus recursos lo forma el subsidio que le acuerda el gobierno francés. Es la perspectiva consoladora de cada fin de mes, el maná providencial en medio del desierto. Y como este recurso vital debe ser anualmente discutido y votado por nuestros diputados, ocasiona graves inquietudes a quienes tanto lo necesitan. Después de la revolución de febrero el ministerio de Relaciones Exteriores, ministerio de la Montaña que debió pagar tantos gastos de viaje a sus nuevos diplomáticos, dejó tranquilamente protestar las letras de cambio correspondientes a la dicha asignación destinada a nuestros hermanos de Montevideo. M. Devoize, cónsul general francés en la República Oriental, se comprometió entonces a pagarlas personalmente. La ciudad entera debe estarle agradecido a una decisión que en esa época era ciertamente muy riesgosa.

En este doloroso estado de cosas, el gobierno ha tenido por lo menos la fortuna de ser sostenido por la -166- opinión pública. Existen en Montevideo algunas divergencias de partido; hay quienes se inclinan a hacer concesiones a Rosas y a Oribe, y quienes optan por la resistencia inflexible. Con todo, salvo algunos especuladores que pescan a río revuelto, todos los ciudadanos, cualquiera sea su opinión personal sobre determinadas transacciones, están firmes en la idea de mantener hasta el último, la independencia de la Banda Oriental. Advierten las dificultades en que se encuentra la administración, y aprecian los esfuerzos del gobierno, pero esperan también días mejores y tienen razón en esperarlos.

Sea cual fuere la fuerza de voluntad y el poderío de Rosas, el terco dictador no ha de lograr abatir lo que ningún soberano puede dominar: las leyes de la naturaleza son algo más durables que las de un simple mortal, y conforme con estas leyes de la naturaleza, Montevideo, a despecho de sus enemigos, está destinada -quizás- a ser uno de los puertos más importantes de América. Seguramente el primer puerto del Río de la Plata. Esto no puede ponerse en duda, cuando se ve la posición de esta península en el río que la rodea por ambos lados y la ancha rada que, desde el nivel de la ciudad, se extiende a más de una legua de distancia, protegida por la colina del Cerro. Los barcos del Brasil, de Europa, de América del Norte, del África, llegan a esta rada sin dificultad, y los buques de seiscientas a ochocientas toneladas, pueden anclar a distancia de pocos cables del muelle. Cuántas dificultades, por el contrario, para remontar el Río de la Plata, a causa de los bancos de arena y de los escollos debidos a los pamperos, todo lo cual hace la navegación muy peligrosa. Y, cuando al final, llegamos frente a la ciudad de Buenos Aires ¿qué se presenta a nuestros ojos? Una rada abierta a todos los vientos, donde los navíos de -167- una dimensión ordinaria, se ven obligados a mantenerse a dos o tres leguas río adentro y más expuestos que en plena mar a las tempestades. Desde allí, como coronamiento de la travesía, hay que pasar a las chalupas y desde las chalupas a los carros para ir a tierra. Los buques no pueden cargarse ni descargarse sino por medio de chalanas que deben pagarse caro y cuyas operaciones exigen tiempo considerable. El capitán de una embarcación, una

vez llegado con su buque, lo dejará para arreglar sus negocios en la ciudad, donde se instala por meses enteros. Sucede que por espacio de varios días seguidos, no puede comunicarse con la tripulación. Un pampero basta para interrumpir súbitamente las comunicaciones de la ciudad con la rada exterior, y, desde una azotea, el capitán puede ver garrar a su buque y muy luego verlo también arrojado a la costa, sin poder hacer nada en auxilio de sus marineros.

Los que defienden la situación de Buenos Aires, cuando se les expone el contraste de los dos puertos, reconocen las ventajas de Montevideo, pero se apresuran a manifestar que el puerto de Buenos Aires, en la confluencia del Paraná y el Uruguay, a la entrada de una inmensa región, constituye la salida natural para una inmensa cantidad de productos que Montevideo no podrá recibir del pequeño territorio de la Banda Oriental. Por esta razón, dicen, la capital de la Confederación Argentina tendrá siempre un comercio de importación mucho mayor que el de su rival. Agregan que con el tiempo habrán de construirse barcos a vapor que harán corta la navegación del río y facilitarán el servicio del puerto.

Así será mientras Rosas continúe como dueño, y pueda centralizar el movimiento de los negocios en Buenos Aires, trabajando por aniquilar el puerto de Montevideo. -168- Pero llegará un día en que el comercio, libre de las trabas que impone el dictador, tomará el camino que convenga más a sus intereses. Supongamos por un instante que se produzca esa libertad (tarde o temprano se habrá de producir). Veamos cuál será su consecuencia: a los buques de transporte del Uruguay y del Paraná, les será más beneficioso bajar hasta Montevideo, que detenerse en Buenos Aires. En lugar, de los barcos pequeños que ahora remontan penosamente el río de la Plata, los negociantes extranjeros equiparán buques de mayores dimensiones que anclarán en la amplia rada del Cerro. Con este cambio, economizarán los gastos de un difícil trayecto, los gastos que ocasiona la permanencia de los capitanes en Buenos Aires, la carga y descarga tan larga y dispendiosa de las mercaderías en ese puerto. Los productos de la Confederación Argentina que hayan de pasar por Buenos Aires, en lugar de ser colocados en las chalanas para trasbordar, en tiempo oportuno, a los navíos de la rada exterior, serán embarcados inmediatamente en barcos de cabotaje y se irán, sin tantos gastos y trasbordos, derechamente a Montevideo.

En este nuevo estado de cosas, Buenos Aires seguirá siendo una ciudad importante, el puerto de depósito de la mayoría de las exportaciones de las provincias del interior, así como de sus importaciones. Montevideo, a su vez, será el gran punto de unión de Europa y de la América del Norte con las regiones del Plata. ¡Que rompan solamente los grilletes de esta cautiva, que le permitan retomar el ímpetu adquirido bajo la administración de Rivera y algún día nadie creerá que pudo permanecer tan debilitada por tanto tiempo, cuando tenía condiciones -169- para ser tan fuerte! Montevideo, como Nueva Orleans, está en la desembocadura de uno de los ríos magníficos del globo que, con sus afluentes, abarca una de las más fértiles regiones de la tierra, y será la Nueva Orleans de esta parte del continente americano.

Es asunto éste que impresiona a todos nuestros compatriotas desde que llegan a estas playas. A mí me causó mayor impresión por el viaje que acababa de hacer.

Desde la desembocadura del río San Lorenzo hasta la del Mississippi, desde las selvas del Canadá hasta las llanuras de la Luisiana, acababa yo de recorrer la inmensa región que fue nuestra, todavía hasta el siglo pasado; había recorrido heroicos campos de batalla, la Nueva Francia, esclarecida por la ciencia, ilustrada por las armas, santificada por la religión; la colonia admirable que hoy sería para nosotros tan preciosa, y que perdimos ya para siempre. Después de pasar por las Antillas, en que también habíamos poseído ricos dominios, y donde hoy tenemos apenas dos islas medio arruinadas por la emancipación de los negros, encontraba en la extremidad del continente una colonia joven, que se había formado sola, poco a poco, y progresado a ojos vistas, colonia que durante varios años, lejos de pedir a Francia ningún socorro, venía, por el contrario en su ayuda, abriendo a su comercio una nueva ruta inesperada.

A medida que avanzamos, importa más tener en alguna parte un nuevo dominio que pueda fecundarse, una especie de repositorio donde puedan derramar nuestras fábricas sus productos y donde pueda ir el excedente de nuestra población.

Con las ideas pacifistas, que desde hace un cuarto de siglo han -por así decirlo- echado raíces bajo el techo de la burguesía, ya no podemos, como en los días -170- gloriosos del imperio, soñar en conquistas armadas. Las conquistas de la inteligencia y del trabajo son las que ahora debemos ambicionar y las que ningún pueblo puede impedirnos proseguir.

En las riberas del Plata, una legión de mercaderes y artesanos del sur de Francia, había logrado éxito feliz. Sin lucha, ampliaban continuamente su acción, y desde las ciudades donde habían plantado sus primeros jalones, se desparramaban por la campaña, roturaban la tierra y levantaban sus casas. Con algún tiempo más, hubieran llegado desde las playas orientales hasta el pie de los Andes. La ambición insaciable de un hombre, ha conturbado a esos pacíficos pionners, les ha causado espanto con su furor, y ellos, justamente alarmados, han tendido la mano hacia nosotros llamándonos en su auxilio. ¿Qué reclaman de nosotros? Solamente una protección eficaz. Se la debemos, se la hemos prometido y también hemos empleado ya muchos hombres y gastado mucho dinero para ayudarlos.

Un hombre de carácter de hierro, con truhanería fomentada por nuestra indecisión, ha malogrado hasta ahora nuestros mismos propósitos. Montevideo, que tratamos de arrancar a la opresión de Rosas, ha sufrido cruelmente, y como la ciudad esperaba mucho de nosotros, puede acusarnos de no haber acudido con prontitud a poner término a sus penalidades.

El mal es muy grande pero no irreparable, porque está, como lo he dicho, la ley de la naturaleza, que ningún hecho humano puede anular.

Dos mil años después de su fundación, ¿no hemos visto a la ciudad de Alejandría, la ciudad de Cleopatra, levantarse entre las ruinas de la barbarie y volver a ocupar su lugar entre los hermosos puertos del Mediterráneo?

-171-

La regeneración de Montevideo requiere una solución, que no podemos dejar de obtener, un tratado que garantice la seguridad de sus habitantes y la libertad de su comercio. Una

vez establecidas con claridad esas garantías, la capital de la República Oriental recobrará su prosperidad, volverán las corrientes inmigratorias y tendremos allí una rica factoría, una colonia industrial y agrícola que no habrá necesidad de defender con cañones.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

